



LA REVOLUCION ESPAÑOLA (1930-1939)

Selección de escritos

León Trotsky



**LA REVOLUCIÓN
ESPAÑOLA
(1930 - 1939)
SELECCIÓN DE ESCRITOS**

León Trotsky

Prefacio de Juan Ignacio Ramos

Las lecciones de la revolución española

Fundación Federico Engels

Colección Clásicos del Marxismo

Primera edición: septiembre 2006

© 2006, Fundación Federico Engels

ISBN: 84-96276-16-3

Depósito Legal: M-43179-2006

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Publicado y distribuido por la Fundación Federico Engels

C/ Hermanos del Moral 33, bajo

28019 Madrid

Teléfono: 914 283 870 • Fax: 914 283 871

E-mail: fundacion_federico@engels.org • Web: www.engels.org

ÍNDICE

NOTA DE LOS EDITORES	9
PREFACIO	
Las lecciones de la revolución española	11
<i>Juan Ignacio Ramos</i>	
LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA (1931 - 1939)	
<i>León Trotsky</i>	
Las tareas de los comunistas en España	81
<i>25 de mayo de 1930</i>	
La burguesía y la dictadura	81
Las consignas democráticas	84
La cuestión nacional	85
El papel de la oposición de izquierda	86
La revolución española y las tareas de los comunistas	89
<i>24 de enero de 1931</i>	
I. La vieja España	89
II. El ejército español y la política	92
III. El proletariado español y la nueva revolución	95
IV. El programa de la revolución	98
V. Comunismo, anarcosindicalismo, socialdemocracia	103
VI. Junta revolucionaria y partido	107
Los diez mandamientos del comunista español	111
<i>15 de abril de 1931</i>	
La revolución española y los peligros que la amenazan.	
La dirección de la Internacional Comunista ante	
los acontecimientos de España	115
<i>28 de mayo de 1931</i>	

¿Qué actitud tomar ante las Cortes?	117
El cretinismo parlamentario de los reformistas y el cretinismo antiparlamentario de los anarquistas	119
¿Cuál será el carácter de la revolución en España?	123
El problema de la revolución permanente	125
¿Qué es la "hipertrofia" de la revolución?	125
Dos variantes: el oportunismo y el aventurerismo	127
La perspectiva de unas "jornadas de julio"	128
La lucha por conquistar a las masas y las Juntas obreras	131
Los ritmos de la revolución española	133
¡Por la unidad de las filas comunistas!	136
Primeras lecciones de España	139
<i>30 de julio de 1936</i>	
El cuerpo de oficiales	139
El papel del Frente Popular	141
Defensa de la república o revolución obrera	142
Los ultraizquierdistas en general y los incurables en particular. Algunas consideraciones teóricas	145
<i>28 de septiembre de 1937</i>	
Lección de España: última advertencia	151
<i>17 de diciembre de 1937</i>	
Mencheviques y bolcheviques en España	151
La teoría del frente popular	153
La alianza con la sombra de la burguesía	154
Los estalinistas en el frente popular	155
Las ventajas contrarrevolucionarias del estalinismo	156
Stalin confirma, a su modo, la teoría de la revolución permanente	158
El papel de los anarquistas	159
El papel del POUM	162
El problema del armamento	163
Las condiciones de la victoria	165
Stalin ha garantizado las condiciones de la derrota	167
La guerra civil en la retaguardia	168
El desenlace	169
Clase, partido y dirección. ¿Por qué ha sido vencido el proletariado español? (Cuestiones de teoría marxista)	173
'Que faire?' explica	174
La sofística de los traidores	175
La manera dialéctica de abordar el problema	177
Cómo se produjo la maduración de los obreros rusos	178
La relatividad de la "madurez"	180

El papel auxiliar de los campesinos	180
El papel de las personalidades	181
El estalinismo en España	182
La traición del POUM	183
Responsabilidad de la dirección	184
Represión de la revolución española	185



NOTA DE LOS EDITORES

Este año se cumplen setenta y cinco años de la revolución española, iniciada con la proclamación de la II República el 14 de abril de 1931, y culminada por la guerra civil que se extendió desde julio de 1936 a marzo de 1939. Aquellos acontecimientos que sacudieron a millones de oprimidos, trabajadores y campesinos sin tierra, han pasado a la historia como una hazaña sólo comparable a la de la Revolución Rusa de octubre de 1917.

Durante cerca de tres años los trabajadores españoles combatieron el fascismo con las armas en la mano; y lo hicieron llevando a cabo transformaciones revolucionarias que afectaron a las bases del régimen capitalista. La posibilidad de éxito de la revolución socialista, a través del poder armado de los obreros, de sus milicias, de la incautación de las fábricas y las tierras, de las colectivizaciones y el control obrero de la producción, era muy alta. En realidad la correlación de fuerzas era mucho más favorable a los obreros españoles que a los rusos en 1917, cuando estos salían de una guerra mundial que había provocado un colapso general de las fuerzas productivas además de una carnicería humana sin precedentes. La conciencia, la decisión y el arrojo de las masas obreras del Estado español quedaron más que demostrados en las heroicas jornadas del 19 de julio cuando, a pesar de la traición del gobierno republicano y la pasividad de los dirigentes de las organizaciones obreras que componían el Frente Popular, asaltaron los cuarteles y aplastaron el golpe fascista en las ciudades más importantes del país.

Las enseñanzas de la revolución española son extraordinarias. Cualquiera joven o trabajador que busque orientarse en los acontecimientos del futuro necesita entender con toda profundidad la dinámica de la

revolución española: la obra constructiva de los obreros y campesinos, el programa que defendieron las organizaciones obreras y sus errores, la traición del estalinismo y las llamadas “democracias” occidentales, la relación entre la política y la guerra... Al fin y al cabo, las mismas tareas a las que se enfrentó la generación de obreros de aquellos años, serán planteadas en el futuro.

La bibliografía sobre la revolución española es casi inabarcable. Ningún otro acontecimiento de la historia contemporánea, ni siquiera la Revolución Rusa, ha generado tal volumen de libros y trabajos editados. Sin embargo, esta gran masa de publicaciones carece en general de una visión materialista de aquellos acontecimientos. La revolución ocupa una pequeña parte en la inmensidad de los títulos que se han publicado sobre aquellos acontecimientos. No digamos ya una visión marxista de los mismos. Los textos que recogen el punto de vista del marxismo revolucionario son excepción. Por eso, el libro de León Trotsky que la Fundación Federico Engels edita en esta ocasión tiene aún más relieve.

Esta edición incluye tan sólo una parte de los trabajos de Trotsky sobre la revolución española. Una parte, eso sí, significativa y fundamental que muestra de forma contundente el programa del marxismo frente a las políticas estalinista, republicana o reformista que orientaron la acción de las masas obreras en aquellos años trascendentales. Estamos convencidos de que la lectura de estos artículos por parte de la nueva generación de revolucionarios y, cómo no, por aquellos veteranos que han entregado su vida a la militancia en las filas del comunismo, abrirá nuevos horizontes teóricos y animará a una cuidadosa reconsideración de los lugares comunes que tanto abundan en la opinión pública de la izquierda.

Junto con los textos de León Trotsky publicamos un prefacio a cargo de Juan Ignacio Ramos en el que se abordan, a modo de introducción, algunos de los hechos más significativos del proceso revolucionario.

Con la edición de este libro, la Fundación Federico Engels emprende la tarea de publicar obras referidas a la revolución española, que esperamos llenen una parte importante de nuestra producción editorial en los próximos años.

PREFACIO

Las lecciones de la revolución española

El proletariado español ha manifestado cualidades militares de primer orden. Por su peso específico en la economía del país, por su nivel político y cultural, se encontró, desde los primeros días de la revolución, no por debajo, sino por encima del proletariado ruso al comienzo de 1917.

León Trotsky,
Lección de España: última advertencia

La socialdemocracia se considera el doctor democrático del capitalismo. Nosotros, los comunistas, somos sus enterradores revolucionarios.

León Trotsky

El 14 de abril de 1931, hace setenta y cinco años, la odiada monarquía de Alfonso XIII era derribada después de largos meses de movimientos huelguísticos, manifestaciones de masas y agitación política a lo largo y ancho de todo el Estado español. Con la proclamación de la II República el proceso revolucionario entraba en una fase trascendental que culminaría en el golpe militar del 18 de julio de 1936 y la insurrección proletaria en el territorio dominado por la República. Durante tres años, la clase obrera combatió con las armas en la mano al fascismo al tiempo que intentaba llevar a cabo la transformación socialista de la sociedad.

Setenta y cinco años después de aquellos extraordinarios acontecimientos una nueva generación de jóvenes se siente enormemente atraída por los símbolos y la significación de aquellos años.

No podía ser de otra manera. Detrás del derrocamiento de la monarquía el 14 de abril, de la Comuna Asturiana de octubre de 1934, de la resistencia armada de la clase obrera de Barcelona y Madrid el 19 de julio de 1936, detrás de las milicias obreras y de las colectividades..., se puede sentir el latir revolucionario del proletariado español y de su gesta, sólo comparable a la de los trabajadores, soldados y campesinos rusos en octubre de 1917. Setenta y cinco años después de unos hechos que fueron sistemáticamente ocultados por la propaganda de la dictadura franquista, y distorsionados posteriormente por la historiografía reformista y estalinista, se hace más necesario aún analizarlos desde una óptica de clase, es decir, desde el punto de vista de los intereses de los trabajadores y los oprimidos.

Las lecciones de la revolución española han estado ocultas para generaciones de obreros, jóvenes y activistas de la izquierda en general. La avalancha de publicaciones que han conmemorado en este aniversario aquellos acontecimientos históricos se ha centrado en los lugares comunes ya conocidos. El anecdotario sobre los "nombres propios" de la guerra, esto es, las biografías sobre "líderes" políticos de las diferentes organizaciones y los jefes militares, elaborados a partir de fuentes reutilizadas una y otra vez desde hace décadas; la idealización de las "realizaciones sociales" del régimen republicano; por supuesto, los consabidos lamentos sobre el "trágico error" que enfrentó a "hermanos contra hermanos", cuando no el despreciable revisionismo de los reaccionarios de la pluma que se han reinventado el levantamiento fascista para justificar los crímenes del franquismo y una cruel dictadura que sembró el terror en nuestro país durante cuarenta años.

En la inmensa mayoría de todos estos textos, ya sean libros, folletos, artículos, revistas, etc., es imposible encontrar una explicación satisfactoria de las causas de la guerra civil. Y esto es así porque, inevitablemente, una explicación seria de las mismas retrotrae a una realidad en la que los historiadores burgueses no se pueden reconocer: la guerra fue la expresión más aguda de la lucha de clases de la época, en definitiva, de la lucha librada por la clase trabajadora y el campesinado pobre del Estado español por su liberación, de la revolución social que se desarrolló durante cinco largos años y que fue respondida por la burguesía española, los terratenientes, los banqueros y

sus aliados fascistas con las descargas de fusilería, los bombardeos indiscriminados y los pardones de ejecución.

Cuando los trabajadores españoles amenazaron el poder de la burguesía, toda la palabrería hueca sobre la democracia fue sustituida por la dialéctica del puño y las pistolas y el exterminio físico de la flor y nata de la clase obrera y la juventud. La misma historia se ha repetido periódicamente a lo largo del siglo XX.

La lucha titánica de las masas revolucionarias por conquistar una vida digna, merecedora de tal nombre, incompatible con el capitalismo, constituyó la fuerza originaria de aquellos gigantescos acontecimientos.

Estudiar las lecciones de la revolución española, las realizaciones del proletariado revolucionario, el doble poder, la política de las organizaciones obreras, sus errores, el papel del estalinismo..., no es un ejercicio estéril. Quien no aprende de las lecciones de la historia nunca estará en condiciones de preparar el futuro. La nueva hornada de luchadores revolucionarios tiene la obligación de conocer en detalle la esencia de unos acontecimientos que representaron una esperanza para la humanidad semejante a la gran Revolución Rusa de octubre de 1917. En el futuro, las mismas tareas a las que se enfrentaron las generaciones que nos precedieron estarán puestas en el orden del día.

LA PROCLAMACIÓN DE LA II REPÚBLICA

Cualquiera sea la forma con que se encubra una República, por democrática que sea, si es una república burguesa, si conserva la propiedad privada de la tierra, de las fábricas, si el capital privado mantiene a toda la sociedad en la esclavitud asalariada, entonces ese Estado es una máquina para que unos repriman a otros. Debemos rechazar todos los viejos prejuicios acerca de que el Estado significa la igualdad universal pues esto es un fraude; mientras exista explotación no podrá existir igualdad. El terrateniente no puede ser igual al obrero, ni el hombre hambriento igual al saciado.

V. I. Lenin, conferencia pronunciada en la Universidad Sverdlov, 11 de julio de 1919

A finales de 1930, la monarquía de Alfonso XIII estaba corroída por la crisis económica, la contestación social de amplias capas de la pequeña burguesía, los estudiantes y el movimiento obrero, y la desafección de antiguos prohombres que abandonaban como ratas el barco carcomido del régimen. Individuos como Miguel Maura o el ex ministro monárquico Niceto Alcalá Zamora juraron su adhesión a la República buscando una salida “democrática” a la crisis con la que conjurar una explosión revolucionaria. En aquellos momentos de crisis general y siguiendo una tradición muy arraigada, la política colaboracionista y vacilante de los principales líderes del PSOE y la UGT permitió a los representantes de la pequeña burguesía republicana hacerse con el protagonismo del momento y asumir la iniciativa.

Carente de base social e incapaz de contener la radicalización de las capas medias y el movimiento obrero, los jefes monárquicos intentaron ganar tiempo convocando para el 12 de abril de 1931 elecciones municipales, con la esperanza de lograr el apoyo de los sectores republicanos para el establecimiento de una monarquía constitucional. Pero ya era tarde. A pesar del fraude electoral y la intervención de los caciques monárquicos en las zonas rurales, el triunfo de las candidaturas republicano-socialistas fue masivo en las grandes ciudades. El delirio de las masas se desató en las principales capitales y ciudades del país, donde la República fue proclamada en los ayuntamientos.

La burguesía, en su conjunto, no se opuso a la proclamación de la República, ni utilizó al ejército para impedirlo; la consideró un mal menor mientras trataba de ganar tiempo para poder reestablecer una correlación de fuerzas más favorable para sus intereses.

En contraste con esta actitud, los dirigentes socialistas estimaban que la proclamación de la II República permitiría llevar a cabo las transformaciones democráticas que en Inglaterra o Francia se lograron a través de las revoluciones burguesas del siglo XVII y XVIII: la reforma agraria con la destrucción de la propiedad feudal, y la creación de una clase de pequeños propietarios agrícolas; la separación de la Iglesia y el Estado, garantizando de esta manera el carácter laico y aconfesional de la República y terminando con el poder económico e ideológico del clero; el desarrollo de un capitalismo avanzado que pudiese competir en el mercado mundial, creando un tejido industrial diversificado y una red de transportes moderna; la resolución

de la cuestión nacional, concediendo la autonomía necesaria a Catalunya, Euskadi y Galicia, e integrando al nacionalismo en la tarea de la construcción del Estado; la creación de un cuerpo jurídico que velara por las libertades públicas, de reunión, expresión y organización, sin las cuales sería imposible dar al régimen su apariencia democrática. En definitiva el programa clásico de la revolución democrático-burguesa.

Bajo este esquema, el proletariado y su dirección tenían que subordinarse a la burguesía en su lucha por modernizar el país. Asegurando el triunfo de la burguesía democrática, es decir de los republicanos, se crearían las condiciones para que, en un largo período de desarrollo capitalista, se fortaleciesen las organizaciones obreras y su poder dentro de las instituciones políticas y económicas del nuevo régimen: parlamento, ayuntamientos, tribunales, cooperativas, empresas... Entonces se podría hablar de luchar por el socialismo.

Este planteamiento ideológico no era una originalidad de los líderes socialistas españoles. Se basaba en la tradición reformista de la Segunda Internacional, y fue combatida por el ala marxista representada por Rosa Luxemburgo en Alemania, y Lenin y Trotsky en Rusia. Para los marxistas, esta forma de presentar la cuestión falseaba tanto las condiciones materiales del desarrollo capitalista, como la propia estructura de clases de la sociedad.

La burguesía española entró tarde en la escena de la historia: débil e incapaz de poner su sello en el desarrollo de la sociedad, unió desde el principio sus intereses a los de los viejos poderes establecidos. Nunca protagonizó un movimiento revolucionario como el de la burguesía en Francia o Gran Bretaña. Por el contrario, recurrió constantemente a acuerdos con las viejas clases nobiliarias, con las que compartió los beneficios de la propiedad terrateniente. En términos generales, todas las intenciones de la burguesía liberal, en 1812, 1820, 1843, 1854, 1868 y 1873, pusieron de manifiesto su incapacidad para llevar a cabo sus tareas históricas. Por temor a la acción independiente de las masas y por los estrechos lazos que la ligaban a los nobles y terratenientes, acabó una y otra vez echándose en brazos de la reacción.¹

1. "Esto es la revolución francesa hecha al revés; aquí quienes han abolido el régimen señorial e implantado el capitalismo en el campo han sido los propios señores, aunque naturalmente en su provecho (...) Así se puede explicar lo que con el esquema francés resulta

La consolidación del régimen burgués no significó ningún cambio fundamental para el campesinado. El despojo de la tierra a los campesinos y la ampliación de la propiedad terrateniente fue un proceso ininterrumpido a lo largo del siglo XIX. El problema de la tierra no hizo más que agigantarse, hasta convertirse en uno de los factores decisivos de la agitación social y la piedra de toque que frustró la confianza que millones de campesinos habían depositado en la II República. Por otra parte, el carácter rentista de la burguesía española se fortaleció por los continuos empréstitos realizados por la Hacienda pública, tendencia que se acentuó tras la pérdida del imperio de ultramar.

La clase dominante española optó por conservar las bases de un capitalismo agrario, extensivo y expropiador de la masa campesina. El bloqueo técnico del desarrollo capitalista de la agricultura fue un producto directo de la existencia de una mano de obra jornalera abundante que podía asegurar a los propietarios buenos beneficios manteniendo salarios miserables. La situación insostenible de la masa jornalera era compartida en gran medida por el pequeño propietario, encadenado a préstamos usureros y a las técnicas de cultivo más atrasadas.

En cuanto a los industriales, muy vinculados a la propiedad territorial y obteniendo grandes retribuciones del Estado por sus depósitos de deuda pública, nunca tuvieron intención de realizar grandes desembolsos en capital fijo, imprescindibles para desarrollar las fuerzas productivas que el país necesitaba para salir del atraso. Las excepciones del norte y noreste del Estado español, con el desarrollo de una industria siderúrgica, de construcción naval y de máquina-herramienta, son el producto de un lento avance que cristalizó tardíamente en las dos primeras décadas del siglo XX.

Esta configuración del capitalismo nacional dejó campo libre a la penetración de los capitales extranjeros, fundamentalmente ingleses

inexplicable: que la aristocracia latifundista se encontrase en España al lado de la revolución, y que un amplio sector del campesinado apoyase a la reacción". La transición del feudalismo al capitalismo, fue por tanto, "una solución de compromiso en virtud de la cual la aristocracia latifundista y el Estado controlado por ella otorgan, desde arriba, una reforma que permite adaptar la agricultura a las exigencias de la economía moderna, sin alterar sustancialmente la posición de las viejas clases dominantes" (Josep Fontana, *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*, Editorial Ariel, Barcelona 1973, pág. 150, 162 y 165).

y franceses, que monopolizaron sectores enteros, como la minería del cobre, plomo, hierro... El capitalismo español, por tanto, presentaba una estructura de desarrollo desigual y combinado: formas de propiedad y explotación propias del pasado feudal que eran dominantes en numerosas regiones agrarias, convivían al mismo tiempo con la producción industrial capitalista a gran escala en Catalunya, Euzkadi, Asturias y otras zonas, favoreciendo el desarrollo de grandes centros urbanos y una gran concentración de proletariado.

En los asuntos que afectaban fundamentalmente a sus intereses de clase, la burguesía española al igual que la rusa, formaba un bloque con el antiguo régimen monárquico. La consideración de los marxistas en este punto no deja lugar a dudas: la burguesía nacional tenía un carácter profundamente contrarrevolucionario y nunca sería capaz de liderar consecuentemente la lucha por las demandas democráticas, postura que fue reivindicada por la revolución rusa de 1905 y posteriormente en octubre de 1917. Para el marxismo revolucionario, sólo la clase obrera podría llevar a cabo la liquidación de los vestigios del viejo régimen feudal.

La conquista de la democracia, la reforma agraria —el talón de Aquiles de la sociedad rusa de 1917 o la española de 1931—, la resolución del problema nacional y la mejora de las condiciones de vida de las masas, eran incompatibles con la existencia del capitalismo. Las soluciones de las tareas democráticas implicaban la expropiación de la burguesía nacional y de sus aliados, los terratenientes y el capital imperialista; de esta manera las reivindicaciones democráticas se ligaban inevitablemente a la revolución socialista dirigida por el proletariado, a la cabeza de la gran masa de campesinos pobres y jornaleros.

LA ESTRUCTURA DE CLASES DESPUÉS DEL 14 DE ABRIL

El atraso del capitalismo español se manifestaba en la posición predominante de la agricultura: aportaba el 50% de la renta y constituía dos tercios de las exportaciones. Aproximadamente el 70% de la población se concentraba en el medio rural, la mayoría en condiciones penosas, afectadas por hambrunas periódicas entre cosecha y cosecha. Dos tercios de la tierra estaban en manos de grandes y medianos

propietarios. En la mitad sur, el 75% de la población tenía el 4,7% de la tierra mientras el 2% poseía el 70%. Las grandes fincas de más de cien hectáreas, ocupaban casi diez millones de hectáreas. En el mejor de los casos, más de dos millones de jornaleros de Andalucía, Extremadura y Castilla - La Mancha estaban en paro de 90 a 150 días al año, malviviendo en condiciones de extrema explotación.

En cuanto a la clase trabajadora, aunque apenas superaba los tres millones en todo el país, había dado muestras sobradas de sus tradiciones de lucha y de la potencia de sus organizaciones, especialmente de la CNT, la central sindical anarcosindicalista que agrupaba al sector decisivo del proletariado revolucionario.

La burguesía no tenía intereses contrapuestos a los del terrateniente, por el hecho de que el burgués y el terrateniente en la mayoría de las ocasiones eran el mismo individuo. El capital industrial y financiero estaba muy concentrado. Las grandes familias, no más de cien, poseían la parte fundamental de la propiedad agraria, industrial y bancaria. Por otra parte, el capital extranjero había penetrado extensamente en la economía española y dominaba sectores productivos y de las comunicaciones de carácter estratégico para el desarrollo del país.

La clase dominante contaba con firmes aliados en el clero y el ejército. En 1931, según datos obtenidos de una encuesta elaborada por el gobierno, integraban el clero 35.000 sacerdotes, 36.569 frailes y 8.396 monjas que habitaban en 2.919 conventos y 763 monasterios. En total, el número de personas que se englobaba en la calificación profesional de "culto y clero" dentro del censo general de población de 1930 era de 136.181. El mantenimiento de este auténtico ejército de sotanas consumía una parte muy importante de la plusvalía extraída a la clase obrera y a los jornaleros. La Iglesia era un auténtico poder económico y actuaba como tal en el mantenimiento del orden social. Según datos del Ministerio de Justicia de 1931, la Iglesia poseía 11.921 fincas rurales, 7.828 urbanas y 4.192 censos. Para millones de hombres y mujeres, la Iglesia representaba el poder que los condenaba a una existencia miserable.

En cuanto al ejército, estaba formado por 198 generales, 16.926 jefes y oficiales, y 105.000 soldados de tropa. Los oficiales, seleccionados cuidadosamente de los medios burgueses y monárquicos jugaban un papel protagonista en los acontecimientos políticos desde el siglo XIX. "Después de la guerra contra Napoleón", señaló Trotsky,

“surgió en España una nueva fuerza: la oficialidad metida en política, nueva generación de las clases dominantes, heredera de la ruina del gran imperio y, en gran medida, desclasada. En el país del particularismo y el separatismo, el ejército ha tomado, por la fuerza de las cosas, una importancia enorme como fuerza de centralización. Se ha convertido no sólo en el apoyo de la monarquía, sino también en el organizador del descontento de todas las fracciones de las clases dominantes y, ante todo, de su propio descontento”².

LAS ‘REFORMAS’ DEL GOBIERNO DE CONJUNCIÓN REPUBLICANO-SOCIALISTA

Uno de los mitos más recurrentes en la historiografía liberal “progresista” es la sobreestimación del “esfuerzo reformador” de la II República. En verdad, cuando el gobierno de conjunción republicano-socialista salido de las elecciones de junio de 1931 intentó poner en práctica sus promesas electorales, pronto se dio de bruces contra la realidad del capitalismo español. Veamos algunos ejemplos.

La depuración del ejército de elementos reaccionarios, monárquicos y desafectos al nuevo régimen republicano quedó en agua de borrajas. El gobierno de conjunción favoreció el retiro de los mandos que no querían asegurar fidelidad a la República, garantizando su paga de por vida. En cualquier caso, la mayoría de los militares de carrera, vinculados a la dictadura de Primo de Rivera y a la monarquía, y con un historial reaccionario acreditado, permanecieron en sus puestos. De la misma manera, el gobierno republicano mantuvo intacta la odiada institución de la Guardia Civil, que durante los siguientes cinco años dejaría su impronta represiva en todos los conflictos obreros y campesinos que se sucedieron.

En lo referido *al poder económico de la Iglesia*, la extinción del presupuesto oficial para financiar las actividades de culto y los límites a su monopolio de la educación, aspectos que debían quedar reflejados en la redacción de la nueva constitución republicana, fueron una prue-

2. León Trotsky, *La revolución española y las tareas de los comunistas*, en la edición de Pierre Broué de los escritos de Trotsky sobre la revolución española, Editorial Fontanella, Barcelona 1977, Tomo I, pág. 73.

ba de fuego para el gobierno. Haciendo honor a su extracción de clase, Alcalá Zamora, presidente del gobierno, y Miguel Maura presentaron la dimisión en señal de protesta ante lo que consideraban ataques injustificados contra la Iglesia Católica. Este boicot descarado hacia cualquier reforma progresista de la estructura política del país por parte de los elementos burgueses subidos al carro del republicanismo, no impidió a los líderes socialistas apoyar en diciembre de 1931 al mismo Niceto Alcalá Zamora como presidente de la República. Todas las tímidas medidas adoptadas contra el poder de la Iglesia quedaron posteriormente reducidas a la nada. Los gobiernos republicanos del "bienio negro" se encargaron de reestablecer toda la influencia eclesial en lo que hubiera sido afectada por los decretos del gobierno republicano-socialista.

Respecto a la *reforma agraria* cualquier medida seria para socavar el poder de los terratenientes era una afrenta para el conjunto de la burguesía. La ley finalmente aprobada en 1932, establecía la creación un Instituto de Reforma Agraria encargado de realizar el censo de tierras sujetas a expropiación mediante el pago de indemnización; este sistema tenía por base la "declaración" hecha por los propietarios susceptibles de expropiación, con lo que no es difícil de entender los gigantescos fraudes cometidos gracias a este "método".

Los créditos para la Reforma Agraria procederían del Banco Agrario Nacional con un capital inicial de cincuenta millones de pesetas, pero cuya administración dependía no de los jornaleros ni sus organizaciones, sino de representantes del Banco de España, el Banco Hipotecario, del Cuerpo Superior Bancario, del Banco Exterior de España, es decir del gran capital financiero ligado a los terratenientes. El proyecto, además, obviaba el problema de los minifundios, que obligaban a una vida miserable a más de un millón y medio de familias campesinas en Castilla la Vieja, Galicia, y otras zonas. Tampoco abordaba el problema de los arrendamientos que esclavizaba a los pequeños campesinos a las tierras del amo.

El fracaso más palpable de este aborto de reforma agraria es que en fecha del 31 de diciembre de 1933, el Instituto de Reforma Agraria había distribuido 110.956 hectáreas. Si comparamos este dato con las 11.168 fincas de más de 250 hectáreas, que ocupaban una extensión superior a las 6.892.000 hectáreas, se puede afirmar que los terratenientes seguían controlando el campo a su antojo. Sólo cien nobles

disponían de un total de 577.146 hectáreas, y esas propiedades, dos años después, continuaban intactas.

Los derechos democráticos. Las promesas de poner fin a todo el entramado de leyes reaccionarias heredadas del régimen monárquico, y garantizar la libertad de expresión, de reunión y de huelga habían sido fundamentales para ganar el apoyo de las masas del campo y la ciudad a la causa republicana. Pronto se comprobó, no obstante, que el gobierno republicano-socialista no estaba dispuesto a llevar adelante, en lo referido a las libertades públicas, ninguna política audaz.

El *derecho a huelga* se siguió rigiendo por la ley de 1909 y tan sólo se modificó parcialmente con el decreto del 27 de noviembre de 1931. Aún así, este decreto limitaba seriamente el derecho a la huelga al establecer que los Jurados Mixtos, que sustituían a los comités paritarios creados por la dictadura, fueran encargados de intentar la conciliación antes de que se declarase una huelga.

Ante el incremento del número de huelgas y ocupaciones de fincas, el gobierno aprobó el 21 de octubre de 1931, la *Ley de Defensa de la República* que incluía la prohibición de difundir noticias que perturbaran el orden público y la buena reputación, denigrar las instituciones públicas, rehusar “irracionalmente” trabajar y promover huelgas que no hubieran seguido el procedimiento del arbitraje. En la práctica se convirtió en un arma de choque contra las huelgas políticas. Bajo el paraguas de esta ley, los mandos de la Guardia Civil se emplearon a fondo en la represión, especialmente en el campo, y posteriormente fue utilizada ampliamente por los gobiernos republicanos de derechas para reprimir con saña al movimiento revolucionario de octubre de 1934.

La propia *Constitución republicana* aprobada el 9 de diciembre mostraba rasgos propios de un régimen presidencialista. Dentro de las atribuciones de las que disponía el presidente de la República consagradas por la Constitución, estaba la posibilidad de legislar por decreto junto con el gobierno, mientras las Cortes no se hallasen reunidas; tenía capacidad de suspender las sesiones ordinarias en cada legislatura hasta por un mes en el primer período, y por quince días en el segundo y disolver las cortes hasta dos veces durante un mismo mandato presidencial. Todas estas medidas actuaban como salvaguardias para la clase dominante en caso de que los trabajadores desbordasen las instituciones “democráticas” del capitalismo.

En cuanto a la *cuestión nacional y las colonias*, el gobierno de conjunción concedió a Catalunya una autonomía muy restringida y para Euskadi se negó a reconocer el Estatuto de autonomía basándose en el carácter reaccionario del nacionalismo vasco. El gobierno republicano-socialista, que negó el derecho de autodeterminación a las nacionalidades históricas, siguió gobernando las colonias como antes había hecho la monarquía. En Marruecos su posición imperialista le enfrentó al movimiento independentista.

LA II REPÚBLICA SE ENFRENTA AL MOVIMIENTO DE LOS TRABAJADORES

La incapacidad de los republicanos y socialistas de satisfacer las demandas de tierra, empleo y buenos salarios, incompatibles con el mantenimiento de las estructuras capitalistas de propiedad, se tradujo en un constante y violento enfrentamiento con el proletariado urbano y el movimiento jornalero.

La represión tuvo escenarios sangrientos: Castilblanco, Arnedo, Castellar de Santiago, Casas Viejas, Espera, Yeste... En todos ellos los guardias de asalto y la guardia civil fueron utilizados por orden gubernamental para defender la propiedad terrateniente asesinando a decenas de campesinos. Por otra parte, las huelgas obreras en los dos primeros años de régimen republicano fueron acompañadas de una profunda desilusión política de las masas. Las esperanzas depositadas en la República, la confianza en que los ministros socialistas realizaran reformas progresivas, en que las medidas del gobierno abrirían nuevos horizontes para la vida de millones de personas, se convirtieron en frustración, rabia e indignación. Las huelgas generales se extendieron: Pasajes, huelga minera en Asturias, en Málaga, Granada, en Telefónica. Cualquier tímida mejora para los trabajadores, ya fuera de reducción de la jornada o de incremento salarial, era contestada por la cerrazón de la patronal y la represión gubernamental.

Cuando el presidente de la República disolvió las Cortes y fueron convocadas nuevas elecciones para noviembre de 1933, la reacción de derechas había reconquistado una parte importante del terreno perdido el 14 de abril, especialmente entre las capas medias urbanas y sectores atrasados del campesinado. En este contexto, la reacción, agazapada ante los primeros empujes de las masas, empezó

a levantar cabeza, como demostró el intento de golpe de Estado de Sanjurjo en agosto de 1932. Entre la burguesía española empezaba a cobrar fuerza una opción política similar a la que se estaba desarrollando en Alemania.

A pesar de obtener una diferencia de unos cuantos miles de votos a su favor en las elecciones de noviembre de 1933, los republicanos de derechas de Lerroux junto a la CEDA de Gil Robles se hicieron con la mayoría en el Parlamento. A partir de ese momento la burguesía realizó una amplia labor contrarrevolucionaria endureciendo la legislación laboral, aumentando la represión contra el movimiento huelguístico y fortaleciendo sustancialmente el poder de los terratenientes. En definitiva se adoptaron todo tipo de medidas para utilizar el marco parlamentario con el fin de imponer una dictadura reaccionaria que siguiera los pasos de Hitler en 1933 y de Dollfuss en 1934. Pero la tensión de los acontecimientos obraba también en otra dirección: acelerando la radicalización de las masas y el giro a la izquierda de las organizaciones socialistas.

La formación de las Alianzas Obreras, un embrión de frente único proletario, constituyó un ejemplo inédito en la Europa de los años treinta. La amenaza de la entrada de dirigentes cedistas al gobierno de Lerroux desató la insurrección de octubre de 1934. Sin el levantamiento revolucionario del proletariado asturiano, muy probablemente se hubiera culminado con éxito la imposición de un Estado de corte fascista utilizando la maquinaria devaluada del parlamentarismo burgués³.

En la lucha revolucionaria de octubre de 1934 se apreciaba la radicalización de las masas obreras y el crecimiento de su conciencia socialista. El proletariado español, que vio como se derrumbaron las organizaciones socialistas y comunistas en Alemania y Austria ante el avance del fascismo, no estaba dispuesto a seguir un camino similar.

La represión contra la Comuna asturiana a manos de los futuros jefes militares del golpe del 18 de julio fue terrible. Cerca de dos mil muertos en los combates, cientos de fusilados, miles de detenidos y

3. Un amplio estudio sobre el ascenso del fascismo en Europa, el giro a la izquierda de las organizaciones socialistas y los acontecimientos de octubre de 1934 se puede consultar en el trabajo, *La insurrección proletaria y la República*, en MARXISMO HOY nº 13, revista de la Fundación Federico Engels, Madrid 2004.

torturados, a los que sumar decenas de miles de trabajadores represaliados y despedidos de sus trabajos. Las organizaciones obreras tuvieron que pasar a la clandestinidad, mientras que la burguesía acabó por sacar las lecciones últimas de los acontecimientos. Octubre del 34 demostró que no era posible acabar con el movimiento de las masas a través de la represión "legal" que las leyes republicanas permitían. Se necesitaba aplastar a las organizaciones y su capacidad de resistencia. Era necesario imponer el terror blanco hasta sus últimas consecuencias.

REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN

Tras el fracaso de la derecha para estabilizar su gobierno, las cortes fueron disueltas y se convocaron elecciones para el 16 de febrero de 1936. Los dirigentes reformistas del PSOE y de la UGT, especialmente Indalecio Prieto y Julián Besteiro, conectaron inmediatamente con las propuestas del PCE para conformar un Frente Popular de cara a las elecciones de febrero. Las nuevas directrices políticas de la Internacional y de Stalin eran claras: supeditar cualquier acción independiente del proletariado a la defensa de la legalidad republicana, o lo que es lo mismo, a la defensa de la democracia burguesa tal como Dimitrov había concretado en el VI Congreso de la Internacional Comunista estalinizada. Pero una cosa eran los esquemas políticos de los estalinistas y otra muy diferente la realidad tozuda de la lucha de clases. Como habían demostrado los ejemplos de Alemania y Austria, el fascismo se revelaba como la opción de la burguesía precisamente porque las formas de la "democracia parlamentaria" no eran suficientes para garantizar sus ingresos y privilegios. Por tanto, esta amenaza mortal para el movimiento obrero sólo podía ser derrotada con el programa de la revolución social.

Como señaló Trotsky: "El régimen fascista ve llegar su turno porque los medios 'normales' militares y policiales de la dictadura burguesa, con su cobertura parlamentaria, no son suficientes para mantener a la sociedad en equilibrio. A través de los agentes del fascismo, el capital pone en movimiento a las masas de la pequeña burguesía irritada y a las bandas del lumpemproletariado, desclasadas y desmoralizadas, a todos esos innumerables seres humanos, a los que el

capital financiero ha empujado a la rabia, a la desesperación. La burguesía exige al fascismo un trabajo completo: puesto que ha aceptado los métodos de la guerra civil, quiere lograr calma para varios años... la victoria del fascismo conduce a que el capital financiero coja directamente en sus tenazas de acero todos los órganos e instrumentos de dominación, dirección y de educación: el aparato del Estado con el ejército, los municipios, las escuelas, las universidades, la prensa, las organizaciones sindicales, las cooperativas... demanda sobre cualquier otra cosa, el aplastamiento de las organizaciones obreras"⁴.

El programa del Frente Popular, aunque recogía reivindicaciones democráticas importantes como la amnistía y la readmisión de los despedidos tras la insurrección del 34, ataba de pies y manos a la clase obrera. Los partidos republicanos rechazaron expresamente cualquier mención a la nacionalización de la tierra y su entrega gratuita a los campesinos y, por supuesto, a la nacionalización de la banca y el control obrero en la industria. También se negaron a establecer el subsidio de paro solicitado por los partidos de izquierda.

Todavía hoy se justifica la política del Frente Popular como un mal necesario para evitar que las capas medias giraran hacia la reacción. Semejante argumento refleja un profundo desconocimiento de la auténtica naturaleza de la lucha de clases en esos momentos. No había terreno para salidas intermedias. O la clase obrera se hacía con el poder político, expropiando el conjunto de la propiedad capitalista, o el capital movilizaría sus reservas económicas, sociales y militares para aplastar durante décadas a los trabajadores y sus organizaciones. En su artículo *A dónde va Francia*, escrito en octubre de 1934, Trotsky analiza este fenómeno en detalle: "...Los pequeños burgueses desesperados ven ante todo en el fascismo una fuerza combativa contra el gran capital, y creen que, a diferencia de los partidos obreros que trabajan solamente con la lengua, el fascismo utilizará los puños para imponer más 'justicia'. (...) Es falso, tres veces falso, afirmar que en la actualidad la pequeña burguesía no se dirige a los partidos obreros porque teme a las 'medidas extremas'. Por el contrario: la capa inferior de la pequeña burguesía, sus grandes masas no ven en los partidos obreros más que máquinas parlamentarias, no creen en

4. León Trotsky, *¿Y ahora? Problemas vitales del proletariado alemán*, en *La lucha contra el fascismo*, Fundación Federico Engels, Madrid 2004, pág. 131.

su fuerza, no los creen capaces de luchar, no creen que esta vez estén dispuestos a llegar hasta el final... Para atraer a su lado a la pequeña burguesía, el proletariado debe ganar su confianza... necesita tener un programa de acción claro y estar dispuesto a luchar por el poder por todos los medios posibles..."⁵.

Como era de esperar, el Frente Popular fue apoyado entusiastamente por los trabajadores en cada rincón del país, no tanto por el contenido de su programa, sino porque con su victoria podrían lograr con rapidez sus aspiraciones más inmediatas. Sin embargo, no todos los componentes del Frente Popular veían el futuro de la misma manera: "Con toda mi alma", hablaba confidencialmente Manuel Azaña el 14 de febrero a Ossorio y Gallardo, "quisiera una votación lucidísima, pero de ninguna manera ganar las elecciones. De todas las soluciones que se pueden esperar, la del triunfo es la que más me aterra". El triunfo de las listas del Frente Popular fue tan arrollador que muchos líderes reaccionarios como Lerroux o Romanones perdieron su acta de diputado, pero mirados más de cerca los resultados, sorprende que de los 257 diputados del Frente Popular, 162 tuvieran filiación republicana. Los partidos obreros cedieron a los republicanos un protagonismo en las listas que nunca merecieron.

Aprendiendo de las lecciones del gobierno de conjunción republicano-socialista, las masas no esperaron a la acción "legislativa" del parlamento: impusieron sus puntos de vista a través de la acción directa. El primer acto de los trabajadores en todos los rincones del país fue liberar a los presos, abriendo las cárceles sin esperar las órdenes del gobierno. Entre febrero y julio de 1936, hubo 113 huelgas generales y 228 huelgas parciales en las ciudades y pueblos de toda España. En las ciudades los comités de acción UGT-CNT ocupaban fábricas y empresas y lograban imponer a los burgueses la readmisión de los despedidos. La situación en el campo se desbordó: "Los campesinos pasaron rápidamente a la acción", escribe Manuel Tuñón de Lara, "(...) En las provincias de Toledo, Salamanca, Madrid, Sevilla, etc., ocuparon grandes fincas desde los primeros días de marzo y se pusieron a trabajarlas bajo la dirección de sus organizaciones sindicales. Una vez que ocupaban las tierras, lo comunicaban al Ministerio de Agricultura para que legalizase su situación. Este movimiento culminó el 25 de

5. León Trotsky, *A dónde va Francia*, Juan Pablo Editores, México 1976, págs. 22-23.

marzo con la ocupación de fincas realizada al mismo tiempo por 80.000 campesinos en las provincias de Bajadóz y Cáceres...".

En 1970, 34 años más tarde del inicio de la guerra civil, Fernando Claudín, antiguo dirigentes de las Juventudes Comunistas y uno de los principales líderes de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU) junto con Santiago Carrillo, tenía que reconocer la auténtica naturaleza de aquellos trascendentales acontecimientos cuando citaba, ratificándolas, las palabras del historiador soviético Midánik: "El movimiento huelguístico creció de mes en mes. Se paralizaban fábricas y talleres, andamios y minas; se cerraban comercios. En junio-julio se registró un promedio de diez a veinte huelgas diarias. Hubo días con 400.000 a 450.000 huelguistas. Y el 95% de las huelgas que tuvieron lugar entre febrero y junio de 1936 fueron ganadas por los obreros. Grandes manifestaciones obreras desfilaban por las calles exigiendo pan, trabajo, tierra, aplastamiento del fascismo y victoria total de la revolución. Se crearon las primeras empresas colectivas. Los mítines congregaban decenas de miles de personas y los obreros aplaudían con entusiasmo a los oradores que anunciaban la hora no lejana del hundimiento del capitalismo y llamaban a "hacer como en Rusia". De las huelgas se pasaba a la ocupación de las empresas cerradas por los propietarios. La ocupación de las calles, de las empresas y de las tierras, la incesante acción huelguista, impulsaban al proletariado urbano y agrícola hacia las formas más elevadas de la lucha política".

Sacando las conclusiones pertinentes de las líneas anteriores, Claudín afirma "Entre febrero y julio existe en España, de hecho, un triple poder. El legal, cuyo poder efectivo es mínimo. El de los trabajadores, sus partidos y sindicatos, que se manifiesta a la luz del día de la forma descrita. Y el de la contrarrevolución, que aunque se exterioriza en los discursos agresivos de sus representantes parlamentarios, en el sabotaje económico, y en las acciones de los grupos de choque fascista, actúa sobre todo en el secreto de los cuartos de banderas, preparando minuciosamente el golpe militar (...) Cualquiera que estudie estos meses cruciales de la España de 1936 no puede por menos que preguntarse: ¿por qué los partidos y organizaciones obreras no actuaron de manera concertada y decidida para aplastar en el huevo el levantamiento militar e impulsar resueltamente el proceso revolucionario? La respuesta que el proletariado dio a la sublevación derrotándola en la mayor parte del país, pese a que los facciosos tenían de

su parte la sorpresa y la iniciativa, demostró hasta que punto la correlación de fuerzas era favorable al pueblo. ¿Por qué no se adelantaron los partidos y sindicatos obreros? (...) Hasta tal punto el problema de aplastar en el huevo la conspiración militar estaba fundido en esos meses con la revolución proletaria, que el único medio real de lograr lo primero hubiera sido desalojar del poder al gobierno republicano pequeñoburgués —gracias a cuya pasividad, cuando no cobertura, podía tejerse la trama de la sedición— e instaurar un poder que permitiera a las fuerzas obreras revolucionarias coger el toro por los cuernos. Entre febrero y junio a la revolución española se le fue creando, cada día de manera más acuciante, una situación análoga a la de la revolución rusa en vísperas de las jornadas de octubre. O el proletariado revolucionario tomaba la iniciativa, o la tomaba la contrarrevolución. Casares Quiroga era un Kerensky perfecto, pero en España no había ningún Lenin....”⁶.

Esta larga cita tiene un valor excepcional. No en vano está escrita por unos de los máximos ejecutores de la política estalinista durante la revolución española que, treinta y cuatro años más tarde, reconocería la profundidad de los errores de la política frentepopulista.

En cualquier caso, es absolutamente cierto que si el PSOE o el PCE hubieran tenido una política marxista, auténticamente socialista, basada en un programa revolucionario que plantease abiertamente la toma del poder, habrían encontrado el respaldo unánime de la clase obrera y de los jornaleros, de la mayoría aplastante de la población, conjurando la amenaza del fascismo.

HACIA LA GUERRA CIVIL.

EL COMPORTAMIENTO DE LOS LÍDERES REPUBLICANOS

Tras las elecciones de febrero, Azaña fue elegido presidente de la República y los representantes de los partidos republicanos coaligados en el frente popular coparon la totalidad de las carteras ministeriales. El objetivo de estos políticos “progresistas” fue restablecer el “equilibrio” capitalista en medio de una situación de extrema polarización

6. Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista*, Ibérica de Ediciones y Publicaciones, Barcelona 1978, págs. 174, 177.

social y política. Rearmando a los guardias de asalto y dando instrucciones concretas a la guardia civil, el gobierno Azaña intentó impedir a toda costa la revolución: no dudó en reprimir el movimiento de las masas y logró que las cárceles, vacías de presos políticos tras las primeras jornadas de febrero, fueran llenándose con militantes sindicalistas y anarquistas.

Mientras, la burguesía ya había decidido la partitura que interpretaría. Pocos días después de la formación del gobierno de Frente Popular, y cuando ya Franco había sido destinado a la división militar de Canarias, se celebró una reunión a la que asistieron los generales Franco, Mola, Orgaz, Varela, González Carrasco, Rodríguez del Barrio y el teniente coronel Valentín Galarza para acordar los planes del alzamiento. Todo este movimiento de sables, que contaba con el respaldo abierto de la burguesía, no permanecía secreto dentro de las paredes de las casas de oficiales y cuartos de bandera. Eran constantes los rumores y las informaciones que revelaban la existencia de estos planes. ¿Qué hizo la República, presidida por el “progresista” Azaña para conjurar esta amenaza? Nada, absolutamente nada.

Julio Busquets, reconocido dirigente de la Unión Militar Democrática en los años de la transición, explica el comportamiento del gobierno republicano en aquellos momentos decisivos: “Cuando el golpe de Estado era inminente y la UMRA (Unión Militar Republicana Antifascista) había hecho acopio de toda la información al respecto, se entrevistaron con Casares Quiroga, jefe del gobierno, para exponerle la gravedad de la situación y exigirle una respuesta inmediata. La reunión tuvo el lugar el 16 de julio y se le pidió que aplicara las siguientes medidas:

“Pasar a disponibles forzosos a diferentes militares entre los cuales se encontraban los generales Franco, Goded, Mola, Fanjul y Varela, los coroneles Aranda y Alonso Vega, el teniente coronel Yagüe, y el comandante García Valiño.

“La rápida inspección de todas las guarniciones por parte de delegados gubernativos, que informasen a la tropa de los graves riesgos de insurrección.

“Creación de seis unidades especiales con personal y mandos de total confianza, con sede en Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Zaragoza, Bilbao, destinada a abortar cualquier insurrección militar en sus zonas de influencia.

“La detención inmediata y depuración de los miembros sospechosos de pertenecer a la UME (Unión Militar Española).

“Disolución del ejército, en último caso, con el fin de abortar el golpe.

“(…) Confundiendo deseos con realidades, Casares Quiroga afirmó que no había peligro de insurrección y se negó a aplicar ninguna de las medidas que le planteó la UMRA. Argumentó que estas pondrían verdaderamente en contra de la República a todo el Ejército y que lo que pretendían los militares de la UMRA era desplazar a los militares citados en el escalafón para ocuparlo ellos. *Obviamente, Casares Quiroga tenía en ese momento más una insurrección revolucionaria de izquierdas que un golpe de derechas...*”.

Paralelamente, Azaña destinó al general Mola a Pamplona, donde el 14 de marzo se hizo cargo del gobierno militar y del mando de la 12 Brigada de Infantería. ¡Así era como defendían la “legalidad democrática” los republicanos progresistas, ascendiendo, mimando y favoreciendo a los militares golpistas!

Los preparativos militares en los cuarteles se combinaban con las acciones terroristas de las bandas fascistas de la Falange, especializadas en asesinar trabajadores y atacar los locales de los partidos y los sindicatos obreros. En ese ambiente, cuando el secreto del golpe militar había dejado de serlo y el gobierno era plenamente consciente de lo que se preparaba, los dirigentes republicanos no movieron un solo dedo para prevenirlo, neutralizarlo y aplastarlo utilizando los medios de los que disponían. Es más, su actitud traicionera permitió a los golpistas ganar un tiempo precioso y tomar la iniciativa. En aquellos momentos de máxima gravedad, el gobierno republicano actuaba con felonía: “El ministro de la Guerra se honra en hacer público que toda la oficialidad y clases del ejército español, desde los empleos más altos a los más modestos, se mantienen dentro de los límites de la más estricta disciplina, dispuestos al cumplimiento exacto de sus deberes. Los militares españoles, modelos de abnegación y lealtad, merecen de todos sus conciudadanos el respeto, el afecto y la gratitud que se deben a quienes han hecho, en servicio y defensa de la patria y de la República, la ofrenda de su propia vida si la seguridad y el honor lo exigen”.

7. Julio Busquets, *Ruido de Sables. Las conspiraciones militares en la España del siglo XX*, Crítica, Barcelona 2003, pág. 67.

Finalmente, el 17 de julio la guarnición de Marruecos se levantó en armas y el resto de las circunscripciones militares telegrafadas por Franco prepararon todos los operativos. Aunque el gobierno republicano tenía un conocimiento exhaustivo del levantamiento militar, se negó en redondo a tomar ninguna medida para evitar su extensión: durante 48 horas dejaron todo el terreno libre a los golpistas, sin movilizar las fuerzas leales del ejército ni impartir una sola orden. Fue una actitud de traición abierta que permitió a Franco movilizar con rapidez sus efectivos.

¿A quién temía más la “burguesía progresista liberal”, fiel aliada del Frente Popular? ¿A los fascistas o a las masas revolucionarias? Los republicanos en el gobierno se negaban a armar al pueblo, mientras consentían el levantamiento. Ellos podían perder su posición de abogados, sus columnas en los periódicos, sus ingresos como diputados, pero nunca aceptarían un régimen social diferente al capitalismo. La pequeña burguesía republicana se había opuesto siempre, como así hizo constar en el acuerdo del Frente Popular, a cualquier medida socialista, entonces, ¿por qué iba a armar a los trabajadores y desencadenar el peligro de la revolución?

Para completar la traición, Martínez Barrio, republicano de derechas nombrado por Azaña para sustituir a Casares Quiroga al frente del gobierno el mismo 18 de julio, realizó todo tipo de esfuerzos con el beneplácito del presidente de la República al fin de formar un gobierno cívico-militar que diera cabida a los militares golpistas. En una controvertida conversación entre Martínez Barrio y Mola, el jefe de gobierno en funciones trató de conseguir el apoyo del general golpista: “En este momento los socialistas están dispuestos a armar al pueblo. Con ello desaparecería la República y la democracia. *Debemos pensar en España*. Hay que evitar a toda costa la guerra civil. *Estoy dispuesto a ofrecerles a ustedes los militares, las carteras que quieran y en las condiciones que quieran*”. Pero el general sublevado respondió con desprecio: “Si yo acordase con usted una transacción habríamos los dos traicionado a nuestros ideales y a nuestros hombres. Mereceríamos ambos que nos arrastrasen”.⁸

8. Burnett Bolloten, *La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución*, Alianza Editorial, Madrid 1995, pág. 100.

EL GOLPE FASCISTA ES DERROTADO POR LA CLASE OBRERA

No fue el gobierno republicano, en el que los dirigentes reformistas del PSOE y los líderes estalinistas habían confiado, el que derrotó el levantamiento militar. Una vez más fue la acción independiente de la clase trabajadora, el heroísmo, la decisión y audacia de miles de obreros que con los métodos de lucha de clases, la huelga general y la insurrección armada abortaron el triunfo inmediato del fascismo.

En medio de la asonada, los dirigentes del PCE y del PSOE hicieron pública una nota muy significativa: "El momento es difícil, pero no desesperado. El Gobierno está seguro de poseer los medios suficientes para aplastar esta tentativa criminal. En el caso de que estos medios fuesen insuficientes, la República tiene la promesa solemne del Frente Popular. Este está decidido a intervenir en la lucha a partir del momento en que la ayuda le sea pedida. El Gobierno manda y el Frente Popular obedece"⁹.

Estas patéticas palabras indicaban que en la cúspide de los partidos de izquierda la situación no era mejor que en los círculos gubernamentales. Toda la "actividad" de los líderes socialistas y estalinistas se reducía a confiar en las órdenes del gobierno republicano, cuando ya había dado sobradas muestras de su traición.

Conscientes del enorme peligro a que se enfrentaban, los obreros, los campesinos y de entre ellos la juventud revolucionaria, no esperaron las órdenes y las consignas de los representantes gubernamentales y de los dirigentes reformistas, por otra parte inexistentes, y se lanzaron a apropiarse de las armas y asaltar los cuarteles.

Company, presidente de la Generalitat, al igual que Azaña en Madrid, se negó a distribuir armas entre los trabajadores de Barcelona. En esta ciudad, los militantes de la CNT-FAI y del POUM asaltaron armerías, tiendas de caza, obras en construcción en busca de dinamita, requisaron las armas que los fascistas ocultaban en sus casas, así como todos los automóviles que pudieron encontrar. Con este escaso material se enfrentaron, en una lucha desigual desde el punto de vista militar, a las tropas que los fascistas movilizaron. Sin embargo, su arrojo, su moral, su confianza, desmoralizaron a los soldados,

9. Vernon Richards, *Enseñanzas de la revolución española*, Campo Abierto Ediciones, Madrid 1977, pág. 26.

muchos de los cuales abandonaron su posición para pasarse al bando del pueblo. A pesar de los miles de obreros que murieron, en la tarde del 19 de julio cayó preso el general Goded, después del cerco al cuartel de Atarazanas. El pueblo en armas había derrotado la sublevación en toda Catalunya, ante la pasividad del gobierno de la Generalitat que quedó suspendido en el vacío, sin ninguna base segura en la que apoyarse.

“Los combates habían durado unas treinta y seis horas” señala Abel Paz, “El pueblo de Barcelona, sin armas e incluso contra la voluntad del Gobierno autónomo de la Generalitat, había vencido a los militares y se hallaba prácticamente en la situación de dueño y señor de la ciudad”¹⁰.

Una situación parecida se vivió en Madrid, donde miles de obreros y jóvenes reagrupados el mismo 18 de julio, comenzaron la tarea del armamento. Anarquistas, comunistas, socialistas, poumistas, levantaron barricadas en las zonas clave de la ciudad, requisaron y asaltaron los depósitos de armas que pudieron y se arrojaron a la conquista del Cuartel de la Montaña que pasó, después de horas de intenso combate, a manos de los obreros. La misma situación se repitió en cientos de pueblos y ciudades importantes del país: Valencia, Gijón, Málaga, Santander, Bilbao, Badajoz, Cáceres... En otras plazas como Sevilla, Oviedo y Zaragoza, los fascistas tuvieron que emplearse a fondo en una represión salvaje contra los obreros que, con las pocas armas que pudieron conseguir, intentaron abortar la sedición. En todas estas ocasiones, los trabajadores fueron traicionados por la actitud condescendiente de los líderes republicanos con los mandos militares: pensaban, en el colmo de su estupidez, que los responsables de la guarniciones respetarían su juramento de fidelidad a la República. Con trucos y engaños, los facciosos neutralizaron a los gobernadores y alcaldes republicanos de estas ciudades y estos a su vez lograron que los dirigentes obreros se fiaran.

Como ha señalado Anthony Beevor: “Allí donde los obreros se dejaron convencer por un gobernador civil aterrado ante la perspectiva de provocar el levantamiento de la guarnición local, perdieron la partida y hubieron de pagar el titubeo con sus vidas. Pero si

10. Abel Paz, *La guerra de España, paradigma de una revolución*, Flor del Viento Ediciones, Barcelona 2005, pág. 26.

demostraban enseguida que estaban preparados y dispuestos para asaltar los cuarteles, entonces se les unía la mayoría de los guardias de asalto y otras fuerzas de seguridad y conseguían que la guarnición se rindiese”¹¹.

Incluso un historiador liberal británico tiene que reconocer que fue la acción independiente de las masas lo que hizo fracasar el golpe fascista. De esta manera la clase obrera española volvió a escribir una página heroica de su historia: lo que pretendía ser un triunfo militar aplastante de la contrarrevolución, se transformó en el inicio de la revolución socialista.

Los mandos militares habían previsto un triunfo rápido que les permitiese en pocos días consolidar su dominio sobre la península. En realidad, cuarenta y ocho horas después del golpe, los militares habían sufrido un sonoro fracaso: “Entre el 18 de julio y el primero de agosto de 1936” escribe Abraham Guillén, “la situación política y estratégica del ejército fascista era desesperada. Tenían solamente parte de la meseta y del noroeste de España y una pequeña cabeza de puente en Andalucía. Así pues, el frente norte de los generales golpistas estaba separado del sur. Franco y Mola no tenían sus fuerzas reunidas sino separadas lo cual significaba una gran desventaja estratégica. Los republicanos ocupaban en el mes de julio las zonas más industrializadas, más ricas y de mayor densidad de población de España: Vasconia, Asturias, Valencia, Madrid y Cataluña.

“Como desventaja geoestratégica, el frente republicano estaba separado por dos zonas geográficas: una formada por Asturias y Vasconia (con el reducto de Oviedo), entre Castilla La Nueva y el mar Cantábrico, con una ancha cabeza formada por parte de Aragón y Navarra. La otra, por las regiones del noreste (Cataluña y parte de Aragón), Levante (Valencia y su región), Murcia, casi toda la costa andaluza mediterránea, la región del Centro, Extremadura y parte de Huelva.

“La mayor parte de la población, los recursos financieros, las fábricas militares y la flota de guerra, en julio de 1936, estaban en manos de los republicanos (...)”¹².

11. Anthony Beevor, *La guerra civil española*, Editorial Crítica, Barcelona, pág. 82.

12. Abraham Guillén, *El error militar de las izquierdas. Estrategia de la guerra revolucionaria*. Editorial Hacer, Barcelona, 1980, pág. 9.

ESTALLA LA REVOLUCIÓN

Un ambiente de fervor revolucionario se apoderó de las masas obreras. Ellas y solo ellas organizaron la resistencia armada al fascismo y evitaron un triunfo rápido del golpe militar. En Barcelona, donde el poder estaba en manos de los obreros cenetistas, rápidamente se organizaron columnas de miles de milicianos en dirección a Zaragoza para reconquistar la ciudad y, “en cuestión de días, según Abad de Santillán, más de 150.000 voluntarios estaban disponibles y resueltos a luchar en los frentes más amenazados”¹³.

Al frente de aquella fuerza armada revolucionaria que se dirigió a tierras aragonesas estaba Buenaventura Durruti. En pocas semanas, Durruti y sus columnas transformaron cada pueblo por el que pasaban o conquistaban en una plaza fuerte de la revolución social. Con el ejemplo de su acción, el líder anarquista pronto se convertiría en una seria amenaza para aquellos que, agazapados tras la bandera del Frente Popular, intentaron estrangular las conquistas revolucionarias de los obreros en armas.

El 24 de julio de 1936, en pleno auge revolucionario en Catalunya, Durruti fue entrevistado en Barcelona por el periodista Van Passen, del diario *The Toronto Daily*. La entrevista refleja fielmente el estado de ánimo que se respiraba entre el proletariado de todo el país:

“V. Passen. — ¿Considera ya aplastados a los militares rebeldes?

“Durruti. — No, todavía no los hemos vencido. Ellos tienen Zaragoza y Pamplona, ahí es donde están los arsenales y las fábricas de municiones, tenemos que tomar Zaragoza y después saldremos al encuentro de las tropas compuestas de legionarios extranjeros que ascienden desde el sur mandados por el general Franco. Dentro de dos o tres semanas nos encontraremos entregados en batallas decisivas.

“V. Passen. — ¿Dos o tres semanas?

“Durruti. — Dos o tres semanas o quizás un mes, la lucha se prolongará como mínimo todo el mes de agosto. El pueblo obrero está armado. En esta contienda el ejército no cuenta, hay dos campos: los hombres que luchan por la libertad y los que luchan por aplastarla. Todos los trabajadores de España saben que si triunfa el fascismo vendrá el hambre y la esclavitud. Pero los fascistas también saben lo que

13. Vernon Richards, *Op. cit.*, pág. 34.

les espera si pierden, por eso la lucha es implacable. Para nosotros de lo que se trata es de aplastar el fascismo de manera que no pueda levantar jamás la cabeza en España. Estamos decididos a terminar de una vez por todas con él, y esto a pesar del gobierno.

“V. Passen. — ¿Por qué dice usted a pesar del gobierno? ¿Acaso no está luchando este gobierno contra la rebelión fascista?

“Durruti. — Ningún gobierno del mundo pelea contra el fascismo hasta suprimirlo. Cuando la burguesía ve que el poder se le escapa de las manos recurre al fascismo para mantener el poder de sus privilegios, y esto es lo que ocurre en España. Si el gobierno republicano hubiese deseado terminar con los elementos fascistas, hace ya mucho tiempo que hubieran podido hacerlo y, en lugar de eso, temporizan, transigen y malgastan su tiempo buscando compromisos y acuerdos con ellos. Aún en estos momentos hay miembros del gobierno que desean tomar medidas muy moderadas contra los fascistas. Quién sabe si aun el gobierno espera utilizar las fuerzas rebeldes para aplastar el movimiento revolucionario desencadenado por los obreros.

“V. Passen. — ¿Entonces usted ve dificultades aun después que los rebeldes sean vencidos?

“Durruti. — Efectivamente. Habrá resistencia por parte de la burguesía, que no aceptará someterse a la revolución que nosotros mantendremos con toda su fuerza.

“V. Passen. — Largo Caballero e Indalecio Prieto han afirmado que la misión del Frente Popular es salvar la República y restaurar el orden burgués, y usted Durruti, usted dice que el pueblo quiere llevar la revolución lo más lejos posible, ¿Cómo interpretar esta contradicción?

“Durruti. — El antagonismo es evidente. Como demócratas burgueses esos señores no pueden tener otras ideas que las que profesan. Pero el pueblo, la clase obrera, esta cansada de que se le engañe, los trabajadores saben lo que quieren, nosotros luchamos no por el pueblo, sino con el pueblo, es decir por la revolución dentro de la revolución. Nosotros tenemos conciencia de que en esta lucha estamos solos y que no podemos contar nada más que nosotros mismos. Para nosotros no quiere decir nada que exista una Unión Soviética en una parte del mundo, porque sabíamos de antemano cuál era su actitud en relación a nuestra revolución. Para la Unión Soviética lo único que cuenta es tranquilizar. Para gozar de esa tranquilidad, Stalin sacrificó

a los trabajadores alemanes a la barbarie fascista; antes fueron los obreros chinos que resultaron víctimas de ese abandono. Nosotros estamos aleccionados y deseamos llevar nuestra revolución hacia adelante porque la queremos aquí, en España, ahora y no quizá mañana, después de la próxima guerra europea. Nuestra actitud es un ejemplo de que estamos dando a Hitler y Mussolini más quebraderos de cabeza que el Ejército Rojo, porque temen que sus pueblos, inspirándose en nosotros, se contagien y terminen con el fascismo en Alemania y en Italia, pero ese temor también lo comparte Stalin, porque el triunfo de nuestra revolución tiene necesariamente que repercutir en el pueblo ruso.

“V. Passen. — ¿Espera usted alguna ayuda de Francia o Inglaterra ahora que Hitler y Mussolini han comenzado a ayudar a los militares rebeldes?

“Durruti. — Yo no espero ayuda para una revolución libertaria de ningún gobierno del mundo. Puede ser que los intereses en conflicto de imperialismos diferentes tendrán alguna influencia en nuestra lucha, eso es posible. El general Franco está haciendo todo lo posible para arrastrar a Europa a una guerra y no dudará un instante en lanzar a Alemania en contra nuestra. Pero a fin de cuentas yo no espero ayuda de nadie, ni siquiera en última instancia de nuestro gobierno.

“V. Passen. — ¿Pueden ustedes ganar solos? Aun cuando ustedes ganaran, heredarían montones de ruinas.

“Durruti. — Siempre hemos vivido en la miseria y nos acomodaremos a ella durante algún tiempo, pero no olvide que los obreros somos los únicos productores de riqueza. Somos nosotros los obreros los que hacemos marchar las máquinas y las industrias, los que extraemos el carbón y los minerales de las minas, los que construimos ciudades. ¿Por qué no vamos pues a construir, y aun en mejores condiciones, para reemplazar lo destruido? La ruina no nos da miedo. Sabemos que no vamos a heredar nada más que ruina porque la burguesía tratará de arruinar el mundo en la última fase de su historia. Pero a nosotros no nos dan miedo las ruinas, porque llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones. Este mundo está creciendo en este instante”.

Al final de la entrevista, el periodista Van Passen reconoció: “Este hombre representa a una organización sindical que cuenta aproximadamente con dos millones de afiliados y sin cuya colaboración la

República no puede hacer nada, incluso en el supuesto de una victoria sobre los sublevados. Yo quise conocer su pensamiento porque para entender lo que está sucediendo en España es preciso saber cómo piensan los trabajadores, por esa razón he interrogado a Durruti, porque por su importancia popular es un auténtico y característico representante de los trabajadores en armas. De sus respuestas resulta claramente que Moscú no tiene ninguna influencia ni autoridad para hablar en nombre de los trabajadores españoles. Según Durruti ninguno de los Estados europeos se siente atraído por el sentimiento libertario de la revolución española, sino deseosos de estrangularla”.

El levantamiento armado de los trabajadores fue la señal inequívoca de un cambio dramático en la situación. En centenares de grandes y pequeñas ciudades, en miles de pueblos, el poder real ya no se encontraba en los gobiernos civiles o ayuntamientos. Las instituciones “legales” del Estado republicano habían dejado de funcionar y, en la práctica, el único poder real existente era el de los obreros en armas y sus organizaciones, que inmediatamente empezaron a formar y desarrollar sus comités y sus milicias para establecer la defensa armada de sus ciudades y la ofensiva militar contra el levantamiento fascista.

Marx y Engels subrayaron que en última instancia el Estado son grupos de hombres armados en defensa de la propiedad privada. Después del 19 de julio, el Estado burgués en la España republicana había sufrido un golpe demoledor.

Sin fuerzas armadas leales, sin instituciones con poder real, enfrentados al armamento de los trabajadores, Azaña y su gobierno podían implorar, pero no gobernar. ¿Se pueden imaginar condiciones más favorables para la toma del poder y el establecimiento de una república socialista que organizase una guerra revolucionaria contra el fascismo?

El propio Fernando Claudín lo reconoce sin ambigüedad en el libro citado con anterioridad: “Las jornadas de julio pusieron plenamente de manifiesto hasta qué punto la revolución proletaria había “madurado” en España, hasta qué punto la correlación de fuerzas le era favorable. (...) El Estado republicano se derrumbó como un castillo de naipes y el comportamiento pasivo, vacilante, cuando no francamente capitulador, de las autoridades legales y de la mayor parte

de los dirigentes de los partidos republicanos pequeñoburgueses, contribuyó no poco a los escasos éxitos de las fuerzas contrarrevolucionarias. Al cabo de los primeros días de combate la revolución no había vencido definitivamente, pero la correlación de fuerzas en el conjunto del país le era francamente favorable (...)”¹⁴.

El ambiente de fervor revolucionario se apoderó de las masas obreras. Ellas y sólo ellas organizaron la resistencia armada al fascismo y evitaron un triunfo rápido del golpe militar.

Azaña y el efímero gobierno de Martínez Barrio quedaron literalmente arrinconados, incapaces de reaccionar ante la enérgica actuación de las masas y obligados a sancionar lo que en la práctica eran ya hechos consumados.

Una situación de doble poder se extendió por todo el país. En cada distrito, ciudad y pueblo, los partidos y los sindicatos organizaban sus propias milicias para defenderse y preparar la ofensiva en el terreno militar. Al mismo tiempo, la revolución apuntó directamente hacia la disolución de las relaciones de propiedad capitalista mediante la incautación de miles de empresas y fábricas por parte de comités encabezados por militantes de CNT-UGT. Esta situación alcanzó su máximo apogeo en el caso de Barcelona y Catalunya, donde los comités de CNT se entregaron a la obra colectivizadora de cientos de fábricas incautadas en todos los sectores productivos, así como al control de sectores estratégicos como los transportes, la producción eléctrica o las comunicaciones.

Exactamente igual ocurría en el campo, donde la acción enérgica de miles de militantes confederales y también ugetistas, puso las tierras de los caciques y de los medianos propietarios en manos de las colectividades que se organizaron por todo el territorio republicano, y que en Aragón y Catalunya adquirirían unas dimensiones formidables.

Desde el punto de vista de las realizaciones revolucionarias, las tareas de la revolución democrático-burguesas fueron satisfechas en pocas semanas gracias a la actuación de los obreros en armas. Pero esta acción colectiva de la clase obrera y el campesinado pobre no respetó el marco del capitalismo, fue mucho más lejos, enlazando las realizaciones democráticas con medidas abiertamente socialistas.

14. Fernando Claudín, *Op. cit.*, pág. 179.

Igual que en el período de febrero a octubre de 1917 en Rusia, pero en esta ocasión de una manera mucho más concentrada en un lapso más reducido de tiempo, la revolución española abordó las tareas socialistas con una profundidad y extensión extraordinarias. Las conquistas de julio a octubre de 1936 en lo referido a incautaciones de la propiedad capitalista, tanto de fábricas como de tierras, y la extensión del control obrero sobre la actividad productiva, fue mayor que la realizada por los bolcheviques en los meses inmediatamente posteriores a octubre de 1917. Incluso en el campo, los bolcheviques tuvieron que adoptar el programa de los socialistas revolucionarios, es decir, la entrega de la propiedad de la tierra al campesinado y no su colectivización. En el caso del Estado español, la colectivización de la tierra fue asumida de forma natural por cientos de miles de campesinos y jornaleros que habían visto sus expectativas frustradas durante años de promesas, y tras una ley de reforma agraria que dejó intacto el poder de los terratenientes.

A pesar de las magníficas perspectivas que se abrían para los oprimidos, el resultado final en la España de 1936 fue muy diferente a la de Rusia de 1917. La causa fundamental de este hecho no se explica por la actitud de las masas obreras y campesinas españolas, sobradas de conciencia, preparación y decisión revolucionaria. El factor decisivo y cualitativo fue que en Rusia existía un gobierno obrero que llamaba a completar la revolución y que encabezaba la acción de las masas, dándola cobertura y fortaleciéndola a través de la abolición de las instituciones de la legalidad burguesa, como el Parlamento (léase Asamblea Constituyente) y sustituyéndolas en todo el territorio ruso por los nuevos órganos del poder socialista: los sóviets de obreros y campesinos.

En el caso de la revolución española, no existía un gobierno como el de Lenin y Trotsky ni un partido bolchevique con influencia entre las masas. El estalinismo, que usurpó la bandera del comunismo en estos titánicos acontecimientos, se comportó de una forma diametralmente opuesta a la de los bolcheviques en 1917. En la práctica, jugaron el mismo papel que los mencheviques y que los dirigentes socialdemócratas alemanes en la revolución de 1918-1919: el de enterradores de la revolución y salvadores de la burguesía.

Como los hechos indicaron en todo momento, los estalinistas no lucharon por el poder obrero ni por el derrocamiento del capitalismo. Al contrario, todos sus esfuerzos se dirigieron desde el primer

instante de la revolución a constreñir la lucha de los trabajadores, tanto en el frente como en la retaguardia, a la defensa de la República “democrática”. Ello implicaba, naturalmente, la reconstrucción del Estado burgués que había sido parcialmente demolido tras el 19 de julio, y la supresión de todas las conquistas revolucionarias del proletariado y el campesinado. Y esta tarea contrarrevolucionaria fue llevada a cabo con la misma decisión y celeridad que Stalin mostró en la URSS a la hora de encarcelar y fusilar a decenas de miles de comunistas que se opusieron a su dictadura burocrática.

‘¡NO PASARÁN!’. LA HEROICA RESISTENCIA AL FASCISMO EN MADRID

Frente a la actitud de las masas obreras dispuestas a derramar hasta la última gota de sangre en la lucha contra los militares facciosos, sus tropas regulares y los voluntarios falangistas, los gobernantes republicanos mostraron una incapacidad venal para hacer frente, desde el punto de vista militar y político, a la situación creada tras el 18 de julio. En lugar de movilizar todos los ingentes recursos económicos de que disponía el Estado republicano para la adquisición de armas (ni más ni menos que las segundas reservas mundiales de oro); en lugar de pasar a la ofensiva, organizando y desplazando el máximo de contingentes militares hacia Extremadura para frenar el avance de las tropas franquistas desde Sevilla; en lugar de concentrar todo el fuego de la marina leal y la aviación contra el traslado de tropas desde Marruecos a la península... el gobierno republicano no adoptó ninguna medida sensata en los decisivos días de finales de julio. “Sin flota de guerra, sus fuerzas africanas (moros y legionarios), tropas profesionales de choque, difícilmente podrían ser trasladadas a la península, pues gran parte de la marina de guerra española había sido tomada por los soldados y suboficiales republicanos. La guarnición de Sevilla, la base naval de San Fernando y otras posiciones en Andalucía, en poder de los sublevados, no podrían resistir una ofensiva sino llegaban en su auxilio los batallones africanos, incapaces de cruzar el estrecho de Gibraltar, no teniendo flota de guerra, ni una fuerza aérea de combate y transporte.

“Pero Franco consiguió pasar el estrecho de Gibraltar con la ayuda de la aviación alemana: el día 5 de agosto de 1936 transportó a la península desde África 2.500 soldados con todos sus equipos; entre

julio y agosto de ese año, llegaron 10.500 soldados más gracias a la cooperación de la aviación germana. Destacando la importancia del arma aérea alemana en la campaña de Franco desde África hasta las puertas de Madrid, Hitler dijo en julio de 1942: 'Franco tendría que haber hecho un monumento a los viejos Junkers-52 que les trasladaron desde África a España 10.500 hombres en julio y 9.700 más en septiembre de 1936'¹⁵.

¿Cómo es posible que Franco pudiera realizar semejante puente aéreo desde Marruecos hasta el suroeste de Andalucía sin que el gobierno republicano hiciese nada por impedirlo? En realidad toda la flota de guerra pudo haber sido movilizada hacia el estrecho y utilizada contra este desembarco de tropas. Pero esto no ocurrió y la razón fundamental hay que buscarla en el miedo del gobierno republicano de Giral de provocar una reacción contraria del gobierno de Gran Bretaña, que exigía vehementemente que la guerra civil española no interfiriese en la "libertad" de navegación del estrecho. De esta manera, la mayoría de la flota republicana, que fue tomada por los marineros durante las primeras horas del golpe militar tras un duro enfrentamiento contra los oficiales facciosos, fue inutilizada como arma de guerra en el momento más importante. Un gran número de buques republicanos fueron enviados, en esos días fatídicos, a la base de Cartagena donde permanecieron amarrados durante gran parte del tiempo que duró la guerra.

Esta capitulación ante las presiones diplomáticas de Gran Bretaña, cuyo gobierno estaba mucho más interesado en una victoria de las fuerzas de Franco que en el triunfo de la revolución social por razones obvias, se repitió a lo largo de la guerra. Sin entender que la "democracia" no es más que una palabra apreciada por la burguesía siempre y cuando los intereses del gran capital estén garantizados, los líderes republicanos se imaginaban que haciendo concesiones a los imperialistas británicos o franceses podrían conseguir su apoyo a la causa de la España leal. Los acontecimientos se encargarían de refutar esta política, que tendría consecuencias desastrosas en el frente militar.

Los avances de las primeras semanas del ejército franquista, con la conquista de Badajoz y la sangrienta represión llevada a cabo contra la población trabajadora de Andalucía y Extremadura, provocaron el

15. Abraham Guillén, *Op. cit.*, pág. 10.

desconcierto general en las filas gubernamentales. El gobierno de Giral no era más que un guiñapo incapaz de prever nada, o de hacer frente a ninguna contingencia. Completamente superado por los acontecimientos, los dirigentes republicanos tuvieron que hacerse a un lado. Era necesario encontrar un hombre capaz de insuflar moral en las milicias y con la autoridad necesaria para “dirigir” la guerra. Ese hombre era Largo Caballero, que finalmente formaría gobierno el 4 de septiembre de 1936, esta vez con representantes de UGT, el PSOE, el PCE y los partidos republicanos.

El nuevo gobierno, sin embargo, continuó mostrándose impotente frente a la embestida militar de los ejércitos de Franco. La situación calamitosa del frente extremeño se tradujo en un avance rápido de las tropas fascistas por el valle del Tajo, la consiguiente conquista de Toledo, Talavera y, finalmente, el cerco contra la ciudad de Madrid. Madrid suponía el objetivo máspreciado para Franco pues, según sus cálculos, la toma de la capital forzaría el reconocimiento del régimen fascista por parte de las potencias imperialistas occidentales: Francia y Gran Bretaña.

A finales de octubre la situación de Madrid parecía completamente desesperada. Todas las cancillerías europeas daban la ciudad por conquistada en pocos días. Esta misma era la opinión mayoritaria en las filas del gobierno. Sin un milagro, Madrid pronto caería en las garras de los fascistas.

Pero como ocurrió el 19 julio de 1936, el milagro se produjo. La resistencia heroica de Madrid pasará a la historia como la prueba más clara de que cuando el pueblo utiliza métodos revolucionarios en la lucha militar, es imposible vencerle.

En circunstancias como aquellas, mantener el control de la capital de la República era una cuestión esencial para la moral de la masa obrera y de los combatientes. Sin embargo, el gobierno del Frente Popular en pleno, con el recién elegido jefe del gabinete, Largo Caballero, y el propio presidente de la República, Manuel Azaña, decidió abandonar la capital poniendo rumbo a Valencia, delegando la defensa de la ciudad en manos de una Junta presidida por el general Miaja.

Para los estalinistas, la pérdida de Madrid hubiera significado un duro golpe a su prestigio, basado sobre todo en el V Regimiento, de reciente creación y que contaba con miles de hombres. Abandonando

los métodos empleados en otras zonas, esta vez las medidas militares que eran reclamadas por los sectores más avanzados de la CNT y el POUM, si fueron aceptadas y puestas en práctica en Madrid.

El gobierno y los dirigentes estalinistas permitieron el desarrollo de comités de defensa en cada barrio, de manera similar a los que habían actuado en las jornadas heroicas del 19 y 20 de julio en Barcelona, que no sólo registraban los domicilios de fascistas, también tenían capacidad para detener a todos los que trabajaban o se sospechaba trabajaban para los fascistas, la famosa "quinta columna". Los comités de obreros organizaron la resistencia con barricadas, casa a casa, calle a calle. Se crearon comités de mujeres para ayudar a las milicias y comités de abastecimiento encargados de la alimentación y la munición. Los trabajadores del sindicato de la construcción de la CNT y la UGT se emplearon duramente en cavar trincheras y construir defensas fortificadas.

Todos estos comités desarrollaron una actividad frenética incorporando al conjunto de la clase obrera, la juventud y las mujeres de toda la ciudad a las tareas de la defensa. La situación era tan desesperada que incluso los estalinistas cedieron temporalmente en su campaña de calumnias contra el POUM y les permitieron participar en los comités, al mismo tiempo que recibían triunfalmente a las tropas de la CNT, comandadas por Buenaventura Durruti, contradiciendo las constantes campañas de desprestigio contra las milicias anarquistas durante su ofensiva en Aragón.

El Madrid de los trabajadores, con la moral de la revolución, resistió las embestidas de los ejércitos franquistas en los frentes de la Casa de Campo, Carabanchel, Usera, Ciudad Universitaria... Junto con los milicianos actuaron por primera vez las Brigadas Internacionales, que pronto se distinguirían como una formidable fuerza de choque frente a los disciplinados batallones de moros y regulares.

La actuación internacionalista de los trabajadores y jóvenes venidos de Francia, Polonia, Gran Bretaña, EEUU y hasta de treinta países más, puso de manifiesto las enormes posibilidades de movilizar al proletariado de todo el mundo a favor de la revolución española.

A pesar de que las condiciones eran inmejorables, el estalinismo nunca consintió que la solidaridad de los obreros de Europa, y especialmente de Francia, se moviera más allá de ciertos límites. En Rusia durante la guerra civil y la intervención imperialista que siguió a la

Revolución de Octubre, los bolcheviques utilizaron la III Internacional para organizar al proletariado europeo contra la burguesía de sus respectivos países. La mejor defensa del joven Estado obrero soviético fue la lucha revolucionaria que protagonizaron los obreros alemanes, húngaros, italianos, británicos o españoles en los años veinte.

Alejados por completo de la política leninista, los nuevos jefes de la Komintern con Stalin a la cabeza, no tenían la menor intención de poner en peligro sus compromisos con las potencias imperialistas "democráticas". Para ellos, los acuerdos diplomáticos con los Estados burgueses de Francia y Gran Bretaña, organizadores de la criminal política de no intervención, pesaba mucho más en la balanza que el futuro del proletariado español. Finalmente, el apoyo militar a la España republicana estuvo absolutamente condicionado a una aceptación plena de la línea estratégica que los nuevos burócratas del Kremlin habían asumido. Y en esa línea no cabía la revolución socialista en España, una revolución que no se detendría en sus fronteras y que incendiaría toda Europa. La revolución era anatema, el anatema más grave de todos, porque podía amenazar el poder de la nueva casta de usurpadores en el seno de la propia URSS.

La resistencia de Madrid se prolongó en semanas de duros combates que se saldaron con miles de bajas del ejército fascista, y bastantes más en las filas milicianas. La ferocidad de la resistencia de los milicianos y los brigadistas sorprendió al mando militar enemigo que no se podía imaginar una voluntad de lucha de tales dimensiones. El Madrid proletario emuló la gesta de Petrogrado en los momentos más difíciles de la guerra civil rusa. La guerra revolucionaria demostró que era la única vía para combatir exitosamente a un enemigo superior en términos militares y que contaba con el apoyo pleno de las potencias fascistas europeas. Pero esta experiencia no se extendió al resto del país y muy pronto el conflicto encaró una dinámica completamente desfavorable para la clase trabajadora.

LA FALTA DE UNA DIRECCIÓN REVOLUCIONARIA CONSECUENTE

Las milicias obreras, las industrias colectivizadas, los comités sindicales de control sobre la producción y las colectividades en el campo, constituían los embriones del nuevo poder obrero.

Establecer pues la coordinación estatal de todos estos comités, con delegados elegidos desde la base y revocables, conseguir que estos comités centralizaran y dirigieran democráticamente la vida económica, política y social del país, era el camino para consolidar la democracia obrera creciente:

“...La realidad es que a pesar del surgimiento del doble poder, a pesar del alcance del poder del proletariado en las milicias y su control de la vida económica, el Estado obrero permanecía embrionario, atomizado, dispersado en las diversas milicias, comités de fábricas y comités locales de defensa antifascista constituidos conjuntamente por las diversas organizaciones. Nunca se llegó a centralizar en consejos de soldados y obreros a nivel nacional, como se hizo en Rusia en 1917 y en Alemania en 1918-19.

“A pesar del peso numérico y del poder del proletariado español, nunca se traspasó este nivel. A nivel local y en cada columna de milicias, el proletariado mandaba; pero en la cumbre estaba sólo el gobierno. Esta paradoja tiene una explicación muy sencilla: no había partido revolucionario en España listo para potenciar la organización de sóviets de manera audaz y consciente...”¹⁶.

Este análisis del marxista norteamericano Felix Morrow indicaba las enormes carencias con que se enfrentaba el poder obrero embrionario. A pesar de que todas las actuaciones de los trabajadores se orientaban en una dirección inequívoca hacia la destrucción del orden capitalista, no existía un partido capaz de generalizar esta experiencia y consolidar los órganos del nuevo poder proletario. Al contrario, en el panorama político del momento había poderosas fuerzas que obraban en sentido contrario.

Los dirigentes de los partidos obreros, con especial ahínco los estalinistas y los líderes del PSOE, profundizaron su política de colaboración de clases a través del Frente Popular. Para ellos, la lucha contra el fascismo no podía trascender la defensa de la democracia burguesa o, dicho con otras palabras más persuasivas, la defensa de la República democrática, como subrayaban una y otra vez los dirigentes estalinistas. Consecuentemente, garantizar este objetivo implicaba en los hechos enfrentarse a los obreros armados que empezaban a organizar su propio poder.

16. Félix Morrow, *Revolución y Contrarrevolución en España*, Ed. Akal, Madrid 1976, pág. 95.

Después de los primeros meses de conquistas revolucionarias, la política del Frente Popular y del estalinismo se transformó en toda una cadena de medidas dirigidas a someter el poder independiente de los obreros a los intereses de la burguesía republicana.

Trotsky analizó perspicazmente la dinámica de aquellos acontecimientos: "...El hecho más sorprendente, desde el punto de vista político, es que, en el Frente Popular español, no había en el fondo, ningún paralelogramo de fuerzas: el puesto de la burguesía estaba ocupado por su sombra. Por medio de los estalinistas, los socialistas y los anarquistas, la burguesía española subordinó al proletariado sin ni siquiera tomarse la molestia de participar en el Frente Popular: la aplastante mayoría de los explotadores de todo los matices políticos se habían pasado al campo de Franco. La burguesía española comprendió, sin ninguna teoría de la revolución permanente, desde el comienzo del movimiento revolucionario de las masas, que cualquiera que fuera su punto de partida, ese movimiento se dirigía contra la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción, y que era imposible terminar con él con los medios de la democracia.

"Por esto sólo quedaron en el campo republicano residuos insignificantes de la clase poseedora, los señores Azaña, Companys y sus semejantes, abogados políticos de la burguesía, pero en absoluto la burguesía misma. Las clases poseedoras habiéndolo apostado todo a la dictadura militar, supieron, al mismo tiempo, utilizar a los que ayer eran sus representantes políticos para paralizar, disgregar y luego asfixiar el movimiento socialista de las masas en territorio republicano..."¹⁷.

¿Pero cómo reconstruir el poder de la burguesía en la zona republicana? Al gobierno de Madrid y a la Generalitat le faltaba el instrumento más importante: las fuerzas armadas. El ejército se había pasado a Franco, exceptuando la marina y buena parte de la aviación, mientras la policía regular no existía como fuerza dependiente del gobierno.

Por otra parte era necesario terminar con los "excesos" revolucionarios que habían amenazado la propiedad privada de las fábricas y las tierras, e impedir a toda costa que el movimiento se desarrollase y adoptase medidas socialistas de nacionalización de la banca.

17. León Trotsky, *Lección de España: última advertencia*.

En ausencia de un partido revolucionario que tomara el poder, impulsara la formación de sóviets y emprendiera una guerra revolucionaria, fue la pequeña burguesía liberal y los estalinistas quienes dictaron la estrategia en la lucha contra el fascismo. Y esto implicaba, en primer término, la adopción de todas las medidas necesarias para la reconstrucción del Estado burgués en la zona republicana.

En cualquier caso, enfrentarse abiertamente a las masas armadas en aquellos momentos era un ejercicio realmente peligroso. Por tanto la orientación de estas fuerzas fue intentar reconstruir ese poder a través de la participación en el gobierno de dirigentes obreros de reconocido prestigio que pudiesen reconducir la situación.

El 4 de septiembre de 1936 Largo Caballero fue nombrado presidente del gobierno. La presentación de su programa fue toda una declaración de intenciones: "Este gobierno se constituye con la renuncia previa de todos sus integrantes a la defensa de sus principios y tendencias particulares para permanecer unidos en una sola aspiración: defender España en su lucha contra el fascismo" (*Claridad*, 1 de octubre de 1936).

Meses antes de estos hechos, la izquierda caballerista había mostrado sus discrepancias con el acuerdo de Frente Popular porque recordaba la política de coalición con los republicanos en 1931. Sin embargo, con perspectivas confusas, sin un programa marxista, la izquierda socialista, que al principio se pronunció en contra de separar la guerra de la revolución, actuó como la cobertura de izquierdas del Frente Popular.

Pero sin duda el cambio más trascendental aconteció en las filas del destacamento más importante del proletariado español, la CNT, que agrupaba más de un millón y medio de trabajadores y que había jugado el papel dirigente en la lucha contra el golpe fascista en Catalunya.

Después de la derrota de los militares el 19 de julio, la CNT-FAI se había hecho con el control real del poder en Barcelona, en las principales comarcas catalanas, y jugaba un papel decisivo en el resto del país. No es este el espacio para comentar exhaustivamente la actuación de los dirigentes confederales en la revolución y la guerra civil. Muchos autores lo han descrito con gran profusión de datos y documentación¹⁸.

18. La literatura al respecto es abundante. Cabe citar los excelentes trabajos de Abel Paz, tanto la biografía de Durruti como sus textos sobre las jornadas revolucionarias en Barcelona ya mencionados. También es notable su libro *La cuestión de Marruecos y la república es-*

Cabe destacar que, desde el primer momento, los dirigentes de la CNT, mayoritariamente, abandonaron cualquier pretensión de acabar con el Estado burgués y optaron por la vía de la colaboración con los dirigentes republicanos y estalinistas.

Cuando el 21 de julio las masas confederales habían acabado con la resistencia de los militares sublevados y se encontraron con toda Barcelona en sus manos se produjo una coyuntura decisiva. Era el momento de completar la tarea derribando la vieja maquinaria del Estado. Sin embargo, el comportamiento de los líderes anarquistas no estuvo a la altura de aquellas circunstancias históricas.

Esa misma mañana, Companys, presidente de la Generalitat, el mismo que se había negado a repartir armas a los militantes de la CNT para hacer frente al golpe y que tenía un amplio historial de medidas represivas contra esa organización, tuvo que llamar a los dirigentes cenetistas para encarar la nueva situación creada tras el triunfo proletario. “Fuimos a la sede del Gobierno catalán”, cuenta Abad de Santillán, “con las armas en la mano (...). Algunos de los miembros de la Generalitat temblaban, lívidos (...). El palacio de la Generalitat fue invadido por la escolta de los combatientes”. Lo que les dijo Companys era la mejor prueba del carácter revolucionario del momento y una confesión manifiesta de su propia impotencia: “Siempre habéis sido perseguidos duramente, y yo, con mucho dolor, pero forzado por las realidades políticas (...), me he visto forzado a enfrentarme y perseguiros. Hoy sois los dueños de la ciudad y de Cataluña, porque sólo vosotros habéis vencido a los militares fascistas (...). Habéis vencido y todo está en vuestro poder. Si no me necesitáis o no me queréis como presidente de Cataluña, decídmelo ahora”¹⁹.

La cosa era bastante obvia, pero los dirigentes de la CNT dueños de toda la situación prefirieron dar una salida honrosa al president, una salida que abrió el camino a la reconstrucción del poder del Estado en

pañola, y su biografía, libros editados por la Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo (Madrid). También es importante reseñar la obra de José Peirats, *La CNT en la revolución española* (Tres volúmenes), AA La Cuchilla, Cali-Colombia 1988, donde el autor maneja un volumen de documentación interna de la CNT excepcional. Otra obra de gran interés es el libro de Vernon Richards citado ya en este artículo. Por último en el gran trabajo de Bolloten se puede seguir la evolución de la política de la CNT-FAI en los aspectos decisivos de la revolución.

19. Diego Abad de Santillán, citado por Pierre Broué y Émile Témime en *La revolución y la guerra de España*, Fondo de Cultura Económica, México 1962, Tomo I, pág. 121.

Catalunya y en el resto del país. “Pudimos quedarnos solos, imponer nuestra voluntad absoluta, declarar caduca la Generalitat y colocar en su lugar al verdadero poder del pueblo” señala Abad de Santillán, “pero no creíamos en la dictadura cuando se ejercía contra nosotros, y no la deseábamos cuando podíamos ejercerla nosotros mismos a expensas de otros. La Generalitat habría de quedar en su lugar con el presidente Companys a la cabeza”.

Todas las acciones heroicas de la CNT, todos los sacrificios de sus militantes, todas las resoluciones de los Congresos confederales, eran echados por la borda en el momento de culminar la victoria revolucionaria. Los enemigos del Estado, como se llamaban a sí mismos los dirigentes anarquistas, se inclinaban respetuosamente ante él y decidían, como consecuencia lógica de sus prejuicios sobre el “poder” y la “autoridad”, capitular ante el mismo poder y la misma autoridad que habían combatido y por la que habían sido masacrados durante décadas cientos de los mejores militantes ácratas.

Los líderes anarquistas decidieron, en los hechos, que era mejor combatir al fascismo respetando el orden social capitalista. A partir de esta consideración todo lo demás vino por añadidura. Si la clase trabajadora, cuando está en condiciones de hacerlo, no toma el poder en sus manos, no para imponer un Estado autoritario como piensan los anarquistas que inevitablemente sucede cuando se entra en contacto con el “poder”, sino para acabar precisamente con el poder de los explotadores y organizar la sociedad sobre unas bases completamente diferentes; si en el momento decisivo se renuncia a destruir la dictadura del capital, aquellos que lo hacen pagarán duramente por su error. En palabras del gran revolucionario francés Saint Just: “Los revolucionarios que hacen revoluciones a medias cavan su propia tumba”.

Cuando los anarquistas de izquierda criticaban, años más tarde, a los dirigentes faístas por no haber sido fieles a los principios anarquistas, y haber entrado a formar parte del gobierno republicano burgués y de la Generalitat burguesa, los trotskistas les respondían: ningún anarquista puede mantener sus principios en esa situación. O sucumbes a la presión de la burguesía y luchas por recomponer su poder, o apuntalas y generalizas el poder obrero y eliminas los residuos burgueses, construyendo así un nuevo Estado obrero de transición.

Si aceptamos la premisa de que el Estado burgués es, en última instancia, hombres armados en defensa de la propiedad, es inevitable que la defensa armada de la revolución frente a los intentos contrarrevolucionarios de acabar con el nuevo poder obrero, implique, temporalmente, la organización de una nueva forma de Estado, en este caso una forma estatal bajo control de los oprimidos. Pero este nuevo Estado, desde sus inicios, no es más que un Estado en disolución. El control democrático de los trabajadores a través de sus organismos de representación directa, de elección y revocabilidad de todos los cargos representativos, de la desaparición de la burocracia estatal bien pagada es una premisa fundamental. Pero para hacer efectiva la participación del conjunto de la sociedad en todas las tareas de administración y en todas las decisiones que afectan a cualquier ámbito de la vida social, se requiere, en primer lugar, de tiempo efectivo para que la clase obrera pueda hacerlo, y sólo se llegará a este punto cuando las masas de la población trabajadora reduzcan sensiblemente su jornada laboral. Alcanzar esta situación sólo es posible a través del desarrollo de las fuerzas productivas, socializadas bajo el control democrático de los trabajadores en el marco de una economía planificada.

El Estado, como creación de la sociedad de clases, sólo podrá ser enviado definitivamente al baúl de las reliquias históricas cuando desaparezcan las clases, es decir, cuando la lucha por la apropiación de la plusvalía sea realmente una cosa del pasado. A pesar de las enseñanzas que la historia de las revoluciones ha proporcionado, en el pensamiento anarquista el Estado se representa como un ídolo que desaparece por el simple mecanismo de no reconocerlo. La experiencia de la revolución española echó por la borda de manera dramática todo este idealismo metafísico.

La consecuencia inevitable de la colaboración de los dirigentes de la CNT con los líderes republicanos y estalinistas, justificada por las circunstancias “excepcionales” de la guerra, no fue otra que su implicación en la reconstrucción del Estado burgués. Como primer paso, ese mismo día 21 de julio, y en ese mismo palacio de la Generalitat, se constituyó a iniciativa de Companys el Comité Central de las Milicias Antifascistas de Cataluña (CCMA).

Los dirigentes anarquistas permitieron la presencia en este comité de organizaciones burguesas como la Esquerra, y aceptaron que la representación del estalinismo, a través del PSUC recién constituido

y la UGT, fuera muy superior a sus efectivos reales. Peor aún fue que, con el beneplácito de los dirigentes confederales, se procediera al reparto del armamento incautado en los cuarteles entre todas las organizaciones "antifascistas", permitiendo de esta manera proveer de un arsenal militar a formaciones que lo utilizarían posteriormente para combatir a la CNT, a sus militantes y a su obra revolucionaria.

Con todo, el Comité Central de las Milicias disfrutaba de una autoridad enorme, no por efecto de ninguna disposición legal, sino porque era la representación, aunque fuera indirecta, de las masas obreras armadas.

En aquellas circunstancias todavía era pronto para pensar en acabar con el doble poder de una forma abierta. Barrio a barrio, pueblo a pueblo, y fábrica a fábrica, los comités se multiplicaron por toda Catalunya, expresando mil veces mejor que el Comité Central los deseos de trabajadores y campesinos y la fuerza real de cada organización. Un proceso muy parecido se dio en la mayor parte del territorio republicano, a uno u otro nivel: en Málaga, en Asturias, en Valencia, en el Aragón liberado por las milicias catalanas, en La Mancha, en Cantabria...

Los comités de fábrica, las colectividades agrícolas, los comités de milicias, etc., controlaban la mayor parte de la economía y la sociedad. El Estado burgués se veía reducido a un gobierno formal, a instituciones existentes sólo en el papel y con una autoridad real muy limitada.

¿Cómo fue posible, entonces, que en una situación en la que la correlación de fuerzas era tan favorable a la clase obrera, la República burguesa pudiera reconquistar el poder, hasta imponerse definitivamente y aplastar con las armas los organismos de poder obrero? Insistimos: la causa no fue la falta de conciencia socialista de la clase obrera o su falta de voluntad revolucionaria, como señalan, violentando los hechos, muchos anarquistas que hacen el coro a la habitual propaganda de los estalinistas y reformistas. La causa está en otro lado. Fue la política errónea de las direcciones obreras la única responsable de abrir el camino a la contrarrevolución.

En este sentido, la responsabilidad de los dirigentes anarquistas que tenían en sus manos la organización más importante de los trabajadores y, por tanto, eran decisivos para inclinar la balanza del poder a uno u otro lado, fue tremenda. Si García Oliver, Federica

Montseny o Abad de Santillán hubieran querido cumplir con los ideales que habían proclamado durante años y ser leales a la causa de la militancia anarquista, jamás habrían consentido convertirse en anarcoministros o anarcoconsejeros. Por el contrario habrían impulsado la acción de las masas, se habrían basado en sus instintos y en las conclusiones que estaban sacando rápidamente de su experiencia. Los dirigentes anarquistas, por la autoridad que poseían en el movimiento, podrían haber generalizado los comités, coordinándolos a nivel local y regional con delegados electos democráticamente en los diferentes comités de base y, sobre todo, haber creado un comité obrero estatal para centralizar y coordinar el naciente poder de los trabajadores.

Este era el camino, el único camino para vencer al fascismo. Completar la revolución socialista en el conjunto de la España republicana expropiando económicamente a la burguesía y destruyendo su Estado y, al mismo tiempo, llamar a las masas de la clase obrera mundial, especialmente de Francia a seguir el mismo camino. Esa fue la gran lección de la Revolución Rusa y la explicación de su histórico triunfo.

LA CONTRARREVOLUCIÓN SE ABRE PASO

La reconstrucción del Estado burgués fue realizándose meticulosamente. El sacrificio y el esfuerzo de miles de hombres y mujeres fue lo que realmente paró el levantamiento, y ese mismo impulso revolucionario, con la complicidad de todos los dirigentes obreros, se sometió a los órganos de poder republicanos.

En Catalunya, donde el doble poder había llegado más lejos, la Generalitat burguesa recondujo paulatinamente la situación. El 26 de septiembre de 1936 se constituyó el nuevo gobierno de la Generalitat con tres ministros de Esquerra Republicana, tres de la CNT, tres de Unión Campesina, uno de Acció Catalá, dos del PSUC y uno del POUM (Andreu Nin).

La primera medida decisiva fue la disolución del Comité Central de Milicias, cuya autoridad recayó en los ministerios de Defensa y Seguridad Interna, pero no fue la última. Un decreto publicado el 9 de octubre de 1936 señalaba:

“Artículo primero: se disuelven en Catalunya todos los comités locales, cualesquiera que sean sus nombres o títulos, junto con todas las organizaciones locales que pudieran haber surgido para aplastar al movimiento subversivo, sean sus objetivos culturales, económicos o de cualquier otra especie.

“Artículo segundo: cualquier resistencia a dicha disolución será considerada un acto fascista y sus instigadores entregados a los tribunales de justicia militar”.

La disolución de los comités populares en Catalunya marcó el primer avance de la política contrarrevolucionaria en terreno republicano. El otro jalón importante en la consolidación del Estado burgués se dio el 27 de octubre de 1936, cuando se promulgó el decreto de desarme de los obreros:

“Artículo primero: todas las armas largas (fusiles, ametralladoras, etc.), que obren en poder de los ciudadanos serán entregadas a las municipalidades, o requisadas por ellas, dentro de los ocho días siguientes a la promulgación de este decreto. Las mismas serán depositadas en el Cuartel General de Artillería y el Ministerio de Defensa de Barcelona para cubrir las necesidades del frente.

“Artículo segundo: Quienes retuvieran tales armas al fin del período mencionado serán considerados fascistas y juzgados con todo el rigor que su conducta merece”.

Los decretos no dejaban margen de duda. Se trataba de someter a los obreros a la política del gobierno. ¿Qué hicieron el POUM y la CNT ante estas disposiciones?

Aunque en palabras los dirigentes del POUM abogaban por el poder obrero, las milicias y la revolución, en los hechos consintieron todos estos decretos, pues fueron aprobados cuando participaban en el gobierno de la Generalitat. En el caso de la CNT ocurrió igual. Los líderes anarquistas que entregaron el poder a Companys no dudaron tampoco en someterse a la política de la burguesía liberal y del estalinismo.

Otra cosa diferente fue la reacción de los militantes poumistas y cenetistas que habían protagonizado el levantamiento y que se oponían frontalmente al desarme de los obreros y la liquidación de los comités. En el POUM, la sección madrileña aprobó por inmensa mayoría un programa de oposición basado en una política leninista. En Barcelona, el movimiento opositor a la política de Nin, Andrade y

Gorkin dentro del POUM también se desarrolló con fuerza. El instinto revolucionario y la experiencia vivida bajo la República “democrática” habían escaldado a miles de obreros. En la práctica, la política del frente popular entraba en contradicción con las aspiraciones revolucionarias de los trabajadores.

En lo que se refiere al programa del gobierno central de Largo Caballero, la ofensiva contra la obra de la revolución fue aún más descarada y ruidosa que la de la Generalitat. Su margen de maniobra provenía directamente de las graves carencias que demostraban aquellos que se calificaban así mismos como revolucionarios. Ya hemos visto la actitud de los dirigentes cenetistas a favor de la colaboración con las fuerzas que apostaban por la restauración del viejo orden. Siguiendo por la pendiente a la que se vieron abocados por sus acciones, uno de los mayores errores que cometieron fue permitir que las ingentes reservas monetarias del Banco de España siguieran en poder del gobierno. Vernon Richards escribe al respecto: “El 20 de julio el Gobierno de Madrid y la Generalitat de Cataluña solo existían en el nombre. Las fuerzas armadas, la guardia civil y los guardias de asalto se habían ido unos con los generales amotinados y otros con el pueblo. Los trabajadores armados no tenían el menor interés en apuntalar al Gobierno que solo dos días antes había sido parcheado para incluir elementos derechistas a objeto de facilitar un “arreglo” con los militares insurgentes. Todo cuanto nominalmente quedaba en poder del Gobierno Central era la reserva de oro, la segunda del mundo por su magnitud, de 2.259 millones de pesetas oro. La CNT no intentó siquiera incautarse de tal reserva. Repetía el error de los revolucionarios de la Comuna de París, que respetaron la propiedad de los bancos”²⁰.

La banca siguió controlada por el gobierno y sus socios burgueses. Largo Caballero estableció el control de los sindicatos para evitar la fuga de capitales, pero las industrias y las tierras colectivizadas estaban a merced de que el gobierno les negase los préstamos necesarios para su actividad, tal como sucedió en innumerables ocasiones.

El monopolio sobre las palancas económicas de la sociedad era fundamental para el triunfo del poder obrero. A este respecto Felix Morrow señala: “El control de Tesoro y de los bancos por el Gobierno

20. Vernon Richards, *Op. cit.*, pág. 33.

—ya que los obreros, incluidos los anarquistas, no llegaron a tomar los bancos, instituyendo simplemente una forma de control obrero que no era más que una defensa contra la fuga de capitales de los fascistas y para obtener préstamos de capital para las fábricas colectivizadas— significó un poderoso medio de influencia para estimular a las numerosas empresas extranjeras (que no habían sido tomadas) a que colocasen representantes del Gobierno en las fábricas, para intervenir en el comercio exterior, para facilitar el rápido crecimiento de pequeñas fábricas, tiendas y comercios que se habían salvado de la colectivización. Madrid, al controlar las reservas de oro, las usaba como un argumento irrefutable en Catalunya en momentos en que Companys carecía de poder. Bajo el capitalismo actual, el capitalismo financiero domina la industria y el transporte. Esta ley económica no fue abrogada, aunque los obreros hubiesen tomado en sus manos las fábricas y los ferrocarriles. Todo lo que los obreros hicieron al tomar esas compañías fue transformarlas en cooperativas de productores, dejándolas sujetas a las leyes de la economía capitalista. Para que pudiesen ser liberadas de esas leyes, toda la industria y el campo, junto con el capital bancario y las reservas de oro y plata, tendrían que transformarse en propiedad del Estado obrero. Pero esto requería el derrumbamiento del Estado burgués”²¹.

En realidad, la misma situación se produjo en Catalunya, cuando Esquerra Republicana utilizó el arma de los préstamos bancarios para chantajear y condicionar a las fábricas colectivizadas. Tarradellas afirmó sobre esta cuestión lo siguiente: “El presidente del gobierno y consejero de Finanzas era yo, por lo tanto, ante la negativa de la CNT de dar facilidades a este control de la Generalitat, di órdenes a todos los bancos, que no se pagase ningún cheque ni se hiciera ninguna entrega a las fábricas colectivizadas sin el permiso de la cancillería de la Generalidad. Entonces se encontraron los obreros en una situación difícil. Acabaron las existencias en metálico y en el momento en el que iban al banco les decían que no, que necesitaban un permiso especial de la Generalidad. La Generalidad decía no, porque esta colectividad no está controlada por nosotros”²².

21. Felix Morrow, *Op. cit.*, pág. 98.

22. Entrevista con Tarradellas, en el quinto episodio (*Cara y cruz de la revolución*) de los documentales sobre la guerra civil española producidos por Granada Colour Production.

Igualmente en lo referido al campo, el gobierno de Largo Caballero, con el objetivo de no causar mala impresión a las potencias “democráticas”, renunció a aprobar la nacionalización de la tierra en todo el país, promulgando un decreto (el 7 de septiembre de 1936) en el que se limitaba a legalizar el reparto de los latifundios de conocidos fascistas.

A esta capitulación le siguió otra de un hondo calado. En agosto de 1936, el dirigente anarquista García Oliver trabajó vínculos con miembros activos del Comité de Acción Marroquí (CAM) con el objetivo de que el gobierno de la República procediese a declarar la independencia de Marruecos. Lograrlo era fundamental para así asegurar un levantamiento de la población en las cabilas rifeñas, lo que podría haber provocado grandes problemas para el reclutamiento de combatientes marroquíes y, de esta forma, asestar un duro golpe a la capacidad de combate del ejército franquista. Después de varias semanas de negociaciones, el Comité Central de Milicias Antifascistas firmó con el CAM (20 de septiembre) un acuerdo en el que Catalunya reconocía la independencia de la colonia. Sin embargo, cuando una delegación conjunta del CCMC y del CAM se trasladó a Madrid con el objetivo de entrevistarse con Largo Caballero y proceder a ratificar el acuerdo y darle legalidad internacional, toda la operación se vino abajo. El gobierno central no estaba dispuesto a enemistarse ni con Francia, potencia colonial de Marruecos, ni con Gran Bretaña. De esta manera, los intereses del imperialismo, aceptados sin rechistar por Largo Caballero, condicionaban descaradamente el desarrollo de la guerra en exclusivo beneficio de Franco²³.

Fue en ese gobierno en el que por primera vez en su historia, la CNT aceptaría integrarse con cuatro ministros, dos de ellos de la FAI (García Oliver y Federica Montseny), en noviembre de 1936²⁴.

23. Ver Abel Paz, *La cuestión de Marruecos y la República española*, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid 2000.

24. En su edición del 4 de noviembre *Solidaridad Obrera*, órgano de la CNT hacía la siguiente valoración de la entrada de la organización anarcosindicalista en el gobierno: “La entrada de la CNT en el gobierno central es uno de los hechos más trascendentales que registra la historia política de nuestro país. De siempre, por principio y convicción, la CNT ha sido antiestatal y enemiga de toda forma de gobierno. Pero las circunstancias, superiores casi siempre a la voluntad humana, aunque determinadas por ella, han desfigurado la naturaleza del gobierno y el Estado español. El gobierno, en la hora actual, como instrumento regulador de los órganos del Estado, ha dejado de ser una fuerza de opresión

LA GUERRA ES LA CONTINUACIÓN DE LA POLÍTICA POR OTROS MEDIOS

Presionado por los estalinistas, la tarea más importante que se impuso al gobierno de Largo Caballero fue la reorganización del ejército regular, en líneas burguesas, y la liquidación de las milicias obreras.

Los líderes estalinistas españoles fueron los primeros en exigir la disolución de las milicias y en someter a sus milicianos a los oficiales de Azaña; fueron los más activos defensores de la reconstrucción del Estado burgués. Stalin, que desde el comienzo de la guerra civil se había sumado al Comité de No Intervención, quería demostrar a sus aliados imperialistas (Francia y Gran Bretaña) que no tenía la menor intención de favorecer una revolución socialista en España.

Miles de comunistas combatían sinceramente por el triunfo de la revolución. Militantes abnegados y sacrificados seguían las siglas del PCE porque representaban la tradición de Octubre y del socialismo. No se puede decir lo mismo de sus dirigentes que aplicaron con vehemencia la política de Stalin en todos los terrenos, reclutando decenas de miles de nuevos militantes entre los sectores privilegiados de la pequeña burguesía y la burocracia estatal.

“Es totalmente falso” declaraba Jesús Hernández, editor de *Mundo Obrero* (6 de agosto de 1936), “que el objetivo de esta movilización obrera sea la instauración de una dictadura proletaria al fin de la guerra. No puede decirse que tengamos un fin social para participar

contra la clase trabajadora, así como el Estado no representa ya al organismo que separa a la sociedad en clases. Y ambos dejarán aún más de oprimir al pueblo con la intervención en ellos de la CNT. Las funciones del Estado quedarán reducidas, de acuerdo con las organizaciones obreras, a regularizar la marcha de la vida económica y social del país. Y el gobierno no tendrá otra preocupación que la de dirigir bien la guerra y coordinar la obra revolucionaria en un plan general. Nuestros camaradas llevarán al gobierno la voluntad colectiva y mayoritaria de las masas obreras reunidas previamente en grandes asambleas generales. No defenderán ningún criterio personal o caprichoso, sino las determinaciones libremente tomadas por los centenares de miles de obreros organizados en la CNT. Es una fatalidad histórica lo que pesa sobre todas las cosas. Y esa fatalidad la acepta la CNT para servir al país, con el interés puesto en ganar pronto la guerra y para que la revolución popular no sea desfigurada. Tenemos la seguridad absoluta de que los camaradas elegidos para representar a al CNT en el gobierno sabrán cumplir con el deber y la misión que se les ha encomendado. En ellos no se ha de ver personas, sino a la organización que representan. No son gobernantes ni estatales sino guerreros y revolucionarios al servicio de la victoria antifascista. Y esa victoria será tanto más rápida y rotunda cuanto mayor sea el apoyo que les prestemos” (citado por Jose Peirats, *La CNT en la revolución española*, Editorial AA La Cuchilla, Calí Colombia, 1988, pág. 220).

en la guerra. Los comunistas somos los primeros en repudiar semejante suposición. Nos motiva únicamente el deseo de defender la República Democrática...”.

L'Humanité, órgano del partido comunista francés, publicó a principios de agosto la siguiente declaración: “El Comité Central del PCE nos solicita que informemos al público, en respuesta a los informes fantásticos y tendenciosos de ciertos diarios, que el pueblo español no busca la instauración de la dictadura del proletariado, sino que conoce un solo objetivo: la defensa del orden republicano, respetando la propiedad”.

Las intenciones en el terreno práctico del estalinismo eran públicas, y por si acaso, José Díaz, secretario general del PCE, subrayaba con trazo grueso lo que era permisible y lo que no: “Si bien al comienzo los distintos intentos prematuros de ‘socialización’ y ‘colectivización’, fruto de la falta de claridad en cuanto al carácter de esta lucha, puedan haber estado justificados por el hecho de que los grandes terratenientes, industriales, etc., habían abandonado sus tierras y fábricas, y había que seguir produciendo a toda costa, ahora no existe la menor justificación. En la actualidad cuando existe un gobierno del Frente Popular, representativo de todas las fuerzas empeñadas en la lucha contra el fascismo, estas cosas no solamente son indeseables, sino totalmente impermisibles”.

Los dirigentes del PCE adoptaron una línea de actuación basada en liquidar los embriones de poder obrero, restablecer la “legalidad” republicana y someter al conjunto de la clase obrera a la táctica de “ganar primero la guerra y luego hacer la revolución”.

Este eslogan, repetido hasta la saciedad, era clave para el objetivo que perseguían los republicanos y los líderes estalinistas: disolver las milicias obreras fuera del control del gobierno y ligadas directamente a la conciencia revolucionaria de las masas. Liquidar el armamento independiente del proletariado era una condición indispensable para ahogar el movimiento revolucionario.

Toda la maquinaria propagandista de la Internacional Comunista estalinizada se puso a trabajar en este objetivo. Las milicias fueron calumniadas y desprestigiadas. Se hablaba de la indisciplina, la “anarquía”, incluso se hicieron populares las insinuaciones sobre las orgías con prostitutas que, según fuentes del gobierno, minaban la moral combatiente.

Para terminar con este modelo de “desorganización militar”, el gobierno del Frente Popular levantó la bandera del Ejército Regular republicano, con el restablecimiento de la disciplina, el mando y la estructura... de un ejército burgués.

Las tareas policiales, que en los primeros meses de la insurrección recayeron en las patrullas obreras y en las milicias de retaguardia en Madrid y Barcelona, fueron sometidas de nuevo al control de la Guardia Civil, rebautizada por Largo Caballero como Guardia Nacional Republicana. La fuerza de Carabineros, (encargada de las aduanas), se reconstruyó hasta alcanzar más tarde, bajo el gobierno de Negrín, los 40.000 efectivos.

El gobierno, para aumentar el control sobre estas fuerzas, aprobó un decreto prohibiendo la pertenencia a ningún partido y sindicato de los miembros de la Guardia Nacional, de Asalto y de los Carabineros.

En Catalunya la cosa fue diferente, entre otras razones, porque la influencia del estalinismo era mucho menor. Cuando el ministro de Orden Público de la Generalitat, Jaime Aiguadé, intentó aplicar un decreto similar y disolver las patrullas obreras, se encontró con una fuerte resistencia de los militantes de CNT-FAI.

LA LIQUIDACIÓN DE LAS MILICIAS

Probablemente un tercio de las fuerzas militares en la zona republicana estaban bajo control de la CNT. Las milicias anarquistas habían logrado grandes éxitos en la conquista de Aragón con una política militar revolucionaria.

Es obvio que en el combate contra una fuerza militar centralizada como era el ejército de Franco, que contaba con el apoyo material, humano y logístico de las potencias fascistas, era decisivo oponerle la maquinaria de guerra más perfeccionada posible. La necesidad de un ejército centralizado y disciplinado estaba fuera de dudas si el proletariado español quería vencer. Pero al abrigo de la consigna sobre el mando único, se escondía un debate de gran calado. En realidad la pregunta crucial en toda guerra civil, que tiene un porcentaje excepcional de lucha política, es la siguiente: ¿qué clase social controla el ejército? ¿La burguesía o el proletariado? ¿Con qué fines y con qué objetivos pelea ese ejército? ¿Cuál es la composición social y política

de sus mandos y su estado mayor? ¿Cuál es su política internacional respecto al proletariado y la burguesía imperialista?

No es posible tener un ejército rojo, proletario, en el seno de un Estado burgués. Para disponer de un ejército capaz de luchar contra el fascismo, librando una guerra revolucionaria, el proletariado debía tomar el poder y poner todos los recursos del Estado bajo su control.

La experiencia militar de la revolución y la guerra civil rusa fueron extraordinariamente claras. ¿Cómo pudieron vencer los bolcheviques? ¿Acaso porque tenían más armas que los ejércitos imperialistas, más cuadros técnicos que el ejército blanco contrarrevolucionario? Una y mil veces no, esta no fue la razón. El factor decisivo de la victoria de los bolcheviques fue que disponían de un Estado obrero y una clara estrategia revolucionaria.

“En una guerra civil”, escribía Trotsky, “una parte fundamental de la lucha se desarrolla en el terreno político. Los combatientes del ejército republicano tienen que tener conciencia de que combaten por su completa emancipación social y no por restablecer las anteriores formas de explotación. Lo mismo debe hacerse comprender a los obreros y sobre todo a los campesinos tanto en la retaguardia del ejército revolucionario, como en la del ejército campesino”.

La historia ha ratificado una y otra vez la anterior afirmación de Trotsky. ¿No ha sido esta la actitud que han observado siempre aquellas fuerzas que han salido victoriosas de cualquier revolución, incluso de las revoluciones burguesas? ¿No fue ese el comportamiento de Cromwell y del Nuevo Ejército Modelo en sus combates contra las tropas monárquicas durante la revolución inglesa de 1640? ¿No fue esa la actitud de los ejércitos franceses en su lucha contra los ataques contrarrevolucionarios de los realistas y sus aliados europeos? Si la burguesía venció con métodos revolucionarios a las fuerzas del antiguo régimen feudal, el proletariado, para vencer a la burguesía, tiene la obligación de emplear métodos semejantes o pagar el precio de una derrota cruel. Trotsky desarrolló de forma concreta la política militar revolucionaria que podía asegurar el triunfo del proletariado español: “Las condiciones para la victoria de las masas en la guerra civil contra los opresores son:

“1.- Los combatientes del ejército revolucionario deben tener plena conciencia de que combaten por su completa emancipación social y no por el restablecimiento de la vieja forma (democrática) de explotación.

"2.- Lo mismo debe ser comprendido por los obreros y campesinos, tanto en la retaguardia del ejército revolucionario como en la del ejército enemigo.

"3.- La propaganda, en el frente propio, en el frente adversario y en la retaguardia de los dos ejércitos, tiene que estar totalmente impregnada por el espíritu de la revolución social. La consigna: 'primero la victoria, después las reformas', es la fórmula de todos los opresores y explotadores.

"4.- La victoria viene determinada por las clases y capas que participan en la lucha. Las masas deben disponer de un aparato estatal que exprese directa o indirectamente su voluntad. Este aparato sólo puede ser construido por los sóviets de los obreros, campesinos y soldados.

"5.- El ejército revolucionario (...) debe llevar a cabo inmediatamente en las provincias conquistadas las más urgentes medidas de revolución social...

"6.- Debe expulsarse del ejército revolucionario a los enemigos de la revolución socialista, es decir, de los explotadores y sus agentes, aunque se disfracen con la máscara de 'democráticos', 'republicanos'...

"7.- A la cabeza de cada División debe figurar un comisario con una autoridad irrefragable, como revolucionario y combatiente.

"8.- El cuerpo de mando (...) su verificación y selección debe realizarse sobre la base de su experiencia militar, de los informes aportados por los comisarios y de las opiniones de los combatientes rasos. Al mismo tiempo deben dedicarse esfuerzos en la preparación de comandantes procedentes de las filas de los obreros revolucionarios.

"9.- La estrategia de la guerra civil tiene que combinar las reglas del arte militar con las tareas de la revolución social...

"10.- El gobierno revolucionario, como comité ejecutivo de los obreros y campesinos, tiene que ser capaz de conquistar la confianza del ejército y del pueblo trabajador.

"11.- La política exterior debe tener como principal objetivo despertar la conciencia revolucionaria de los obreros, los campesinos y las nacionalidades oprimidas del mundo entero..."²⁵.

25. León Trotsky, *Lección de España: última advertencia*.

La disciplina fue decisiva para el triunfo del Ejército Rojo en la guerra civil rusa, pero ésta surgía del grado de convencimiento de la tropa, de su compromiso con los objetivos de la lucha. La moral de los soldados rojos en Rusia provenía precisamente de que estaban convencidos de que libraban una guerra revolucionaria contra el zarismo y los imperialistas. Su lucha no era a favor de la “democracia burguesa” de los Kerenski y Tsereteli de turno, que ya habían demostrado la verdadera naturaleza de clase de su política, sino a favor del futuro de sus familias, de la tierra y las fábricas que habían expropiado a los terratenientes y burgueses, de la nueva sociedad que estaban construyendo. Cuando estas ideas penetraron en la conciencia de miles de soldados rojos se convirtieron en una fuerza imparable.

En octubre de 1936, el gobierno de Largo Caballero publicó el primer decreto de desarme de los obreros en retaguardia, y el 15 de febrero de 1937 ordenó la retirada de todas las armas, incluidas las cortas, a quien no tuviera “permiso legal”. El 12 de marzo se ordenó a las organizaciones obreras retirar las armas cortas y largas a sus militantes y entregarlas en el plazo de 48 horas.

En Catalunya los obreros anarquistas y poumistas, alarmados por los avances de la contrarrevolución, fueron traduciendo su descontento en oposición creciente y presión a sus dirigentes. El 27 de marzo los ministros de la CNT en la Generalitat abandonaron el gobierno catalán: “No podemos sacrificar la revolución al concepto de unidad”, declaraba la prensa de la CNT, “la unidad se ha mantenido sobre las bases de nuestras concesiones”. Pero en una situación revolucionaria son los hechos, y no las declaraciones periodísticas, lo único que cuenta y la dirección de la CNT había aceptado todas las medidas del gobierno burgués de Companys: desarme de los obreros, decretos de disolución de milicias y patrullas obreras...

En contraste con la actitud flexible de los dirigentes anarquistas que sacrificaron todos sus principios en favor de la unidad con Companys y Azaña, las masas confederales no estaban dispuestas a hacer más concesiones.

El surgimiento de grupos de oposición en la CNT-FAI, como Los Amigos de Durruti, ponía de manifiesto el estado de ánimo de los obreros.

Un fenómeno similar ocurría en el seno del POUM. Mientras Nin y otros dirigentes hablaban de revolución, en la práctica su política

no se diferenciaba: aceptaron los decretos del gobierno y la Generalitat. De hecho, para enmascarar sus concesiones declaraban demagógicamente que la dictadura del proletariado era una realidad en Catalunya gracias a la unidad de acción de los sindicatos obreros. ¡No hay más ciego que el que no quiere ver!

El POUM era sin duda la organización más honesta de cuantas combatieron en la revolución. Pero la honestidad no puede sustituir un programa marxista. La política centrista de sus dirigentes provocó reacciones encontradas en la base, que no estaban dispuestas a tolerar más concesiones.

MAYO DE 1937. BARRICADAS EN BARCELONA

Las masas que habían aplastado la insurrección fascista el 19 de julio no estaban a favor de aceptar la liquidación de su poder tan fácilmente.

En el proceso por restablecer la legalidad burguesa en territorio republicano, todas las acciones de los trabajadores que podían transformarse en una contestación al gobierno, eran evitadas o prohibidas por orden gubernamental.

El Primero de Mayo de 1937 las manifestaciones y asambleas fueron prohibidas. Mientras tanto, en las plazas donde todavía los elementos de poder obrero sobrevivían, como en Barcelona, el gobierno se esforzaba por acabar con ellos definitivamente. Durante las últimas semanas de abril los enfrentamientos entre la Guardia de Asalto y los obreros se multiplicaron: los trabajadores se negaban a ser desarmados. Pero incluso el desarme, fundamental para que el gobierno se emancipase de la amenaza de los trabajadores, se debía completar con el control absoluto de las comunicaciones, que en Barcelona todavía permanecían en manos de los comités obreros desde el 19 de julio. La Central Telefónica era un claro ejemplo de doble poder: el gobierno de Madrid se veía obligado a aceptar que sus comunicaciones con la Generalitat fueran controladas por los obreros, con el riesgo que eso suponía.

Con el objetivo de eliminar este obstáculo, por el 3 de mayo un destacamento de Guardias de Asalto, dirigidos por el jefe estalinista del PSUC Rodríguez Salas, intentó desarmar a los milicianos que se encontraban en los pisos inferiores del edificio de la Telefónica. La reacción de los obreros anarquistas que custodiaban los pisos superiores

fue inmediata y la refriega de disparos no se hizo esperar. La provocación de los líderes estalinistas, sus ansias por controlar los últimos bastiones del proletariado, desencadenó la reacción de miles de obreros en las fábricas y en los barrios que se levantaron rearmándose y construyendo barricadas.

El movimiento insurreccional se extendió como la pólvora por todas las zonas de la ciudad y fuera de ella, como en Lérida, donde la misma noche del 3 de mayo la Guardia Civil rindió sus armas a los obreros, o en Tarragona y Girona, donde los locales del PSUC y Estat Catalá fueron tomados como medida preventiva por militantes del POUM y CNT.

Los dirigentes del POUM y la CNT tenían en sus manos la capacidad de dar un cambio drástico a la situación. Apoyándose en la acción revolucionaria de los obreros de la ciudad podían haber tomado el poder, suprimido la Generalitat, haber profundizado el control obrero en las fábricas y las colectivizaciones en toda Catalunya, realizado la centralización de las milicias para librar una guerra revolucionaria contra Franco y hecho un llamamiento a los trabajadores del resto de la península para sacudirse a los dirigentes del Frente Popular.

En estas condiciones y con una perspectiva revolucionaria, el fascismo podría haber sido derrotado. Las masas marcaban de nuevo con su acción el camino de la revolución socialista. Pero a pesar de su negativa a aceptar el desarme y el control de la ciudad por parte de los estalinistas, los trabajadores carecían de un programa político y una táctica inmediata para hacerse con el poder.

El martes 4, la prensa de la CNT pedía la dimisión de Salas pero no mencionaba ni una sola palabra sobre los obreros insurrectos. Tampoco en *La Batalla*, órgano del POUM, se proponían consignas ni directrices. Los dirigentes de la CNT optaron por pedir a los obreros que abandonasen las barricadas y se sometiesen a la disciplina del Frente Popular. En ese momento, la escisión entre los militantes anarquistas, combatientes activos de las barricadas, y sus líderes alcanzó el punto máximo. Una política revolucionaria sería por parte del POUM, cuyos militantes fueron saludados calurosamente por los miembros de la CNT en el fragor de la batalla callejera, podría haber atraído a sus filas a miles de obreros y jóvenes anarquistas. Sin embargo, los líderes del POUM, cogidos de los faldones de los dirigentes cenetistas, no tomaron ninguna iniciativa.

A pesar de todo, los obreros no se movieron. Los líderes de la CNT tuvieron que realizar un gran esfuerzo por convencer a los trabajadores confederales para que depusieran su actitud. Federica Montseny y García Oliver se dirigieron una y otra vez por radio a los militantes anarquistas para que abandonasen las barricadas, propagando la desmoralización y la frustración entre los mejores combatientes de la revolución. En la práctica cumplieron el papel de esquirolas al que, inevitablemente, llevaba su participación en un gobierno comandado por las fuerzas de la burguesía y el estalinismo²⁶.

26. Burnett Bolloten, autor de una de las grandes obras sobre la revolución española y la guerra civil, reseña la actuación de los líderes anarquistas registradas en las conversaciones efectuadas por radio en aquellas jornadas: "El jueves 6 de mayo por la tarde, se recibió en casa CNT-FAI la noticia de que 1.500 guardias de Asalto habían llegado a las afueras de Tortosa, 190 kilómetros al sur de Barcelona. Tanto Federica Montseny, ministra de Sanidad, que había llegado el día anterior para colaborar en los intentos de pacificación, como Mariano Vázquez, secretario de la CNT, se apresuraron a ir al Palacio de la Generalitat para comunicarse con Valencia [sede del gobierno de la República]. No sin razón temían que los guardias de Asalto provocaran a su paso insurrecciones en las localidades del camino controladas por anarquistas. Recayó en el cenetista García Oliver, ministro de Justicia que había regresado a Valencia, y en Ángel Galarza, ministro de Gobernación, la tarea de convencer a Vázquez y a Montseny de que facilitarán el paso de los guardias de Asalto por Catalunya y que restablecieran la calma en la ciudad antes de la llegada de los refuerzos. Las discusiones secretas que tuvieron lugar por telégrafo para poner fin a la lucha forman parte de las notas y documentos de Companys sobre los sucesos de mayo, de los cuales se reproducen a continuación los fragmentos más importantes:

'García Oliver. — Aquí Valencia, Gobernación. ¿Está el ministro de Sanidad?

'Montseny. — Sí... oye, García. Mariano va a hablarte y luego hablaremos con Galarza.

'Vázquez. — (...) En muchos lugares la rotura de carnets de la CNT ha sido sistemática...

Cinco compañeros de la escolta de Eroles (Dionisio Eroles, anarquista y jefe de los servicios del Comisariado General de Orden Público) han sido sacados de sus lugares y asesinados. Estas y otras muchas causas parecidas han dado por resultado que los camaradas se hayan aprestado a la defensa. Situación ambiental más difícil al conocerse llegada Tortosa mil quinientos guardias. En estos momentos es imposible predecir lo que ocurrirá (...)

Si Fuerza Pública que viene de Valencia sigue avanzando, no será posible evitar en el camino encendiendo hogueras en los pueblos que hasta el presente no hicieron para nada.

'García Oliver. — Aquí García Oliver (...) Las fuerzas de Asalto que están en camino de Barcelona es indispensable que lleguen a su destino para reemplazar a las fuerzas de Barcelona, excesivamente agotadas, nerviosas y apasionadas en la lucha... Se impone que comprendáis así y lo hagáis comprender a los Comités y a los compañeros, de la misma manera que es indispensable que lo hagáis comprender a todos los compañeros de los pueblos que deben cruzar estas Fuerzas, de verdadera pacificación imparcial, absolutamente imparcial, por que el Gobierno no ignora que sin esta justa imparcialidad de las Fuerzas Públicas, el conflicto, lejos de solucionarse, se agravará, extendiéndose a toda Cataluña y al resto de España, con el consiguiente fracaso político y militar del Gobierno...."

(B. Bolloten, *La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución*. Alianza Editorial, Madrid 1995, págs. 700-701).

Un mes antes de la traición de los dirigentes cenetistas en mayo de 1937, un destacado militante anarquista italiano exiliado en Barcelona, Camilo Berneri, escribió lo siguiente en una carta abierta dirigida a Federica Montseny: “Es hora de darse cuenta de si los anarquistas estamos en el Gobierno para hacer de vestales a un fuego, casi extinguido, o bien si están para servir de gorro frigio a politicastros que flirtean con el enemigo, o con las fuerzas de la restauración de la república de todas las clases. (...) El dilema guerra o revolución no tiene ya sentido. El único dilema es éste: o la victoria sobre Franco gracias a la guerra revolucionaria, o la derrota (...) El problema para ti, y para los otros compañeros, es el de escoger entre el Versalles de Thiers o el París de la Comuna”²⁷.

Eran palabras proféticas.

Los dirigentes de la CNT superados completamente por su base militante, propusieron un “acuerdo” a los trabajadores insurrectos para levantar las barricadas: cada partido mantendría sus posiciones y los comités responsables serían informados si en algún lugar se rompía el pacto.

Obviamente, el gobierno aceptó la propuesta con tal de frenar el movimiento. Los líderes de la CNT y el POUM, contentos con las declaraciones del gobierno instaron a los obreros a abandonar las barricadas y volver al trabajo. Tan solo el pequeño grupo de los Bolcheviques-Leninistas (sección española de la IV Internacional) y Los Amigos de Durruti, distribuyeron propaganda revolucionaria en las barricadas emplazando a los trabajadores a continuar la ofensiva.

El miércoles 5 de mayo, representantes del gobierno y dirigentes anarquistas se trasladaron a Lérida a detener a un grupo de 500 milicianos de la CNT y POUM que se dirigían a la ciudad en apoyo de los obreros insurrectos. El jueves 6 de mayo, el gobierno movilizaba ya a 1.500 guardias de asalto desde Valencia con la intención de desarmar y proceder a la represión brutal de todos los obreros opuestos a la política del Frente Popular.

Los líderes de la CNT entregaron sin rechistar todo el poder militar a los mandos estalinistas enviados por el gobierno republicano. El resultado no se hizo esperar: la represión se cebó contra los obreros y

27. *Guerra di classe*, 14 de abril de 1937, citado en *Entre la reforma y la revolución, 1931-1939*, Gabriel Jackson, Ed. Crítica.

las patrullas que fueron desarmadas violentamente por los guardias de asalto provenientes de Valencia. Además de los 500 muertos, y cerca de 2.000 heridos de los enfrentamientos entre los obreros revolucionarios y las fuerzas republicanas y estalinistas, las cárceles empezaron a abarrotarse de militantes de la CNT y el POUM acusados de “contrarrevolucionarios”²⁸.

En junio de 1937 el POUM fue disuelto y sus principales dirigentes detenidos y encarcelados. Andreu Nin, después de sufrir brutales torturas, fue asesinado por un comando especial de la GPU. Al igual que Nin, decenas de militantes anarquistas, poumistas y trotskistas fueron eliminados por la represión del aparato estalinista. “En lo que a Catalunya se refiere” señalaba *Pravda* el 17 de diciembre de 1936, “la purga de trotskistas y anarcosindicalistas ha empezado; será conducida con la misma energía con que se ha hecho en la URSS”. La premonición fue cumplida con firmeza

El aplastamiento militar de los obreros barceloneses en mayo de 1937 a manos de las tropas republicano-estalinistas, supuso el capítulo final de la revolución y también de la posibilidad de alcanzar la victoria militar frente a Franco. Después de mayo, la crisis política no sólo sancionó la derrota del ala revolucionaria, también tuvo otras víctimas:

28. Con esta claridad se expresó José Díaz, secretario general del PCE, en su discurso del cine Capitol de Valencia el 9 de mayo de 1937: “Nuestro enemigo principal es el fascismo, son los fascistas. Pero los fascistas tienen sus agentes para trabajar. Naturalmente que si los agentes que trabajan con ellos dijese: ‘Somos fascistas y queremos trabajar con vosotros para crear dificultades’, inmediatamente serían eliminados por nosotros. Por eso tienen que ponerse otro nombre. Se ponen distintos nombres. Unos se llaman trotskistas. Es el nombre bajo el cual trabajan muchos fascistas emboscados, que hablan de revolución para sembrar el desconcierto (...) Todos los obreros deben conocer el proceso que se ha desarrollado en la URSS contra los trotskistas. Es Trotsky en persona el que ha dirigido a esta banda de forajidos que descarrilan los trenes en la URSS, practican el sabotaje en las grandes fábricas y hacen todo lo posible para descubrir los secretos militares, para entregarlos a Hitler y a los imperialistas del Japón. Y cuando esto ha sido descubierto en el proceso y los trotskistas han declarado que lo hacían en combinación con Hitler, con los imperialistas del Japón, bajo la dirección de Trotsky, yo pregunto: ¿es qué no está totalmente claro que eso no es una organización política o social con una determinada tendencia, como los anarquistas, los socialistas o los republicanos, sino una banda de espías y provocadores al servicio del fascismo internacional? ¡Hay que barrer a los provocadores trotskistas! Por eso yo decía en mi discurso ante el pleno del Comité Central, recientemente celebrado, que no solamente en España debe ser disuelta esa organización, suspendida su prensa y liquidada como tal, sino que el trotskismo debe barrerse de todos los países civilizados, si es que de verdad quiere liquidarse a esos bichos (...) En España ¿quiénes si no los trotskistas han sido los inspiradores del *putsch* criminal de Cataluña?...”.

Largo Caballero fue expulsado del gobierno mientras los agentes de Stalin tomaban el control directo del aparato estatal. Negrín, socialista de derechas, fue nombrado jefe del Ejecutivo y ministro de Guerra actuando en todo momento bajo la batuta de los dirigentes estalinistas. El "Gobierno de la Victoria", como fue llamado el nuevo gabinete por los propagandistas oficiales, no cosechó más que derrotas militares.

A medida que la guerra presentaba los tonos más sombríos para el gobierno republicano, Stalin perdía interés por los acontecimientos españoles: sus miras estaban puestas ya en otros objetivos. No tardaría mucho en firmarse, sobre el cadáver de la revolución española, el infame pacto Molotov-Ribbentrop, por el que el Estado soviético presidido por Stalin sellaba una alianza con Hitler.

Con la derrota de la revolución en la Península Ibérica, el camino a la Segunda Guerra mundial quedaba despejado, y ninguna manioobra diplomática de Stalin lo podría evitar.

LA REVOLUCIÓN TRAICIONADA

Durante la revolución alemana de 1848, Marx y Engels llegaron a varias conclusiones de gran alcance. La primera, que aquellos acontecimientos habían despejado cualquier duda sobre el papel contrarrevolucionario de la burguesía, incapaz de llevar adelante las tareas de la revolución democrático-burguesa por miedo a verse desbordada por el proletariado. La segunda, la inconsecuencia política de la pequeña burguesía, dispuesta siempre, en palabras de Marx, "a poner fin a la revolución lo más rápidamente posible, después de haber obtenido las reivindicaciones mínimas". El propio Marx, partiendo de las enseñanzas del proceso vivo de la revolución, concluyó: "Nuestros intereses y nuestras tareas consisten en hacer la revolución permanente hasta que sea descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el poder del Estado". A las lecciones de la revolución de 1848, Marx y Engels añadieron las de la Comuna de París: no es suficiente con apoderarse del Estado, es necesario destruirlo. Toda la historia posterior de las revoluciones vino a confirmar rotundamente esta idea.

La guerra y la revolución son hechos excepcionales que prueban a todas las clases y a todos sus agrupamientos políticos. De todas las oca-

siones en que los trabajadores desafiaron el poder de la burguesía en las tres primeras décadas del siglo XX, sólo en una, durante la Revolución de Octubre de 1917, se alzaron con el triunfo. Y la razón de este éxito, además de la voluntad del proletariado y el campesinado ruso por llevar el movimiento hasta el final, hay que buscarla en la existencia de un Estado Mayor revolucionario a la altura de las tareas que demandaba la historia. Ese Estado Mayor era el Partido Bolchevique.

La revolución española de 1931-1939 fue la oportunidad más importante de que dispuso el movimiento obrero de Europa occidental desde la Revolución Rusa y el fracaso de la insurrección espartaquista en 1919. El triunfo de los obreros españoles podría haber cambiado toda la historia posterior creando un balance de fuerzas completamente diferente cuando se estaba al borde de la Segunda Guerra Mundial. Y, aunque los trabajadores españoles cayeron derrotados en el campo de batalla por los errores políticos de sus organizaciones, su lucha causó una conmoción entre el movimiento obrero mundial sólo comparable a la de aquellos diez días que estremecieron al mundo, en octubre de 1917.

La gesta del proletariado español se extendió durante tres años de lucha. A diferencia de Alemania o Italia la clase trabajadora no permitió el triunfo del fascismo sin antes levantarse en armas. ¿Por qué esta diferencia entre el proletariado alemán y el español? Es un hecho incuestionable que el movimiento obrero alemán destacaba por encima de todos los demás. Sus organizaciones sindicales y políticas disponían de mucho poder bajo la república de Weimar: contaban con miles de funcionarios, diputados, concejales, locales, imprentas, etc. Pero a pesar de todo, la colaboración de clases practicada con ahínco por los dirigentes socialdemócratas y la política sectaria y ultraizquierdista que en aquel momento defendía Stalin y, por consiguiente, la dirección del Partido Comunista Alemán (KPD), se convirtieron en un obstáculo insuperable para luchar exitosamente contra el fascismo. Los errores de las direcciones obreras, reformistas y estalinistas, permitieron a Hitler acceder al poder "sin romper un cristal". La influencia y la autoridad de la socialdemocracia y el estalinismo paralizaron al proletariado alemán, que ni siquiera fue convocado a una huelga general contra Hitler.

La situación en España era sustancialmente diferente. Durante la primera fase de la revolución, en 1931, las fuerzas del estalinismo eran muy débiles y su influencia real en el movimiento obrero escasa. Una

parte del proletariado se agrupaba tras la bandera del PSOE y la UGT y, como una excepción histórica, grandes masas de obreros y jornaleros, especialmente su vanguardia más decidida, lo hacía bajo las siglas de la CNT, la última organización anarquista de masas.

Los trabajadores realizaron un aprendizaje muy rápido bajo los diferentes gobiernos republicanos. Primero la conjunción socialista-republicana defraudó todas sus esperanzas de cambio. El avance del fascismo en Europa, la reacción interna de la burguesía y los terratenientes, la represión en la ciudad y en el campo, todos estos factores se combinaron junto a la miseria creciente y el desempleo para favorecer la radicalización de las masas que giraron con rapidez hacia la izquierda. Este proceso se reflejó en el seno de las organizaciones tradicionales, especialmente en las Juventudes Socialistas (JSS), el PSOE y la UGT, cristalizando en la formación de la izquierda caballerista.

La clase obrera se orientaba firmemente a la revolución socialista. La prueba concluyente, para la burguesía, fue la insurrección de 1934. En todos estos procesos el estalinismo jugó un papel secundario y el ala de derechas del PSOE quedó difuminada.

Todas las condiciones para un reagrupamiento marxista estaban fraguando rápidamente. Este fue un momento crucial para el destino de la revolución: la oportunidad abierta con la radicalización de las JSS y de un amplio sector de la base socialista fue malograda y desaprovechada.

Largo Caballero y otros dirigentes de la izquierda del PSOE, presos de una extrema confusión ideológica, renunciaron a liderar el movimiento hacia la revolución. Tampoco los que en aquellos años se declaraban trotskistas, como Andreu Nin y Juan Andrade, dirigentes de la Izquierda Comunista, fueron capaces de orientarse correctamente en aquellos procesos turbulentos y conectar con las masas de la juventud socialista y de las bases del partido que reclamaban una orientación marxista. Los prejuicios sectarios de los dirigentes de la Izquierda Comunista les llevaron a rechazar con desdén el llamamiento que desde las organizaciones socialistas les hicieron para contribuir a la "bolchevización" de las mismas. Despreciando los consejos de Trotsky, se mostraron absolutamente impotentes para ganar a los batallones de la Juventud Socialista a la bandera del marxismo revolucionario. La historia no perdonó sus errores, aprovechados eficazmente por los estalinistas que atrajeron a sus filas a la mayoría de la fracción izquierdista de las JSS y del PSOE, incluyendo un gran número de sus dirigentes, con las

excepciones de Largo Caballero, Araquistain y sus más incondicionales. De esta manera el estalinismo se procuró una base amplia entre los sectores decisivos de la izquierda socialista que antes no poseía.

La revolución española fue una revolución socialista genuina, pero sin partido marxista capaz de ofrecer una dirección a la altura de las circunstancias históricas. Las condiciones para el triunfo revolucionario eran mil veces más favorables que en Rusia, pero no existía, como factor político, una fuerza comparable a la del bolchevismo en octubre de 1917. A este elemento decisivo se añadía otro no menos importante: la traición del estalinismo que, convertido en una maquinaria contrarrevolucionaria, desequilibró la situación a favor de Franco y le abrió la puerta para la victoria.

El fracaso de la revolución condicionó por completo el desarrollo de la guerra y, finalmente, asfaltó el camino a la derrota militar. En la guerra civil, en cualquier guerra civil, como la historia se ha encargado de poner de manifiesto, el factor político predomina sobre el militar, y la ausencia de una orientación revolucionaria en el bando republicano determinó decisivamente los acontecimientos

La represión posterior al triunfo de Franco fue feroz. Entre julio de 1936 y 1945, se calcula en cerca de 200.000 las personas que fueron asesinadas en piquetes de fusilamiento por las tropas de Franco, las bandas falangistas y, posteriormente, en ejecuciones sumarísimas del nuevo régimen. De todas formas son datos todavía incompletos porque el estudio sobre la represión contiene lagunas de investigación. Al acabar la guerra, más de 270.000 presos abarrotaban las cárceles, de los que más de 100.000 fueron internados en campos de concentración y "batallones de trabajo"; miles murieron por las condiciones inhumanas que tuvieron que soportar. Todas las conquistas del movimiento obrero y las libertades políticas fueron eliminadas y las organizaciones de los trabajadores aplastadas. El país sufrió cuarenta años de dictadura militar burguesa.

LEÓN TROTSKY Y LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

En este septuagésimo aniversario, la Fundación Federico Engels tiene el honor de publicar una selección de los principales textos de León Trotsky sobre la revolución española.

La obra de Trotsky sobre la revolución de 1931-1939 supone un tesoro gigantesco de teoría, táctica y estrategia marxista, comparable a sus escritos sobre el ascenso del fascismo en Alemania, o los que dedicó a la Revolución Rusa. Los artículos recogidos en este libro no dejan de sorprender por la profundidad y rigor de sus análisis y la certeza de sus predicciones.

Trotsky comenzó sus trabajos sobre la revolución española en 1930, durante su exilio en la isla de Prinkipo. En aquellas circunstancias, el viejo revolucionario expulsado de la URSS por la camarilla burocrática se encontraba aislado del foco de los acontecimientos mundiales.

Aun en la lejanía, sus textos de crítica a la política ultraizquierdista de la Internacional Comunista, su análisis del fascismo y el bonapartismo, de la táctica del frente único, son sobresalientes por muchos aspectos, pero sobre todo porque representan el hilo conductor de la política leninista frente a la caricatura que de ella hacían los epígonos estalinistas.

Aquellos trabajos han pasado al arsenal del marxismo como un ejemplo brillante de estrategia revolucionaria. Y lo más significativo, fueron realizados paralelamente a sus análisis sobre la naturaleza del estalinismo y las perspectivas para la URSS que, como los acontecimientos posteriores han probado, representan una aportación teórica de envergadura histórica. Gracias a ellos la bandera del marxismo revolucionario pudo ser legada a las generaciones posteriores.

Estamos seguros de que los trabajos aquí presentados no dejarán indiferente al lector. Todo el genio acumulado a través de las experiencias de la revolución rusa de 1905, la guerra imperialista, Octubre de 1917, la guerra civil y la lucha por el poder soviético, de la III Internacional en sus años heroicos..., se muestra con una fuerza sorprendente a lo largo de estas páginas. León Trotsky considera la revolución protagonizada por los trabajadores y campesinos españoles, la última gran oportunidad de cambiar el curso de la historia antes de que la civilización se precipite en el abismo de una nueva carnicería imperialista.

León Trotsky tenía un conocimiento importante del movimiento revolucionario español. Mantuvo entrevistas con los delegados españoles al II Congreso de la Internacional Comunista y desde fechas

tempranas había trabado relaciones con comunistas españoles, especialmente con uno de ellos, procedente de las filas del sindicalismo revolucionario: Andreu Nin.

El revolucionario catalán permaneció bastantes años en la URSS como secretario de la Internacional Sindical Roja y colaborador del Buró Latino del Comité Ejecutivo de la Internacional que trataba de los asuntos relacionados con el partido español. De aquellos años data su solidaridad política con León Trotsky en su combate contra la degeneración burocrática del Estado soviético y del Partido Comunista de la URSS, y su consiguiente participación, como militante destacado, en las filas de la Oposición de Izquierdas. Nin fue de los últimos opositores extranjeros en abandonar la URSS, después de colaborar en su actividad clandestina junto a Víctor Serge, otro viejo irreductible salvado en el último momento de las purgas estalinistas.

Andreu Nin y León Trotsky mantuvieron una amplia correspondencia desde 1930 hasta 1934, fecha de la ruptura política entre ambos. Las divergencias de Trotsky con los opositores españoles han sido ampliamente documentadas y respondían a diferencias políticas de primer orden, de índole táctica y estratégica. Diferencias que se agigantaron en el transcurso de 1936 después de la firma del pacto de Frente Popular por parte del POUM, representado en ese acto por Juan Andrade, un viejo militante años antes compañero de ideas de Trotsky²⁹.

29. La Fundación Federico Engels ha publicado un monográfico dedicado a la revolución española en su revista MARXISMO HOY nº3. En la misma hay un trabajo (*La Izquierda Comunista, Trotsky y el POUM*) que aborda extensamente las relaciones entre Trotsky y sus correligionarios españoles. La Fundación dispone también de un fondo importante de la edición que Akal publicó en 1977 con las obras de León Trotsky sobre la revolución española en dos volúmenes, que incluye una parte de la correspondencia mantenida entre Nin y Trotsky. Para conocer más en profundidad las relaciones entre Trotsky, la Izquierda Comunista, y los dirigentes de la Oposición de Izquierdas en el Estado español, hay una obra imprescindible aunque agotada desde hace tiempo. Se trata de los *Escritos sobre la Revolución Española* de León Trotsky, editados y anotados por Pierre Broué y publicados por Fontanella en 1977. Otro libro imprescindible, que defiende el punto de vista de los Bolcheviques-Leninistas (trotskistas), es el magnífico texto escrito por Grandizo Munis en 1948, *Jalones de derrota, promesa de victoria*, (editorial ZYX, Madrid 1977, nueva edición de Muñoz Moya Editores, Badajoz, 2003). También se puede consultar el libro de Pelai Pagés, *El movimiento trotskista en España (1930-1935)*, Península, Barcelona, 1977, obra favorable al pensamiento y acción de Nin y crítica con Trotsky.

La intención de la Fundación Federico Engels es publicar en el próximo año un libro dedicado a la Revolución española desde el punto de vista del marxismo.

En los años en que fueron escritos por Trotsky los textos que presentamos en esta edición, los ataques del estalinismo contra el compañero de armas de Lenin, contra el fundador del Ejército Rojo y dirigente de la Internacional Comunista, alcanzaron su punto culminante. Stalin desató una furiosa campaña que llegó hasta el último rincón del movimiento obrero contra Trotsky y el trotskismo, a los que calificó, siguiendo el método de difamación y calumnias que le era característico, como una variante del fascismo. El epíteto *trotsko-fascista* fue popularizado en todo el mundo y escupido una y otra vez por los estalinistas españoles para tratar a cualquiera que discrepase de la línea oficial de Moscú.

Esta monstruosa campaña de criminalización política tuvo su jalón más sangriento con los juicios farsa de Moscú que, a partir de 1936, llevaron al paredón de ejecución a la vieja generación de bolcheviques que hizo la Revolución de Octubre. La represión contra miles de comunistas que representaban la memoria viva de la revolución, contra los camaradas de Lenin, a pesar de ser un acto de lesa traición era necesaria para la consolidación del nuevo poder burocrático.

Stalin no limitó su campaña de purgas al territorio soviético, también la extendió al corazón de la revolución española. La represión contra el POUM, el asesinato de cuadros y militantes revolucionarios, las calumnias contra las organizaciones anarquistas que no aceptaban el curso reaccionario de los acontecimientos, fueron el sello de la actuación del estalinismo en aquellos años. Como señalara Camilo Berneri, el dirigente anarquista italiano asesinado tras las jornadas de Mayo en Barcelona, la actuación del estalinismo “olía a Noske³⁰”.

Recientemente se han abierto los archivos del Ejército y los servicios secretos soviéticos dedicados a la revolución española. Los estudios realizados al respecto confirman todas las denuncias que Trotsky y sus compañeros realizaron sobre los auténticos objetivos del estalinismo en España³¹. De estos documentos se desprende que,

30. Gustav Noske, dirigente socialdemócrata y responsable de los cuerpos francos que aplastaron la insurrección espartaquista en enero de 1919. Implicado directamente en el encubrimiento del asesinato de Rosa Luxemburgo y Kart Liebknecht.

31. Uno de estos estudios ha sido publicado en el libro de Ronald Radosh, Mary R. Hebeck y Grigory Sevostianov, *España traicionada. Stalin y la guerra civil*. Editorial Planeta, Barcelona 2002. Este libro recopila una gran cantidad de materiales de los archivos soviéticos de la época. En la introducción del mismo, los autores señalan: “En 1991 y 1992 comenzaron a

en todo momento, el interés de Stalin fue impedir a cualquier precio el triunfo de la revolución socialista en suelo ibérico. El valor añadido de los textos que publicamos de León Trotsky resalta, precisamente, porque plantean lo que nadie se atrevía a denunciar en aquellos días de traición e ignominia.

León Trotsky cayó asesinado por un agente español de la policía secreta de Stalin el 20 de agosto de 1940. En el momento de su muerte estaba trabajando precisamente en un artículo sobre la revolución española titulado *Clase, partido y dirección. ¿Por qué ha sido vencido el proletariado español?* Transcurrió medio siglo desde la muerte de Trotsky hasta el colapso del estalinismo y la destrucción de la URSS.

Los mismos que actuaron como verdugos de la generación de 1917, los mismos que cubrieron de calumnias e infamias a León Trotsky, a sus camaradas y a los revolucionarios españoles de 1936, esos mismos individuos que formaban parte de los Comités Centrales y los Politburós de los mal llamados Partidos Comunistas de la URSS y del resto de los países de Europa del Este, se convirtieron en los agentes políticos de la restauración capitalista. Una gran mayoría de estos líderes “comunistas”, saqueando la propiedad del Estado, se han transmutado en pocos años en los nuevos amos capitalistas de sus naciones. Este es el legado infame del estalinismo del que Trotsky advirtió una y otra vez al movimiento comunista internacional: la burocracia usurpadora representaba la mayor amenaza para el régimen surgido de la Revolución de Octubre y el vehículo más efectivo para la restauración de las viejas relaciones de propiedad burguesa. Los análisis de Trotsky en obras geniales como *La revolución traicionada*, todo un monumento al método del materialismo

abrirse archivos soviéticos hasta entonces cerrados, con lo que se hizo posible investigar de nuevo aquel período. Por primera vez, todo un conjunto de registros dedicados a la guerra civil española salieron a la luz en los archivos militares del Estado ruso. La búsqueda en ese y otros depósitos de Moscú dio a conocer un nuevo lote de importantes documentos de la Comintern, del Politburó y de los servicios de espionaje. La importancia de este nuevo material es enorme. Ahora disponemos, por primera vez, de pruebas que demuestran lo que muchos habían sospechado desde el comienzo de la guerra civil española: que Stalin pretendió, desde un principio, controlar los acontecimientos en España y manipular o impedir la extensión de la revolución social allí iniciada. Por medio de funcionarios militares, de los servicios de inteligencia y de la Comintern, Moscú intentó dominar y dirigir la economía, el gobierno y las fuerzas armadas (...)."

dialéctico, han sido confirmados de forma inapelable por la historia. De ahí la enorme importancia de la obra política y práctica de León Trotsky para las nuevas generaciones de comunistas.

* * * * *

En este septuagésimo aniversario de la revolución española, las masas que la protagonizaron siguen siendo las grandes ausentes de los fastos conmemorativos. No puede ser de otra manera. Pero fueron las masas quienes determinaron aquellos acontecimientos luchando hasta la extenuación para coronar con éxito su movimiento: “El camino de lucha seguido por los obreros” señaló Trotsky, “cortaba en todo momento bajo un determinado ángulo el de las direcciones y, en los momentos más críticos, este ángulo era de 180°. La dirección entonces, directa o indirectamente, ayudaba a someter a los obreros por la fuerza de las armas (...) Todo lo que se puede decir sobre esto es que las masas, que han intentado sin cesar abrirse un camino hacia la vía correcta han descubierto que la construcción, en el fragor mismo del combate, de una nueva dirección que respondiera a las necesidades de la revolución, era una empresa que sobrepasaba sus propias fuerzas. (...) En realidad, la dirección no es, en absoluto, el ‘simple reflejo’ de una clase o el producto de su propia potencia creadora. Una dirección se constituye en el curso de los choques entre las diferentes clases o de las fricciones entre las diversas capas en el seno de una clase determinada. Pero tan pronto como aparece, la dirección se eleva inevitablemente por encima de la clase y por este hecho se arriesga a sufrir la presión y la influencia de las demás clases. El proletariado puede ‘tolerar’ durante bastante tiempo a una dirección que ya ha sufrido una total degeneración interna, pero que no ha tenido la ocasión de manifestarlo en el curso de los grandes acontecimientos. Es necesario un gran choque histórico para revelar de forma aguda, la contradicción que existe entre la dirección y la clase. Los choques históricos más potentes son las guerras y las revoluciones. Por esta razón la clase obrera se encuentra a menudo cogida de sorpresa por la guerra y la revolución. Pero incluso cuando la antigua dirección ha revelado su propia corrupción interna, la clase no puede improvisar inmediatamente una nueva dirección, sobre

todo si no ha heredado del período precedente los cuadros revolucionarios sólidos, capaces de aprovechar el derrumbamiento del viejo partido dirigente..."³².

Esta es la cuestión esencial. La revolución no se perdió por la ausencia de madurez política de las masas, que pudieron haber tomado el poder no una, sino diez veces en el transcurso de los acontecimientos desde 1931. La derrota fue el producto directo de los errores de aquellos dirigentes que se reclamaban así mismos socialistas o comunistas y también de los anarcosindicalistas.

La victoria revolucionaria es una tarea estratégica, como el propio Trotsky señaló acertadamente. El partido revolucionario no se puede improvisar, necesita de una selección paciente de cuadros, de pruebas decisivas de la lucha de clases en las que su dirección madure y sea reconocida como tal. Pero sobre todo, la construcción del partido revolucionario exige de una política justa, de tácticas adecuadas y de una comprensión científica de la dinámica de la lucha de clases y el proceso de toma de conciencia de los trabajadores. Para alcanzar tal experiencia, el estudio de las lecciones de la revolución mundial, de la que la revolución española de 1931-1939 forma parte, es una tarea que requiere la mayor aplicación.

Hoy en día muchos dirigentes de la izquierda tratan de idealizar la II República presentándola como un "paraíso democrático" en el que todas las aspiraciones de las masas oprimidas fueron satisfechas. Hablan sólo de la República, ocultando conscientemente la revolución social que tuvo lugar en aquellos años. Y no es casualidad: los mismos errores que cometieron sus antecesores reformistas en los años treinta, los volvieron a repetir ellos mismos cuarenta años más tarde. Algunos incluso fueron protagonistas en ambos momentos de la historia.

En el caso de los años setenta, en la fase decisiva de la lucha que tumbó a la dictadura franquista, estos dirigentes "responsables" de la izquierda acordaron con la burguesía una vergonzosa ley de punto y final, nunca aprobada en el parlamento, por la que los crímenes del franquismo quedaron impunes. La memoria histórica fue de esta manera sepultada vergonzosamente en el "consenso" que alumbró la transición "democrática". A este pacto de silencio se sumaron otros,

32. León Trotsky, *Clase, partido y dirección. ¿Por qué ha sido vencido el proletariado español?*

como los Pactos de La Moncloa, que sirvieron para atar a los trabajadores de pies y manos al carro de la burguesía, desmovilizando a millones de obreros y jóvenes dispuestos a tomar el cielo por asalto. La amenaza de la revolución pasó y la burguesía pudo retomar el control de la situación, gracias a la ayuda inestimable de Santiago Carrillo y Felipe González. Pero eso es otra historia, aunque una historia, como la de la revolución española de 1931-1936, plagada de lecciones fundamentales para el futuro.

Hemos pasado por años de fuerte ofensiva ideológica contra las ideas del marxismo. Pero toda reacción tiene sus límites. Después del colapso del estalinismo, que fue utilizado por una amplia capa de ex comunistas, ex socialistas y ex sindicalistas para traicionar las ideas del marxismo y pasarse abiertamente al campo de la burguesía, la marcha de la historia no se ha detenido. Las revoluciones en América Latina, la crisis del imperialismo en Oriente Medio, el auge de la lucha de clases en Occidente, han puesto en el orden del día la necesidad imperiosa del socialismo y de un partido marxista a la altura de estas convulsiones históricas. Lograrlo es la empresa más importante, y a la que los trabajadores y jóvenes de la Corriente Marxista Internacional y *El Militante* dedicamos todos nuestros esfuerzos.

Más temprano que tarde, la clase obrera y la juventud del Estado español retomarán la tarea que quedó inconclusa en 1936. Comprender en toda su dimensión las lecciones de la revolución de 1931-1939, del heroico combate del proletariado español y las causas de su derrota, nos situará en las mejores condiciones para asegurar el éxito de las batallas que están por llegar. Y de esta manera tributaremos el mejor homenaje que merece la generación que derramó su sangre generosamente en las trincheras: cumpliendo con nuestra tarea histórica, ¡el derrocamiento del capitalismo y la instauración de un nuevo orden socialista!

Juan Ignacio Ramos
Septiembre de 2006

Las tareas de los comunistas en España

Carta a la redacción de 'Contra la Corriente'

25 de mayo de 1930

Saludo calurosamente la aparición del primer número de vuestro periódico. La Oposición Comunista española sale a la arena en un momento particularmente propicio y no menos decisivo.

Ahora, la crisis que atraviesa España se desarrolla con una regularidad notable, que permite a la vanguardia proletaria prepararse durante un cierto tiempo. Pero es muy dudoso que este tiempo sea muy largo.

La dictadura de Primo de Rivera ha caído sin revolución, por agotamiento interior. Esto quiere decir, en otros términos, que en su primera etapa la cuestión fue resuelta por las enfermedades de la vieja sociedad y no por las fuerzas revolucionarias de una sociedad nueva. No es un simple azar. El régimen de la dictadura, que para las clases burguesas ya no encuentra su justificación en la necesidad del aplastamiento inmediato de las masas revolucionarias, se encuentra simultáneamente en contradicción con las necesidades de la burguesía en los terrenos económico, financiero, político y cultural. Pero la burguesía eludió la lucha con todas sus fuerzas hasta el último momento; dejó a la dictadura pudrirse y caer como una fruta agusanada.

LA BURGUESÍA Y LA DICTADURA

Después de este acontecimiento, las clases dirigentes, en la persona de sus grupos políticos, se encuentran obligadas a adoptar una posición neta ante las masas populares. Y así observamos un fenómeno paradójico. Los mismos partidos burgueses que, gracias a su

conservadurismo, renunciaban a llevar a cabo alguna lucha seria contra la dictadura militar, rechazan actualmente toda la responsabilidad de esta dictadura sobre la monarquía y se declaran republicanos. En efecto, habría que suponer que la dictadura ha estado durante todo el tiempo suspendida de un fino hilo del balcón del palacio real, que no se apoyaba en el sostén, en parte pasivo, de las capas más sólidas de la burguesía, que paralizaban con todas sus fuerzas la actividad de la pequeña burguesía y pisoteaban a los trabajadores de la ciudad y del campo.

¿Y cuál es el resultado? Mientras que no solamente los trabajadores, el pueblo llano de las ciudades, los jóvenes intelectuales y casi toda la gran burguesía son republicanos o se declaran como tales, la monarquía sigue existiendo y actuando. Si Primo sólo se sostenía gracias al apoyo de la monarquía, ¿cuál es el sostén de la monarquía, en un país tan "republicano"? A primera vista esto parece un enigma insoluble. Pero el secreto no es en manera alguna tan complicado. La misma burguesía que "sufrió" a Primo de Rivera lo sostenía, del mismo modo que sostiene actualmente a la monarquía, mediante los únicos medios que le quedan, es decir, declarándose republicana y adaptándose así a la psicología de la pequeña burguesía, para engañarla y paralizarla lo mejor posible.

Para quien la observa desde fuera, esta escena, a pesar de su aspecto dramático profundo, no está desprovista de un aspecto cómico. La monarquía está sentada sobre la espalda de la burguesía republicana, que no tiene mucha prisa en desembarazarse de ella. La burguesía se desliza, con su preciosa carga, entre las masas populares que se agitan, grita como respuesta a las protestas, a las reclamaciones y a las maldiciones, con una voz de bufón: "Como veis, esta criatura sobre mi espalda es mi enemigo maldito, voy a enumerar sus crímenes, prestad atención atentamente", etc. Y cuando la multitud, divertida por esta presentación, se pone a bromear, la burguesía aprovecha el momento para llevar un poco más lejos su carga. ¿Si esto significa una lucha contra la monarquía, que sería, pues, una lucha por la monarquía?

Las manifestaciones activas de los estudiantes son sólo una tentativa de la joven generación de la burguesía, sobre todo de la pequeña burguesía, para dar una salida al equilibrio inestable en que el país se ha encontrado después de la pretendida liberación de la dictadura de

Primo de Rivera, de la que se han conservado sus elementos fundamentales. Cuando la burguesía renuncia consciente y obstinadamente a resolver los problemas que se derivan de la crisis de la sociedad burguesa, cuando el proletariado no está aún presto para asumir esta tarea, son los estudiantes los que ocupan el centro del escenario. En el desarrollo de la primera revolución rusa, pudimos observar este fenómeno más de una vez; para nosotros este fenómeno siempre ha tenido una significación enorme y sintomática. Esta actividad revolucionaria o semirrevolucionaria significa que la sociedad burguesa atraviesa una crisis profunda. La juventud pequeñoburguesa, sintiendo que una fuerza explosiva se acumula en las masas, intenta encontrar *a su manera* la salida de ese atolladero e impulsa más adelante el desarrollo político.

La burguesía contempla el movimiento de los estudiantes medio aprobando, medio desconfiando; si la juventud da algunos empujones a la burocracia monárquica no está mal del todo, con tal de que esos “chicos” no vayan demasiado lejos y arrastren, con su impulso, a las masas trabajadoras.

Al apoyar el movimiento estudiantil, los obreros españoles han mostrado un positivo instinto revolucionario. Aunque claro está, deben actuar bajo su propia bandera y bajo la dirección de su propia organización proletaria. El comunismo español es el que debe asegurar esto, y para ello es indispensable una política justa. Por lo cual, la aparición de vuestro periódico, como dije antes, coincide con un momento extraordinariamente importante y crítico en el desarrollo de toda la crisis, más precisamente aún, con un momento en que la crisis revolucionaria está en camino de transformarse en una revolución.

El movimiento huelguista de los obreros, la lucha contra la “racionalización” y el paro forzoso, adquieren una importancia muy diferente, incomparablemente más profunda, en medio de un descontento extraordinario de las masas pequeñoburguesas y de una crisis aguda de todo el sistema. Esta lucha obrera debe estar estrechamente ligada a todas las cuestiones que se derivan de la crisis nacional. Este hecho de que los obreros se hayan manifestado con los estudiantes es el primer paso, claro está, todavía insuficiente e inseguro, en el camino de la lucha de la vanguardia proletaria por la hegemonía revolucionaria.

LAS CONSIGNAS DEMOCRÁTICAS

Este camino supone, por parte de los comunistas, una lucha resuelta, audaz y enérgica, *por las consignas democráticas*. No comprenderlo sería cometer la mayor falta sectaria. En la etapa actual de la revolución, en el terreno de las consignas *políticas*, el proletariado se distingue de todos los otros grupos "izquierdistas" de la pequeña burguesía, no por el hecho de que niega la democracia, como lo hacen los anarquistas y sindicalistas, sino por el hecho de lucha resuelta y abierta por esta consigna, al mismo tiempo que denuncia implacablemente las vacilaciones de la pequeña burguesía.

Poniendo por delante las consignas democráticas, el proletariado no quiere con ello decir que España va hacia la revolución burguesa. Sólo podrían plantear así la cuestión fríos pedantes atiborrados de fórmulas rutinarias. España ha dejado muy lejos tras de sí el estadio de una revolución burguesa.

Si la crisis revolucionaria se transforma en revolución, superará fatalmente los límites burgueses y, en caso de victoria, deberá entregar el poder al proletariado; pero el proletariado no puede dirigir la revolución en dicha época, es decir reunir alrededor suyo las más amplias masas de trabajadores y de oprimidos y convertirse en su guía, más que a condición de desarrollar actualmente, con sus reivindicaciones de clase y en relación con ellas, todas las reivindicaciones democráticas, íntegramente y hasta el fin.

Esto tendría ante todo una importancia decisiva en lo que concierne al campesinado. Este no puede conceder al proletariado su confianza *a priori*, aceptando como prenda verbal la dictadura del proletariado. El campesinado, como clase numerosa y oprimida, ve inevitablemente en una cierta etapa, en la consigna de democracia, la posibilidad de dar la preponderancia a los oprimidos sobre los opresores. El campesinado relacionará, inevitablemente, la consigna de la democracia política con reparto radical de las tierras. El proletariado asume abiertamente el apoyo de estas dos reivindicaciones. En el momento oportuno, los comunistas explicarán a la vanguardia proletaria por qué camino estas reivindicaciones pueden ser realizadas, sembrando de esta manera la semilla del sistema soviético futuro.

Incluso en las cuestiones nacionales, el proletariado defiende hasta el fin la consigna democrática, declarando que está dispuesto a

apoyar, por un camino revolucionario, el derecho de los diferentes grupos nacionales a la libre disposición de ellos mismos, incluso llegando a la separación.

LA CUESTIÓN NACIONAL

Sin embargo, ¿la vanguardia proletaria hace *suya* la consigna de la separación de Cataluña? Si es la expresión de la mayoría de la población, sí. No obstante, ¿cómo puede expresarse esta voluntad? Por medio de un plebiscito libre, por una asamblea de representantes de Cataluña, por los partidos influyentes a los que siguen las masas catalanas, o finalmente por un levantamiento nacional de Cataluña. Esto nos demuestra de nuevo, señalémoslo de paso, que sería un gran error reaccionario por parte del proletariado renunciar a las consignas democráticas. Sin embargo, hasta el momento en que la voluntad de la minoría nacional no se haya expresado, el proletariado no debe hacer *suya* la consigna de separación, pero garantiza por anticipado, abiertamente, su apoyo íntegro y sincero a esta consigna en la medida en que exprese la voluntad de Cataluña.

Evidentemente, los obreros catalanes tendrán algo que decir en esta cuestión. Si llegan a la conclusión de que sería inoportuno desperdigar sus fuerzas, en las condiciones de la crisis actual que abre al proletariado español los caminos más amplios y más audaces, los obreros catalanes deben llevar a cabo la propaganda para el mantenimiento de Cataluña, sobre bases determinadas, en el seno de España, y en cuanto a mí creo que el sentido político sugiere tal solución. Sería provisionalmente aceptable, incluso para los separatistas más fervientes, puesto que es muy claro que, en caso de victoria de la revolución, sería inmensamente más fácil que hoy llegar a la libre disposición de Cataluña, como también de otras regiones.

Apoyando todo movimiento verdaderamente democrático y revolucionario de las masas populares, la vanguardia comunista lleva a cabo una lucha sin compromiso contra la burguesía que se llama a sí misma republicana, desenmascarando su perfidia, su doble juego y su carácter reaccionario, y resistiendo a su tentativa de someter a su influencia a las clases trabajadoras.

Los comunistas no renuncian jamás, en ninguna condición, a la libertad de su política. No hay que olvidar que, durante una revolución, las tentaciones de este género son muy grandes; la historia trágica de la revolución china es un testigo irrefutable. Al mismo tiempo que salvaguardan la completa independencia de su organización y de su propaganda, los comunistas aplican, sin embargo, de la manera más amplia, la política del frente único, a la que la revolución abre un amplio campo.

EL PAPEL DE LA OPOSICIÓN DE IZQUIERDA

La Oposición de Izquierda propondrá la política de frente único con el Partido Comunista oficial. No hay que permitir a los burócratas crear la impresión de que la Oposición de Izquierda tiene relaciones hostiles con los obreros que siguen la bandera del Partido Comunista oficial. Inversamente, la Oposición está dispuesta a tomar parte en toda acción revolucionaria del proletariado y a luchar juntamente a su lado. Si los burócratas renuncian a llevar a cabo la acción con la Oposición, la responsabilidad debe recaer sobre ellos para la clase obrera.

La continuación del desarrollo de la crisis española significa el despertar revolucionario de millones de hombres en las masas trabajadoras. Nada permite creer que se alistarán *de golpe* bajo la bandera del comunismo. Por el contrario, es muy probable que reforzarán ante todo al partido del radicalismo pequeñoburgués, es decir, en primer lugar el Partido Socialista, sobre todo su ala izquierda, en el espíritu, por ejemplo, de los Independientes alemanes durante la revolución de 1918-1919.

En esto, la radicalización efectiva y amplia de las masas encontrará su expresión, y no en un crecimiento del "socialfascismo". El fascismo no podrá triunfar de nuevo —y esta vez en una forma más "social" que "militar", es decir, por ejemplo, a la manera de Mussolini— más que como consecuencia de la derrota de la revolución y de la decepción de las masas engañadas que creían en ella. Pero ante el desarrollo regular de los acontecimientos actuales, una derrota sólo puede tener lugar a consecuencia de errores extraordinarios de la dirección comunista.

Es preciso desacreditar políticamente a la socialdemocracia ante las masas, pero no es por medio de insultos como se puede llegar a ello. Las masas sólo tienen fe en su propia experiencia colectiva. Hay que dar la posibilidad a las masas, durante el período preparatorio de la revolución, de comparar en los hechos la política del comunismo con la de la socialdemocracia.

Siento muchísimo hasta qué punto las consideraciones anteriores son poco concretas. Es muy probable, e incluso verosímil, que haya omitido una serie de circunstancias de una importancia extraordinaria. Ya lo veréis vosotros mismos. Armados de la teoría de Marx y el método revolucionario de Lenin, encontraréis vuestro camino. Sabréis captar los pensamientos y los sentimientos de la clase obrera y darles una expresión política clara. El objeto de estas líneas es solamente recordar en sus grandes rasgos generales los principios de estrategia revolucionaria, verificados mediante la experiencia de las tres revoluciones rusas.

La revolución española y las tareas de los comunistas

Prinkipo, 24 de enero de 1931

I. LA VIEJA ESPAÑA

La cadena del capitalismo se ve de nuevo amenazada con romperse en el eslabón más débil: ha llegado el turno a España. El movimiento revolucionario se desarrolla en este país con una fuerza tal que priva de antemano a la reacción de todo el mundo de la posibilidad de creer en el rápido restablecimiento del orden en la Península Ibérica.

Indiscutiblemente, España pertenece al grupo de los países más atrasados de Europa. Pero su atraso tiene un carácter peculiar, determinado por el gran pasado histórico del país. Mientras que la Rusia de los zares siempre quedaba muy atrás con respecto a sus vecinos de Occidente y avanzaba lentamente bajo su presión, España conoció periodos de gran florecimiento, de superioridad sobre el resto de Europa y de dominio sobre la América del Sur. El poderoso desarrollo del comercio interior y mundial iba venciendo el aislamiento feudal de las provincias y el particularismo de las regiones nacionales del país. La fuerza e importancia crecientes de la monarquía española se hallaba indisolublemente ligado en aquellos siglos al papel centralizador del capital comercial y la formación gradual de la *nación española*.

El descubrimiento de América, que en un principio fortaleció y enriqueció a España, se volvió contra ella. Las grandes vías comerciales se desviaron de la península ibérica. La Holanda enriquecida se desgajó de España. Después de Holanda fue Inglaterra la que se elevó por encima de Europa a una gran altura y por largo tiempo. Y a partir de la segunda mitad del siglo XVI la decadencia de España es evidente. Después de la destrucción de la Armada Invencible (1588)

esta decadencia toma, por decirlo así, un carácter oficial. Es el advenimiento de este estado de la España feudal-burguesa que Marx calificó de “putrefacción lenta y sin gloria”.

Las viejas y las nuevas clases dominantes —la nobleza latifundista, el clero católico con su monarquía, las clases burguesas con sus intelectuales— intentan tenazmente conservar sus viejas pretensiones, pero sin los antiguos recursos. En 1820 se separaron definitivamente las colonias sudamericanas. Con la pérdida de Cuba en 1898, España quedó casi completamente privada de dominios coloniales. Las aventuras en Marruecos no han hecho más que arruinar al país y alimentar el descontento ya asaz profundo del pueblo.

El retraso del desarrollo económico de España ha debilitado inevitablemente las tendencias centralistas inherentes al capitalismo. La decadencia de la vida comercial e industrial de las ciudades y de las relaciones económicas entre las mismas determinó inevitablemente la atenuación de la dependencia recíproca de las provincias. Tal es la causa que no ha permitido hasta ahora a la España burguesa vencer las tendencias centrífugas de sus provincias históricas. La pobreza de recursos de la economía nacional y el sentimiento de malestar en todas las partes del país no podían hacer otra cosa que alimentar las tendencias separatistas. El particularismo se manifiesta en España con una fuerza particular, sobre todo en comparación con la vecina Francia, donde la Gran Revolución afirmó definitivamente la nación burguesa, una e indivisible, sobre las viejas provincias feudales.

El estancamiento económico, al mismo tiempo que no permitía que se formara la nueva sociedad burguesa, descomponía asimismo las viejas clases dominantes. Los altivos nobles cubrían a menudo su orgullo con capas raídas. La Iglesia despojaba a los campesinos, pero de tiempo en tiempo se veía obligada a sufrir el pillaje por parte de la monarquía. Esta última, según la observación de Marx, tenía más rasgos comunes con el despotismo asiático que con el absolutismo europeo. ¿Cómo interpretar este pensamiento? La comparación, establecida más de una vez, del zarismo con el despotismo asiático, parece mucho más natural, tanto desde el punto de vista geográfico, como del histórico. Pero por lo que respecta a España esta comparación conserva también toda su fuerza. La diferencia consiste únicamente en que el zarismo surgió sobre la base del *desarrollo extraordinariamente lento*, tanto de la nobleza como de los centros urbanos primitivos.

La monarquía española se formó en las condiciones creadas por la *decadencia* del país y la *putrefacción* de las clases dominantes. Si el absolutismo europeo pudo desarrollarse gracias a la lucha de las ciudades consolidadas contra las viejas castas privilegiadas, la monarquía española, lo mismo que el zarismo ruso, hallaba su fuerza relativa en la impotencia de las viejas castas y de las ciudades. En esto consiste su analogía indudable con el despotismo asiático.

La preponderancia de las tendencias centrífugas sobre las centrípetas, tanto en la economía como en la política, ha privado de base al parlamentarismo español. La presión del gobierno sobre los electores ha tenido un carácter decisivo: durante todo el siglo pasado, las elecciones daban invariablemente la mayoría al gobierno. Como las Cortes dependían del ministerio de turno, el ministerio mismo caía de un modo natural bajo la dependencia de la monarquía. Madrid hacía las elecciones y el poder caía en manos del rey. La monarquía era doblemente indispensable a las clases dominantes desunidas y descentralizadas, incapaces de dirigir el país en su propio nombre. Y esa monarquía, que reflejaba la debilidad de todo el Estado, era —entre dos sublevaciones— suficientemente fuerte para imponer su voluntad al país. En suma, el sistema estatal de España puede ser calificado de *absolutismo degenerativo limitado por pronunciamientos periódicos*.

Al lado de la monarquía y en alianza con ella, el clero representaba otra fuerza centralizada. El catolicismo sigue siendo hasta nuestros días la religión del Estado, el clero desempeña un gran papel en la vida del país y es el eje más firme de la reacción. El Estado gasta anualmente muchos millones de pesetas para la Iglesia. Las ordenes religiosas, extraordinariamente numerosas, poseen bienes inmensos y una influencia todavía mayor. El número de frailes y monjas es de 70.000, número igual al de los alumnos de las escuelas secundarias, y superior en dos veces y media al de los estudiantes. En estas condiciones, no tiene nada de sorprendente que el 45% de la población no sepa leer ni escribir. La masa principal de los analfabetos está concentrada, ni que decir tiene, en el campo.

Si los campesinos de la época de Carlos V (Carlos I) obtuvieron escaso provecho del poderío del imperio español, ulteriormente fueron ellos los que soportaron las consecuencias más graves de la decadencia de dicho imperio. Durante siglos arrastraron una existencia miserable, que en muchas provincias fue una existencia de hambre. Los

campesinos, que forman el 70% de la población, soportan sobre sus espaldas el peso principal del edificio del Estado. Falta de tierras, insuficiencia de agua, arriendos elevados, utillaje agrícola primitivo, métodos de cultivo rudimentarios, impuestos crecidos, precios elevados de los artículos industriales, exceso de población agraria, gran número de vagabundos, de mendigos, de frailes; he aquí el cuadro que ofrece el campo español.

La situación de los campesinos les ha empujado, desde hace mucho tiempo, a participar en numerosos levantamientos. Pero esas explosiones sangrientas han tenido un carácter no nacional, sino local, y los matices más variados; en la mayor parte de los casos, un matiz reaccionario. De la misma manera que las revoluciones españolas han sido pequeñas revoluciones, los levantamientos campesinos han tomado forma de pequeñas guerras. España es el país clásico de las guerrillas.

II. EL EJÉRCITO ESPAÑOL Y LA POLÍTICA

Después de la guerra contra Napoleón, surgió en España una nueva fuerza: la oficialidad metida en política, la joven generación de las clases dominantes, heredera de la ruina del que fue en otro tiempo gran imperio y *déclassée* en un grado considerable.

En el país del particularismo y del separatismo, el ejército ha adquirido, por la fuerza de las cosas, una importancia enorme como fuerza de centralización y se ha convertido, no sólo en el punto de apoyo de la monarquía, sino también en el conductor del descontento de todas las fracciones de las clases dominantes y, ante todo, de su propia clase: lo mismo que la burocracia, la oficialidad se recluta entre los elementos, extremadamente numerosos en España, que exigen ante todo del Estado medios de existencia. Pero como los apetitos de los diferentes grupos de la sociedad "ilustrada" sobrepasan en mucho la totalidad de los cargos gubernamentales, parlamentarios y otros, el descontento de los eliminados alimenta al partido republicano, el cual, por otra parte, es tan inestable como todos los demás grupos de España. Pero como bajo esta inestabilidad se oculta a menudo una indignación auténtica y aguda, se forman de vez en cuando en el movimiento republicano grupos revolucionarios decididos y valerosos para los cuales la república es una divisa mística de salvación.

El ejército español está formado por cerca de 170.000 hombres, de los cuales más de 13.000 son oficiales; a esto hay que añadir unos 15.000 marinos de guerra. Los oficiales, que son los instrumentos de las clases dominantes del país, arrastran a sus conspiraciones a la masa del ejército. Ya en el pasado, los suboficiales intervinieron en la política sin los oficiales y contra ellos. En 1836 los suboficiales de la guarnición de Madrid se insurreccionaron y obligaron a la reina a proclamar la constitución. En 1866 los sargentos de artillería, descontentos de las reglas aristocráticas en el ejército, promovieron también una rebelión. Sin embargo, en el pasado, el papel directivo quedó siempre en manos de los oficiales. Los soldados marchaban tras sus jefes descontentos, aunque el descontento de aquéllos, políticamente impotente, se alimentaba en otras fuentes sociales más profundas.

Las contradicciones en el ejército corresponden ordinariamente a las distintas armas. Cuanto más calificada es el arma, esto es, cuanto más inteligencia exige por parte de los soldados y oficiales, más aptos son estos para asimilarse las ideas revolucionarias. Mientras que la caballería se inclina habitualmente por la monarquía, los artilleros suministran un tanto por ciento considerable de republicanos. No tiene nada de sorprendente que la aviación, esta nueva arma, se haya puesto al lado de la revolución y aportando a la misma los elementos de aventurismo individualista propios de esta profesión. La última palabra debe decirla la infantería.

La historia de España es la historia de convulsiones revolucionarias ininterrumpidas. Los pronunciamientos y las revoluciones de palacio se han sucedido unos tras otros. En el transcurso del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX se produce un cambio continuo de regímenes políticos y en el interior de cada uno de ellos un cambio caledoscópico de ministerios. La monarquía española, no hallando un apoyo suficientemente sólido en ninguna de las clases poseyentes — aunque todas tenían necesidad de ella — ha caído más de una vez bajo la dependencia del propio ejército. Pero la disgregación provincial de España imprimía su sello al carácter de los complots militares. La rivalidad mezquina de las juntas no era más que la expresión exterior de que las revoluciones españolas carecían de una clase dirigente. Precisamente por esto la monarquía salía invariablemente triunfante de cada nueva revolución. Sin embargo, poco después de

la victoria del orden, la crisis crónica se manifestaba nuevamente en una explosión aguda de indignación. Ninguno de esos regímenes que se derribaban mutuamente removía el terreno profundamente. Cada uno de ellos se gastaba rápidamente en la lucha con las dificultades, engendradas por la pobreza de la renta nacional, insuficiente para satisfacer los apetitos y las pretensiones de las clases dominantes. Hemos visto particularmente el modo ignominioso como terminó sus días la última dictadura militar. El terrible Primo de Rivera cayó incluso sin un nuevo pronunciamiento: sencillamente se deshinchó, como un neumático que tropieza con un clavo.

Todos los golpes de Estado anteriores fueron movimientos de una minoría contra otra: las clases dirigentes y semidirigentes se arrebatan impacientemente de las manos el pastel del Estado.

Si se entiende por revolución permanente la sucesión de levantamientos sociales que transmiten el poder a las manos de la clase más decidida, la cual se sirve luego de dicho poder para la supresión de todas las clases y, por consiguiente, de la posibilidad misma de nuevas revoluciones, hay que constatar que a pesar del carácter "ininterrumpido" de los levantamientos españoles, no hay en ellos nada parecido a la revolución permanente; se trata más bien de convulsiones crónicas en las cuales halla su expresión la enfermedad inveterada de una nación que se ha quedado atrás.

Ciertamente, el ala izquierda de la burguesía, sobre todo la representada por la juventud intelectual, se ha asignado como fin hace ya tiempo la transformación de España en república. Los estudiantes españoles, que, por los mismos motivos que los oficiales, han sido reclutados principalmente entre la juventud descontenta, están acostumbrados a desempeñar en el país un papel completamente desproporcionado a su importancia numérica. La dominación de la reacción católica ha encendido la oposición de las universidades, dando a la misma un carácter anticlerical. Sin embargo, no son los estudiantes los que crean un régimen.

En sus sectores dirigentes, los republicanos españoles se distinguen por un programa social extremadamente conservador: su ideal lo ven en la Francia reaccionaria de hoy, creyendo que con la república vendrá la riqueza, y no están dispuestos, ni son capaces de ello, a seguir el camino de los jacobinos franceses: su miedo ante las masas es más fuerte que su odio a la monarquía.

Si las grietas y los poros de la sociedad burguesa se llenan en España con los elementos *déclassés* de las clases dominantes, con los innumerables buscadores de empleos y de provechos, abajo, en las grietas de los cimientos, el mismo sitio es ocupado por numerosos "lumpemproletarios", por los elementos *déclassés* de las clases trabajadoras. Los *lazaroni* con corbata, lo mismo que los *lazaroni* en andrajos, forman las arenas movedizas de la sociedad y son tanto más peligrosos para la revolución cuanto menos esta última encuentra un verdadero punto de apoyo motor y una dirección política.

Los seis años de dictadura de Primo de Rivera ahogaron y comprimieron todas las formas de descontento e indignación. Pero la dictadura llevaba en sí el vicio incurable de la monarquía española: fuerte frente a cada una de las clases por separado, era impotente con respecto a las necesidades históricas del país. Esta fue la causa de que la dictadura se quebrara contra los escollos submarinos de las dificultades financieras y de otro género antes de que fuera alcanzada por la primera oleada revolucionaria. La caída de Primo de Rivera despertó todos los descontentos y todas las esperanzas. Fue así como el general Berenguer se convirtió en el portero de la revolución.

III. EL PROLETARIADO ESPAÑOL Y LA NUEVA REVOLUCIÓN

En esta nueva revolución observamos, a la primera ojeada, los mismos elementos que en la serie de revoluciones precedentes: una monarquía pérfida; las fracciones escindidas de los conservadores y de los liberales que odian al rey y se arrastran ante él; republicanos de derecha siempre dispuestos a traicionar, y republicanos de izquierda siempre dispuestos a la aventura; oficiales conspiradores, de los cuales unos quieren la república y otros, ascensos; estudiantes descontentos a los cuales sus padres observan con inquietud y, en fin, los obreros huelguistas, dispersos en distintas organizaciones, y campesinos que tienden la mano hacia las horquillas y aun el fusil.

Sería, sin embargo, un grave error creer que la crisis actual se desarrollará de un modo parecido a las precedentes. Las últimas décadas, y sobre todo los años de la guerra mundial, han aportado modificaciones considerables a la economía del país y a la estructura social de la nación. Naturalmente, España sigue marchando a la cola

de Europa. No obstante, en el país se ha ido desarrollando una industria nacional, tanto extractiva como ligera. Durante la guerra se desarrollaron las industrias del carbón, textil, construcción de centrales hidroeléctricas, etc. Surgieron en el país nuevos centros y regiones industriales, modificando la correlación de fuerzas y abriendo nuevas perspectivas.

Los éxitos de la industrialización no han atenuado en lo más mínimo las contradicciones internas. Al contrario, el hecho de que la industria de España, a consecuencia de la neutralidad de este país, progresara bajo la lluvia de oro de la guerra, se convirtió, al terminar esta última, cuando desapareció la demanda acentuada del extranjero, en fuente de nuevas dificultades. No solamente han desaparecido los mercados exteriores —la parte de España en el comercio mundial es actualmente aún inferior a la de antes de la guerra (1,1%, contra 1,2%)—, sino que la dictadura se vió obligada, con ayuda de la barreira aduanera más elevada de Europa, a defender el mercado interior contra la afluencia de las mercancías extranjeras. Los derechos arancelarios elevados han provocado el aumento de los precios, lo cual ha disminuido la capacidad adquisitiva, ya muy reducida, del pueblo. Por esto, después de la guerra, la industria no sale del estado de marasmo, que se traduce por el paro forzoso crónico, de una parte, y por explosiones agudas de la lucha de clases, de otra.

La burguesía española, en la actualidad aun menos que en el siglo XIX, puede tener la pretensión de desempeñar el papel histórico que desempeñó en otro tiempo la burguesía británica o francesa. La gran burguesía industrial de España, que ha llegado demasiado tarde, que depende del capital extranjero, que está adherida como un vampiro al cuerpo del pueblo, es incapaz de desempeñar, aunque sea por un breve plazo, el papel del caudillo de la "nación" contra las viejas castas. Los magnates de la industria española forman un grupo hostil al pueblo, constituyendo uno de los grupos más reaccionarios en el bloque, corroído por las rivalidades internas, de los banqueros, los industriales, los latifundistas, la monarquía, sus generales y funcionarios. Bastará indicar el hecho de que el punto de apoyo más importante de la dictadura de Primo de Rivera fueran los fabricantes de Cataluña.

Pero el desenvolvimiento industrial ha reforzado al proletariado. Sobre una población de 23 millones (ésta sería mucho mayor a no ser por la emigración), hay que contar cerca de un millón y medio de

obreros de la industria, del comercio y del transporte. A éstos hay que añadir una cifra aproximadamente igual de obreros del campo.

La vida social de España se ha visto condenada a moverse en un círculo vicioso mientras no ha habido una clase capaz de tomar en sus manos la solución de los problemas revolucionarios. La entrada del proletariado español en la arena histórica cambia radicalmente la situación y abre nuevas perspectivas. Para darse cuenta de ello hay que comprender ante todo que el afianzamiento de la dominación económica de la gran burguesía y el aumento de la importancia política del proletariado han privado definitivamente a la pequeña burguesía de la posibilidad de ocupar un puesto dirigente en la vida política del país. La cuestión de saber, si las sacudidas revolucionarias actuales pueden conducir a una verdadera revolución capaz de transformar las bases mismas de la existencia nacional, se reduce, por consiguiente, a saber si el proletariado español es capaz de tomar en sus manos la dirección de la vida nacional. En la nación española no hay otro pretendiente a este papel. La experiencia histórica de Rusia nos ha mostrado en estos tiempos de un modo evidente el peso específico del proletariado, unido por la gran industria, en un país con una agricultura atrasada, presa en las redes de unas relaciones semifeudales.

Ciertamente, los obreros españoles tomaron ya una participación combativa en las revoluciones del siglo XIX; pero siempre a la cola de la burguesía, siempre en segundo término, en calidad de fuerza auxiliar. En el transcurso del primer cuarto del siglo xx se robustece el papel revolucionario independiente de los obreros. La insurrección de Barcelona de 1909 mostró las fuerzas que encerraba el joven proletariado de Cataluña. Numerosas huelgas, transformadas en levantamientos, surgieron asimismo en otras regiones del país. En 1912 se desarrolló la huelga de los ferroviarios. Las regiones industriales se convirtieron en territorio de valerosos combates proletarios. Los obreros españoles se manifestaron libres de toda rutina, se mostraron capaces de reaccionar ante los acontecimientos y de movilizar sus filas con no menos rapidez y dieron pruebas de audacia en el ataque.

Los primeros años que siguieron a la guerra, más propiamente los primeros años de la revolución rusa (1917-1920), fueron años de grandes combates para el proletariado español. 1917 fue testigo de una huelga general revolucionaria. Su derrota, así como la de una serie de movimientos que la siguieron, preparó las condiciones para la dictadura

de Primo de Rivera. Cuando el derrumbamiento de esta volvió a plantear en toda su magnitud la cuestión del futuro del pueblo español; cuando las taimadas intrigas de las viejas camarillas y los esfuerzos impotentes de los radicales pequeñoburgueses mostraron claramente que la salvación no podía venir de esta parte, los obreros, con una serie de acciones huelguísticas valerosas gritaron al pueblo: ¡aquí estamos!

Los periodistas burgueses europeos de "izquierda" y, siguiendo su ejemplo, los socialdemócratas, gustan de filosofar, con una pretensión científica, sobre el tema de que España se apresta sencillamente a reproducir la Gran Revolución francesa con un retraso de cerca 150 años. Discutir sobre la revolución con estas gentes es lo mismo que discutir a propósito de colores con un ciego. A pesar de todo su retraso, España está mucho más adelantada que la Francia de fines del siglo XVIII. Grandes establecimientos industriales, 16.000 kilómetros de líneas férreas, 50.000 kilómetros de telégrafos, representan en sí para la revolución un factor más importante que los recuerdos históricos.

Intentando dar un paso adelante, el conocido semanario inglés *Economist* dice a propósito de los acontecimientos españoles: "Aquí obra más bien la influencia del París de 1848 y de 1871 que la influencia del Moscú de 1917". Pero el París de 1871 representa un paso del de 1848 hacia 1917. Por esto la contraposición de estas dos fechas carece absolutamente de contenido.

Incomparablemente más seria y más profunda era la conclusión que sacaba Andrés Nin en su artículo publicado el año pasado en *La lutte des classes*: "El proletariado (de España), apoyándose en las masas campesinas, es la única fuerza capaz de tomar el poder en sus manos". Esta perspectiva es trazada como sigue: "La revolución debe conducir a la dictadura del proletariado, la cual realizará la revolución burguesa y abrirá audazmente el camino a la transformación socialista". ¡Es así y sólo así como se puede plantear actualmente la cuestión!

IV. EL PROGRAMA DE LA REVOLUCIÓN

Ahora, la divisa oficial de lucha es la república. Sin embargo, el desarrollo de la revolución empujará hacia la bandera de la monarquía, no sólo a las fracciones conservadoras y liberales de las clases dirigentes, sino también a las fracciones republicanas.

Durante los acontecimientos revolucionarios de 1854, Cánovas del Castillo escribió: “Aspiramos a mantener el trono, pero sin la camarilla que lo deshonra”. Hoy, Romanones y otros desarrollan esta gran idea. ¡Como si la monarquía fuera, en general, posible sin camarilla y con tanto mayor motivo en España! No está excluida, es cierto, una situación tal en que las clases poseyentes se vean obligadas a sacrificar la monarquía para salvarse a sí mismas (ejemplo, ¡Alemania!). Sin embargo, es muy posible que la monarquía madrileña se mantenga, aunque sea con el rostro lleno de cardenales, hasta la dictadura del proletariado. La divisa de *república* es también, ni que decir tiene, la divisa del proletariado. Pero para él no se trata simplemente de reemplazar al rey por un presidente, sino de un baldeo radical de toda la sociedad, destinado a limpiar a ésta de las inmundicias del feudalismo. En este sentido ocupa un lugar preeminente la *cuestión agraria*.

Las relaciones existentes en el campo español ofrecen el aspecto de una explotación semifeudal. La miseria de los campesinos, sobre todo en Andalucía y Castilla, el yugo de los terratenientes, de las autoridades y de los caciques han impulsado ya más de una vez a los obreros agrícolas ya los campesinos pobres a manifestar abiertamente su indignación. ¿Significa esto que sea posible en España, aunque sea mediante una revolución, emancipar las relaciones burguesas de las feudales? No, esto significa únicamente que en las condiciones de España el capitalismo puede explotar a los campesinos únicamente bajo la forma semifeudal. Dirigir el arma de la revolución contra las supervivencias del medioevo español, significa dirigirla contra las raíces mismas de la dominación burguesa.

Para arrancar a los campesinos del localismo y de las influencias reaccionarias, el proletariado tiene necesidad de un programa revolucionario-democrático claro. La falta de tierras y de agua, la esclavitud del arriendo, plantean netamente la cuestión de la *confiscación de las grandes propiedades* agrarias en beneficio de los campesinos pobres. Las cargas fiscales, las deudas insostenibles del Estado, la rapacidad burocrática y las aventuras africanas plantean la cuestión del *gobierno barato*, el cual podría ser establecido, no por los propietarios de los latifundios, los banqueros, los industriales o los liberales nobles, sino por los trabajadores mismos.

La dominación del clero y las riquezas de la Iglesia plantean un objetivo democrático: *separar la Iglesia del Estado y desarmarla cediendo sus*

riquezas al pueblo. Estas medidas decisivas serán sostenidas incluso por los sectores más supersticiosos del campo, cuando se convenzan de que las sumas del presupuesto destinadas hasta ahora a la Iglesia, lo mismo que las riquezas de esta última, no irán a parar, después de la secularización, a los bolsillos de los liberales librepensadores, sino que estarán destinadas a reanimar la exhausta economía campesina.

Las tendencias separatistas plantean a la revolución el objetivo democrático de la *libre determinación nacional*. Estas tendencias exteriormente se han acentuado durante el periodo de la dictadura. Pero mientras que el "separatismo" de la burguesía catalana no es para ella, en su juego con el gobierno de Madrid, más que un instrumento contra el pueblo catalán y español, el separatismo de los obreros y de los campesinos es la envoltura de su indignación social. Hay que establecer una distinción rigurosa entre estos dos géneros de separatismo. Ahora bien, precisamente para separar de su burguesía a los obreros y campesinos oprimidos nacionalmente, la vanguardia proletaria debe adoptar en la cuestión de la libre determinación nacional una actitud audaz y sincera. Los obreros defenderán hasta sus últimas consecuencias el derecho de los catalanes y de los vascos a organizar su vida en un Estado independiente en el caso de que la mayoría de la población de dichas naciones se pronuncie por la separación completa. Pero esto no significa, naturalmente, que los obreros avanzados empujen a los catalanes y a los vascos a la separación. Al contrario, la unidad económica del país, con una *amplia autonomía de las nacionalidades*, ofrecería grandes ventajas a los obreros y campesinos desde el punto de vista económico y cultural.

No está descontada una tentativa de la monarquía para contener el desarrollo ulterior de la revolución con ayuda de una nueva dictadura militar. Pero lo que está descontado es un éxito sólido y durable de una tentativa semejante. La lección de Primo de Rivera está demasiado fresca. Sería preciso aplicar las cadenas de la nueva dictadura a las llagas no cicatrizadas aún de la antigua. A juzgar por los telegramas, en las alturas no se tendría inconveniente alguno en intentar la experiencia, y, a este efecto, se busca nerviosamente a un candidato conveniente, pero no aparece, por ahora, ningún voluntario. Lo que aparece con claridad es que una nueva dictadura militar costaría cara a la monarquía, y daría un nuevo y poderoso impulso a la revolución. *Faites vos jeux*, pueden decir los obreros a las clases dirigentes.

¿Puede esperarse que la revolución española saltará por encima del periodo del parlamentarismo? Teóricamente, no está excluido. Se puede suponer que el movimiento revolucionario alcanzará, en un periodo relativamente breve, una fuerza tal que no dejará a las clases dominantes ni el tiempo ni el lugar para el parlamentarismo. Sin embargo, una perspectiva tal es poco probable. El proletariado español, a pesar de sus excelentes cualidades combativas, no cuenta aún con un partido revolucionario reconocido por él ni con la experiencia de la organización soviética. Además, en las filas comunistas, poco numerosas, no hay unidad, ni un programa de acción claro y admitido por todos. Sin embargo, la cuestión de las Cortes ha sido puesta ya a la orden del día. En estas condiciones, hay que suponer que la revolución tendrá que pasar por una etapa de parlamentarismo.

Esto no excluye en absoluto la táctica del boicot a las Cortes ficticias de Berenguer, del mismo modo que los obreros rusos boicotearon con éxito la Duma de Bulguin en 1905 y consiguieron hacerla fracasar. La cuestión táctica del boicot debe resolverse sobre la base de la correlación de fuerzas en un momento concreto de la revolución.

Pero aun boicoteando las Cortes de Berenguer, los obreros avanzados deberían oponer a las mismas la consigna de *Cortes Constituyentes revolucionarias*. Debemos desenmascarar implacablemente el charlatanismo de la consigna de las Cortes Constituyentes en los labios de la burguesía de "izquierda", la cual en realidad no quiere más que unas Cortes de conciliación por la gracia del rey y de Berenguer para hacer un trato con las viejas camarillas dirigentes y privilegiadas. Unas verdaderas Cortes Constituyentes pueden ser convocadas únicamente por un gobierno revolucionario, como resultado de la insurrección victoriosa de los obreros, de los soldados y de los campesinos. Podemos y debemos oponer las Cortes revolucionarias a las Cortes de Conciliación; pero, a nuestro juicio, sería erróneo renunciar, en la *etapa actual*, a la consigna de las Cortes revolucionarias.

Constituiría un doctrinarismo lamentable y estéril oponer escuetamente la consigna de la dictadura del proletariado a los objetivos y divisas de la democracia revolucionaria (república, revolución agraria, separación de la Iglesia del Estado, confiscación de los bienes eclesiásticos, libre determinación nacional, Cortes Constituyentes revolucionarias). Las masas populares, antes de que puedan conquistar el poder, deben agruparse alrededor de un partido proletario

dirigente. La lucha por la representación democrática, así como la participación en las Cortes en una u otra etapa de la revolución, pueden facilitar incomparablemente la realización de este cometido.

La consigna del *armamento de los obreros y de los campesinos* (creación de la milicia obrera y campesina), debe adquirir inevitablemente en la lucha una importancia cada vez mayor. Pero *en la etapa actual*, esta consigna debe asimismo enlazarse estrechamente con las cuestiones de la defensa de las organizaciones obreras y campesinas, de la transformación agraria, de la libertad de las elecciones y de la protección del pueblo contra los pronunciamientos reaccionarios.

Un programa radical de *legislación social*, particularmente el seguro de los sin trabajo, la transferencia de las cargas fiscales a las clases poseyentes, la enseñanza general obligatoria, todas estas y otras medidas análogas, que no sobrepasan aún el marco de la sociedad burguesa, deben ser inscritas en la bandera del partido proletario.

Sin embargo, deben propugnarse ya paralelamente reivindicaciones de carácter transitorio: nacionalización de los ferrocarriles, los cuales son todos en España de propiedad privada; nacionalización de las riquezas del subsuelo; nacionalización de los bancos; control obrero de la industria; en fin, reglamentación de la economía por el Estado. Todas estas reivindicaciones, inherentes al paso del régimen burgués al régimen proletario, preparan esta transición para, después de la nacionalización de los bancos y de la industria, disolverse en el sistema de medidas de la economía organizada según un plan que sirve para preparar la sociedad socialista.

Sólo los pedantes pueden ver una contradicción en la combinación de consignas democráticas con otras transitorias y puramente socialistas. Un programa combinado así, que refleja la estructura contradictoria de la sociedad histórica, se desprende inevitablemente de la diversidad de problemas legados en herencia por el pasado. Reducir todas las contradicciones y todos los objetivos a un solo denominador: la dictadura del proletariado, es una operación necesaria, pero completamente insuficiente. Aun en el caso de dar un paso adelante, admitiendo que la vanguardia proletaria se haya dado cuenta claramente de que sólo la dictadura del proletariado puede salvar a España de la descomposición, sigue planteada en toda su amplitud la tarea preliminar de reunir y cohesionar alrededor de la vanguardia a los sectores heterogéneos de la clase obrera ya las masas trabajadoras

del campo, todavía más heterogéneas. Oponer pura y simplemente la consigna de la dictadura del proletariado a los objetivos históricamente condicionados que impulsan actualmente a las masas hacia la senda de la insurrección, significaría reemplazar la comprensión marxista de la revolución social por la comprensión bakuninista. Sería el mejor medio de perder la revolución.

Ni que decir tiene que las consignas democráticas no persiguen en ningún caso como fin el acercamiento del proletariado a la burguesía republicana. Al contrario, crean el terreno para la lucha victoriosa contra la izquierda burguesa, permitiendo poner al descubierto a cada paso el carácter antidemocrático de la misma. Cuanto más valerosa, decidida e implacablemente luche la vanguardia proletaria por las consignas democráticas, más pronto se apoderará de las masas y privará de base a los republicanos burgueses y a los socialistas reformistas, de un modo más seguro los mejores elementos vendrán a nuestro lado y más rápidamente la república democrática se identificará en la conciencia de las masas con la *república obrera*.

Para que la fórmula teórica bien comprendida se convierta en hecho histórico vivo, hay que hacer pasar esta fórmula por la conciencia de las masas a base de la experiencia, de las necesidades y de las exigencias de las mismas. Para esto es preciso, sin perderse en detalles, sin distraer la atención de las masas, reducir el programa de la revolución a unas pocas consignas claras y simples y reemplazarlas según la dinámica de la lucha. En esto consiste la política revolucionaria.

V. COMUNISMO, ANARCOSINDICALISMO, SOCIALDEMOCRACIA

Como es de rigor, los acontecimientos españoles han empezado por pasar inadvertidos para la dirección de la Internacional Comunista. Manuilski, "jefe" de los países latinos, declaraba aún recientemente que los acontecimientos de España no eran dignos de atención. No podía ser de otro modo. Esa gente proclamaba en 1928 que Francia se hallaba en vísperas de la revolución proletaria. Después que durante tanto tiempo habían amenizado un entierro con su música nupcial, no podían acoger una boda con una marcha fúnebre. Obrar de otro modo significaba para ellos traicionarse a sí mismos. Cuando resultó, sin embargo, que los acontecimientos de España, no previstos por el

calendario del “tercer periodo”, seguían desarrollándose, los jefes de la Internacional Comunista sencillamente decidieron callar; esto, en todo caso, era más prudente. Pero los acontecimientos de diciembre no hicieron posible la continuación del silencio. Y de nuevo, de acuerdo rigurosamente con la tradición, el jefe de los países latinos describió sobre su propia cabeza un círculo de 180°. Nos referimos al artículo de *Pravda* del 17 de diciembre.

En dicho artículo la dictadura de Berenguer, como la dictadura de Primo de Rivera, es declarada “régimen fascista”. Mussolini, Mateotti, Primo de Rivera, MacDonald, Chang Kai Chek, Berenguer, Dan, todo eso son variedades del fascismo. Puesto que existe una palabra a punto, ¿qué necesidad hay de pensar? Lo único que queda es añadir a esta lista, para completarla, el régimen “fascista” del Negus de Abisinia. Con respecto al proletariado español, *Pravda* comunica que este no solamente “va asimilándose cada día más rápidamente el programa y las consignas del partido comunista español”, sino que “ha comprendido ya que en la revolución le corresponde la hegemonía”. Al mismo tiempo, los telegramas oficiales de París dan cuenta de la constitución de sóviets de campesinos en España. Como se sabe, bajo la dirección estalinista son, ante todo, los campesinos los que se asimilan y realizan el sistema de los sóviets (¡China!). Si el proletariado “ha comprendido ya que en la revolución le corresponde la hegemonía”, y los campesinos han empezado a organizar sóviets, y todo esto bajo la dirección del partido comunista oficial, la victoria de la revolución española se puede considerar como asegurada, por lo menos hasta el momento en que el “Ejecutivo” de Madrid sea acusado por Stalin y Manuilski de haber aplicado erróneamente la línea general, que, dicho sea de paso, se revela en el texto de *Pravda* superficial y llena de errores. Corrompidos hasta la médula por su propia política, estos “jefes” no son capaces de aprender de la experiencia.

En realidad, a pesar de las poderosas proporciones tomadas por la lucha, los factores subjetivos de la revolución — partido, organización de las masas, consignas — se hallan extraordinariamente retrasados con respecto a los objetivos del movimiento, y en este atraso consiste hoy el principal peligro. El desarrollo semiespontáneo de las huelgas, determinantes de sacrificios y derrotas, o que terminan en nada, constituye una etapa completamente inevitable de la revolución, un periodo de despertar de las masas, de su movilización y de

su entrada en lucha. No hay que olvidar que en el movimiento toma parte no sólo de la "élite" de los obreros, sino toda su masa. Van a la huelga los obreros de las fábricas, pero asimismo los artesanos, los chóferes y panaderos, los obreros de la construcción y, finalmente, los jornaleros agrícolas. Los veteranos ejercitan sus músculos, los nuevos reclutas aprenden. A través de estas huelgas la clase empieza a sentirse clase.

Sin embargo, lo que en la etapa actual constituye la fuerza del movimiento — su carácter espontáneo — puede convertirse mañana en su debilidad. Admitir que el movimiento siga en lo sucesivo librado a sí mismo, sin un programa claro, sin una dirección propia, significaría admitir una perspectiva sin esperanzas. No hay que olvidar que se trata nada menos que de la conquista del poder. Aun las huelgas más turbulentas, y con tanto mayor motivo esporádicas, no pueden resolver este problema. Si en el proceso de la lucha el proletariado no tuviera la sensación en los meses próximos de la claridad de los objetivos y de los métodos, de que sus filas se cohesionan y robustecen, se iniciaría inevitablemente en él la desmoralización. Los anchos sectores, impulsados por primera vez por el movimiento actual, caerían en la pasividad. En la vanguardia, a medida que se sintiera vacilar el terreno bajo los pies, empezarían a resucitar las tendencias de acción de grupos y de aventurismo en general. En este caso, ni los campesinos ni los elementos pobres de las ciudades hallarían una dirección prestigiosa. Las esperanzas suscitadas se convertirían rápidamente en desengaño y exasperación. Se crearía en España una situación parecida hasta cierto punto ala de Italia después del otoño de 1920. Si la dictadura de Primo de Rivera fue no una dictadura fascista, sino una dictadura de camarillas militares típicamente española que se apoyaba en determinados sectores de las clases poseyentes, en caso de producirse las condiciones más arriba indicadas — pasividad y actitud expectativa del partido revolucionario y carácter espontáneo del movimiento de las masas —, en España podría aparecer un terreno propicio para un fascismo auténtico. La gran burguesía podría apoderarse de las masas pequeñoburguesas, sacadas de su equilibrio, decepcionadas y desesperadas, y dirigir su indignación contra el proletariado. Hoy nos hallamos aún lejos de esto. Pero no hay tiempo que perder.

Aun admitiendo por un instante que el movimiento revolucionario dirigido por el ala revolucionaria de la burguesía — oficiales,

estudiantes, republicanos — pueda conducir a la victoria, la esterilidad de esta victoria resultaría, a fin de cuentas, igual a una derrota. Los republicanos españoles, como ya se ha dicho, permanecen enteramente en el terreno de las relaciones de propiedad actual. No se puede esperar de ellos ni la expropiación de la gran propiedad agraria, ni la liquidación de la situación privilegiada de la Iglesia católica, ni el baldeo radical de los establos de Augías de la burocracia civil y militar. La camarilla monárquica sería reemplazada sencillamente por la camarilla republicana. Y tendríamos una nueva edición de la efímera e infructuosa república de 1873.

El hecho de que los jefes socialistas vayan a la cola de los republicanos es completamente normal. Ayer la socialdemocracia apoyaba con el hombro derecho a la dictadura de Primo de Rivera. Hoy apoya con el hombro izquierdo a los republicanos. La finalidad superior de los socialistas, los cuales no tienen ni pueden tener una política propia, consiste en la participación en un gobierno burgués sólido. Con esta condición, en fin de cuentas, no tendrían incluso ningún inconveniente en conciliarse con la monarquía.

Pero el ala derecha de los anarcosindicalistas no se halla garantizada contra la posibilidad de seguir este mismo camino: los acontecimientos de diciembre constituyen en este sentido una gran lección y una severa advertencia.

La Confederación Nacional del Trabajo agrupa indiscutiblemente a su alrededor a los elementos más combativos del proletariado. En dicha organización la selección se ha efectuado en el transcurso de una serie de años. Reforzar dicha confederación, convertirla en una verdadera organización de masas es el deber de todo obrero avanzado y ante todo del comunista. Se puede asimismo contribuir a ello actuando en el interior de los sindicatos reformistas, denunciando incansablemente la traición de sus jefes e incitando a los obreros a agruparse en el marco de una confederación sindical única. Las condiciones de la revolución favorecerán extraordinariamente esta labor.

Pero al mismo tiempo no debemos hacer ninguna ilusión respecto a la suerte del anarcosindicalismo como doctrina y como método revolucionario. El anarcosindicalismo, con su carencia de programa revolucionario y su incomprensión del papel del partido, desarma al proletariado. Los anarquistas “niegan” la política hasta

que esta les coge por el pescuezo: entonces dejan el sitio libre para la política de la clase enemiga. ¡Así fue en diciembre!

Si el partido socialista adquiriera durante la revolución una situación dirigente en el proletariado, sería capaz sólo de una cosa: de transmitir el poder conquistado por la revolución a las manos agujereadas del ala republicana, de las cuales pasaría automáticamente luego a los que lo detentan actualmente. El gran parto terminaría en un aborto.

Por lo que se refiere a los anarcosindicalistas, podrían hallarse a la cabeza de la revolución sólo en el caso de que renunciaran a sus prejuicios anarquistas. Nuestro deber consiste en ayudarlos en este sentido. Hay que suponer que, en realidad, parte de los jefes sindicalistas se pasará a los socialistas o será dejada de lado por la revolución; los verdaderos revolucionarios estarán con nosotros; las masas irán con los comunistas, lo mismo que la mayoría de los obreros socialistas.

La ventaja de las situaciones revolucionarias consiste precisamente en que las masas aprenden con gran rapidez. La evolución de estas últimas provocará inevitablemente diferenciaciones y escisiones no sólo entre los socialistas, sino también entre los sindicalistas. En el transcurso de la revolución son inevitables los acuerdos prácticos con los sindicalistas revolucionarios. Nos mostraremos lealmente fieles a estos acuerdos. Pero sería verdaderamente funesto introducir en los mismos elementos de equívoco, de reticencia, de falsedad. Incluso en los días y las horas en que los obreros comunistas luchan al lado de los obreros sindicalistas, no se puede destruir la barrera de principios, disimular las divergencias o atenuar la crítica de la falsa posición del aliado. Sólo con esta condición quedará garantizado el desarrollo progresivo de la revolución.

VI. JUNTA REVOLUCIONARIA Y PARTIDO

Atestigua hasta qué punto el proletariado tiende a una acción mancomunada la jornada del 15 de diciembre, caracterizada por el hecho de que los obreros se levantaron simultáneamente no sólo en las grandes ciudades, sino también en las poblaciones secundarias aprovechándose de la señal de los republicanos porque ellos no disponen de un vocero propio suficientemente sonoro. Por lo visto, la derrota

del movimiento no ha provocado ni una sombra de decepción. La masa considera las propias acciones como experimentos, como escuela, como preparación. Es este uno de los rasgos más elocuentes de los periodos de *impulso revolucionario*.

El proletariado, si quiere entrar en la senda de las grandes acciones, tiene necesidad, ya en el momento presente, de una organización que se levante por encima de las separaciones políticas, nacionales, provinciales y sindicales existentes en las filas del proletariado y que corresponda a la envergadura tomada por la lucha revolucionaria actual. Una organización tal, elegida democráticamente por los obreros de las fábricas, de los talleres, de las minas, de los establecimientos comerciales, del transporte ferroviario y marítimo, por los proletarios de las ciudades y del campo, no puede ser más que el sóviet. Los epígonos han causado un daño incalculable al movimiento revolucionario en todo el mundo al afirmar en muchas mentes el prejuicio de que los sóviets se crean únicamente para las necesidades del levantamiento armado y únicamente en vísperas del mismo.

En realidad los sóviets se constituyen cuando el movimiento revolucionario de las masas obreras, aunque se halle lejos todavía de la insurrección, engendra la necesidad de una organización amplia y prestigiosa capaz de dirigir los combates políticos y económicos que abarcan simultáneamente establecimientos y profesiones diversas. Sólo a condición de que los sóviets, durante el periodo preparatorio de la revolución, penetren en el seno de la clase obrera, resultarán capaces de desempeñar un papel directivo en el momento de la lucha inmediata por el poder. Ciertamente, la palabra sóviet ha adquirido ahora, después de 13 años de existencia del régimen soviético, un sentido considerablemente distinto del que tenía en 1905 o a principios de 1917, cuando los sóviets surgían no como órganos del poder, sino únicamente como organizaciones combativas de la clase obrera. La palabra Junta, íntimamente ligada con toda la historia de la revolución española, expresa de un modo insuperable esta idea. La creación de *Juntas obreras* está a la orden del día en España.

En la situación actual del proletariado, la organización de Juntas presupone la participación en las mismas de los caudillos de la lucha huelguística, comunistas, anarcosindicalistas, socialdemócratas y sin partido. ¿Hasta qué punto se puede contar con la participación de los anarcosindicalistas y socialdemócratas en los sóviets? Es imposible

predecirlo desde lejos. El empuje del movimiento obligaría indudablemente a muchos sindicalistas y acaso aún a una parte de los socialistas a ir más allá de lo que quisieran si los comunistas saben plantear con la debida energía el problema de las Juntas obreras.

Con la presión de las masas, las cuestiones prácticas de la organización de los sóviets, de las normas de representación, del momento y los procedimientos de elección, etc., etc., pueden y deben ser objeto de *acuerdo* no sólo de todas las fracciones comunistas entre sí, sino también con los sindicalistas y socialistas dispuestos a ir ala creación de dichos organismos. Los comunistas, ni que decir tiene, en todas las etapas de la lucha actuarán con sus banderas desplegadas.

Contrariamente a lo que supone la novísima teoría del estalinismo, es poco probable que las Juntas campesinas, como organizaciones electivas, surjan, al menos en un número considerable, antes de la toma del poder por el proletariado. En el periodo preparatorio, es más probable que se desenvuelvan en el campo otras formas de organización fundadas no en el principio electivo, sino en la selección individual: asociaciones campesinas, comités de campesinos pobres, células comunistas, sindicatos de obreros agrícolas, etc. Sin embargo, ya ahora se puede poner a la orden del día la propaganda en favor de las *Juntas campesinas* sobre la base del programa agrario revolucionario.

La insurrección republicana de diciembre de 1930 será indudablemente inscrita en la historia como un jalón entre dos épocas de la lucha revolucionaria. El ala izquierda de los republicanos estableció contacto con los jefes de las organizaciones obreras a fin de obtener la unidad de acción. Los obreros desarmados tuvieron que desempeñar el papel de coro cerca de los corifeos republicanos. Este objetivo fue realizado en la medida necesaria para poner de manifiesto de una vez para siempre la incompatibilidad del complot militar con la huelga revolucionaria. El gobierno halló en el interior del propio ejército suficientes fuerzas contra el complot militar, que oponía un arma a la otra. Y la huelga, privada de objetivo independiente y de dirección propia, quedó reducida a nada tan pronto la sublevación militar fue vencida.

El papel revolucionario del ejército, no como instrumento de los experimentos de la oficialidad, sino como parte armada del pueblo, se halla determinado en fin de cuentas por el papel de los obreros y de las masas campesinas en la marcha de la lucha. Para que la huelga revolucionaria pueda obtener la victoria, ha de enfrentar a los

obreros y al ejército. Por importantes que sean los elementos puramente militares de este choque, la política predomina. La masa puede ser conquistada sólo planteando de un modo claro los fines sociales de la revolución.

Para llevar a cabo eficazmente todas estas tareas son necesarias tres condiciones: el partido, el partido y el partido.

Es difícil juzgar desde lejos cómo se formarán las relaciones entre las distintas organizaciones y grupos comunistas actualmente existentes y cuál será el destino en el futuro. La experiencia lo mostrará. Los grandes acontecimientos someten infaliblemente a prueba las ideas, las organizaciones y los hombres. Si la dirección de la Internacional Comunista se muestra incapaz de proponer a los obreros españoles algo más que una falsa política, el mando burocrático y la escisión, el verdadero partido comunista de España se formará y templará fuera del marco oficial de la Internacional Comunista. Sea como sea, el partido debe ser creado. Dicho partido debe ser único y centralizado.

La clase obrera no puede en ningún caso constituir su organización política de acuerdo con el principio federativo. El partido comunista, que no es el prototipo del régimen estatal futuro de España, sino la palanca de acero destinada a derrumbar el régimen existente, no puede ser organizado más que a base de los principios del centralismo democrático.

La *Junta* proletaria será la vasta arena en que cada partido y cada grupo serán sometidos a prueba a la vista de las grandes masas. Los comunistas opondrán la divisa del frente único de los obreros a la práctica de la coalición de los socialistas y parte de los sindicalistas con la burguesía. Sólo el frente único revolucionario hará que el proletariado inspire la confianza necesaria a las masas oprimidas de la ciudad y del campo. La realización del frente único es concebible sólo bajo la bandera del comunismo. La Junta tiene necesidad de un partido dirigente. Sin una firme dirección, se convertiría en una forma vacía de organización y caería indefectiblemente bajo la dependencia de la burguesía.

A los comunistas españoles les está asignada, por consiguiente, una gran misión histórica. Los obreros avanzados de todos los países seguirán con apasionada atención el desarrollo del gran drama revolucionario que tarde o temprano exigirá de ellos no sólo simpatía, sino ayuda efectiva. ¡Estaremos con el arma al brazo!

Los diez mandamientos del comunista español

Kadikei, 15 de abril de 1931

1. La monarquía ha perdido el poder, pero espera reconquistarlo. Las clases poseedoras están todavía firmes en sus estribos. El bloque de republicanos y socialistas se ha colocado en el terreno del cambio republicano para evitar que las masas tomen el camino de la revolución socialista. ¡Desconfiad de las palabras! ¡Actuar es lo que hace falta! ¡Para comenzar: detención de los dirigentes más destacados y sostenedores del antiguo régimen, confiscación de los bienes de la dinastía y de sus lacayos más comprometidos! ¡Armamento para los obreros!

2. El gobierno, apoyándose en republicanos y socialistas, se esforzará por todos los medios por ampliar sus bases hacia la derecha, en dirección de la gran burguesía, e intentará capitular a fin de neutralizar a la Iglesia. El gobierno es un gobierno de explotadores creado para protegerles de los explotados. El proletariado está en oposición irreconciliable con el gobierno de los agentes republicanos “socialistas” de la burguesía.

3. La participación de los socialistas en el poder significa que irán acrecentándose los choques violentos entre obreros y jefes socialistas. Esto abre amplias posibilidades a la política revolucionaria del frente único. Cada huelga, cada manifestación, cada acercamiento de los obreros a los soldados, cada paso de la masa hacia la verdadera democratización del país, se va a enfrentar de ahora en adelante con la resistencia de los jefes socialistas como hombres “del orden”. Por consiguiente, es tanto más importante para los obreros comunistas el participar en el frente único con los obreros socialistas, sindicalistas y sin partido, y arrastrarles más tarde detrás de ellos.

4. Los obreros comunistas constituyen hoy una pequeña minoría en el país. No pueden aspirar al poder de una manera inmediata. Actualmente no pueden proponerse como objetivo práctico la caída violenta del gobierno republicano-socialista. Toda tentativa en este sentido sería una aventura catastrófica. Es necesario que las masas de obreros, soldados y campesinos atraviesen la etapa de las ilusiones republicanas "socialistas" a fin de liberarse de ella más radical y definitivamente. No engañarse con frases, observar los hechos con los ojos muy abiertos, preparar tenazmente la segunda revolución, la revolución proletaria.

5. La tarea de los comunistas en el periodo actual, consiste en ganarse a la mayoría de los obreros, la mayoría de los soldados, la mayoría de los campesinos. ¿Qué hace falta para eso? Agitar, educar a los cuadros, "explicar con paciencia" (Lenin), organizar. Todo eso a base de la experiencia de las masas y de la participación activa de los comunistas en esta experiencia: la política amplia y audaz del frente único.

6. Con el bloque republicano-socialista o bien con partes de éste, los comunistas no deben hacer ninguna transacción que pueda limitar o debilitar de una forma directa o indirecta la libertad de crítica y de agitación comunista. Los comunistas explicarán, por todas partes y sin descanso, a las masas populares que en las luchas contra todas las variedades de la contrarrevolución monárquica estarán en primera fila, pero que para semejante lucha no es necesario ninguna alianza con los republicanos y los socialistas, cuya política estará inevitablemente basada en concesiones a la reacción e intentarán ocultar las intrigas de ésta.

7. Los comunistas lanzan las más radicales consignas democráticas: libertad completa para las organizaciones proletarias, libertad de auto administración local, elegibilidad de todos los funcionarios por el pueblo, admisión al voto de hombres y mujeres a partir de 18 años, etc., creación de una milicia obrera y, más tarde, de una milicia campesina. Confiscación de todos los bienes de la dinastía y de los bienes de la Iglesia en favor del pueblo, en primer lugar en favor de los parados, de los campesinos pobres y para el mejoramiento de la situación de los soldados. Separación completa de la Iglesia y del Estado. Todos los derechos cívicos y libertades a los soldados. Elegibilidad de los oficiales en el ejército. El soldado no es un verdugo del

pueblo, tampoco un mercenario armado de los ricos, ni un pretoriano, sino un ciudadano revolucionario, hermano de sangre del obrero y del campesino.

8. La consigna central del proletariado es la de s3oviet obrero. Esta consigna deber1 anunciarse, popularizarse incansable y constantemente, y a la primera ocasi3n hay que proceder a su realizaci3n. El s3oviet obrero no significa la lucha inmediata por el poder. Es 3sa sin duda la perspectiva, pero a la que la masa s3lo puede llegar por el camino de su experiencia y con la ayuda del trabajo de clarificaci3n de los comunistas. El s3oviet obrero significa hoy la reuni3n de las fuerzas diseminadas del proletariado, la lucha por la unidad de la clase obrera, por su autonom1a. El s3oviet obrero se encarga de los fondos de huelga, de la alimentaci3n de los parados, del contacto con los soldados a fin de evitar encuentros sangrientos entre ellos, de los contactos entre la ciudad y el pueblo, con objeto de asegurar la alianza de los obreros con los campesinos pobres. El s3oviet obrero incorpora representantes de los contingentes militares. Es as1 solamente, como el s3oviet llegar1 a ser el 3rgano de la insurrecci3n proletaria y, m1s tarde, el 3rgano del poder.

9. Los comunistas deben elaborar inmediatamente un programa agrario revolucionario. La base de 3ste tiene que ser la confiscaci3n de las tierras de las clases privilegiadas y ricas, de los explotadores, empezando por la dinast1a y la Iglesia, a favor de los campesinos pobres y de los soldados. Este programa debe adaptarse concretamente a las diferentes zonas del pa1s. Teniendo particularidades econ3micas e hist3ricas singulares, es necesario crear inmediatamente en cada provincia una comisi3n para la elaboraci3n concreta del programa agrario en estrecha relaci3n con los campesinos revolucionarios de la regi3n. Es necesario saber comprender la voz de los campesinos para formularla de una manera clara y precisa.

10. Los socialistas que se dicen de izquierda (entre los cuales hay honrados obreros) invitar1n a los comunistas a hacer un bloque e incluso a unificar las organizaciones. A esto los comunistas responden: "Estamos dispuestos, en el inter3s de la clase obrera y para la soluci3n de determinadas tareas concretas, a trabajar unidos con todo grupo y con toda organizaci3n proletaria. Con este fin proponemos correctamente la creaci3n de s3oviets. Representantes obreros, pertenecientes a diferentes partidos, discutir1n en esos s3oviets sobre todas

las cuestiones actuales y todas las tareas inmediatas. El sóviet obrero es la forma más natural, más abierta, más honesta y más sana de la alianza en vista del trabajo común. En el sóviet obrero, nosotros los comunistas, propondremos nuestras consignas y nuestras soluciones y nos esforzaremos para convencer a los obreros de lo correcto de nuestro camino. Cada grupo debe gozar en el seno del sóviet obrero de una entera libertad de crítica. En la lucha para los objetivos prácticos propuestos por el sóviet, nosotros, los comunistas, estaremos siempre en primera fila". Esta es la forma de colaboración que los comunistas proponen fraternalmente a los obreros socialistas, sindicalistas y sin partido.

Asegurando la unidad en sus propias filas, los comunistas ganarán la confianza del *proletariado* y de la gran mayoría de campesinos pobres, con su brazo armado *ellos tomarán el poder*, y abrirán la era de la revolución socialista.

La revolución española y los peligros que la amenazan

La dirección de la Internacional Comunista ante los acontecimientos de España

28 de mayo de 1931

La revolución española avanza y en el proceso de lucha crecen sus fuerzas internas, pero al mismo tiempo crecen los peligros. No hablamos de los peligros con origen en las clases dominantes y en sus servidores políticos: socialistas y republicanos. Todos son enemigos declarados y la postura frente a ellos es evidente. Pero también existen peligros internos.

Los obreros españoles miran con confianza a la Unión Soviética nacida de la Revolución de Octubre, y esto constituye un capital precioso para el comunismo. La defensa de la Unión Soviética es el deber de todo obrero revolucionario. Pero no podemos permitir que se abuse de la fidelidad de los obreros a la Revolución de Octubre para imponerles una política que contradice todas las lecciones y enseñanzas legadas por Octubre.

Hay que hablar claramente. Hay que hacerse entender por la vanguardia del proletariado español e internacional: *un peligro inmediato, que proviene de la actual dirección de la Internacional Comunista, amenaza en España a la revolución proletaria*. Cualquier revolución puede ser aniquilada, incluso la más prometedor: lo ha demostrado la experiencia de la revolución alemana de 1923 y, de modo más restallante, la de la revolución china de 1925-1927. En ambos casos, el desastre tuvo por causa inmediata la errónea dirección política. Ahora le ha llegado el turno a España. Los dirigentes de la Internacional Comunista no han aprendido nada de sus errores pasados. Lo que es peor, para disimularlos, los justifican. En lo que de ellos

depende, preparan a la revolución española la suerte que conoció la revolución china.

Durante dos años se ha engañado a los obreros avanzados con la infortunada teoría del “tercer período”, que ha debilitado y desmoralizado a la Internacional Comunista. Al fin, la dirección se ha batido en retirada, pero ¿cuándo? Precisamente en el momento en que la crisis mundial determinaba un cambio radical de la situación y hacía aparecer los inicios de una ofensiva revolucionaria. Durante ese tiempo, la Internacional Comunista ni siquiera entendía lo que pasaba en España. Manuilsky declaraba — y Manuilsky desempeña hoy las funciones de jefe de la Internacional Comunista — que los acontecimientos de España no merecían ninguna atención.

En nuestro estudio *La revolución española y las tareas de los comunistas*, escrito antes de los acontecimientos de abril, estimábamos que la burguesía, adornándose con los diversos matices del republicanismo, se esforzaría, hasta el último momento, por preservar la alianza con la monarquía. “A decir verdad — escribíamos —, no puede excluirse la posibilidad de que las clases poseedoras se vean obligadas a sacrificar a la monarquía para salvarse ellas mismas (ejemplo: Alemania)”. Estas líneas sirvieron de pretexto a los estalinistas — naturalmente después de los acontecimientos — para hablar de un pronóstico falso*. Gente que nunca ha previsto nada pide a los demás no pronósticos marxistas, sino previsiones teosóficas, para saber qué día y en qué forma se producirán los acontecimientos. Así es como los enfermos ignorantes y supersticiosos exigen milagros de la medicina. La previsión marxista sirve para ayudar a orientar a la gente sobre el sentido general del desarrollo de los acontecimientos y para interpretar las situaciones “inesperadas”.

El que la burguesía española haya decidido separarse de la monarquía se explica por dos razones igualmente importantes. El impetuoso desbordamiento de las masas obligó a la burguesía a servir de Alfonso, odiado por el pueblo, como chivo expiatorio. Pero esta maniobra, que implicaba serios riesgos, sólo ha podido realizarla la burguesía española gracias a la confianza de las masas en los

* Los estalinistas americanos se distinguieron por su celo. Es difícil imaginar hasta qué columnas de Hércules pueden llegar la vulgaridad y la estupidez de funcionarios pagados para decir semejantes tonterías sin control de nadie. (Nota de León Trotsky.)

republicanos y los socialistas, y también a que en el cambio de régimen no había que contar con el peligro comunista. Por tanto, la variante histórica que se ha realizado en España es el resultado de la fuerza de la presión popular por una parte, y de la debilidad de la Internacional Comunista, por otra. Hay que empezar constatando estos hechos. El principio fundamental de la táctica debe ser no sobreestimar las propias fuerzas si se desea acrecentarlas. Pero esta regla no tiene importancia para la burocracia de los epígonos. Si en vísperas de los acontecimientos Manuisky predecía que no ocurriría nada importante, a continuación del golpe de Estado, el insustituible Péri, encargado de suministrar informaciones falsas sobre los países latinos, envió telegramas diciendo que el proletariado español apoyaba casi exclusivamente al Partido Comunista y que los campesinos españoles creaban sóviets. *Pravda* publicaba estas estupideces, completándolas con otras, afirmando que los “trotskistas” se arrastran tras Alcalá Zamora, cuando lo cierto es que éste encarcelaba, y lo sigue haciendo, a los comunistas de izquierda... Por último, el 14 de mayo *Pravda* publicaba un artículo de fondo titulado “España en llamas” que pretendía tener un carácter programático, y que representa la condensación de los errores de los epígonos, traducidos al lenguaje de la revolución española.

¿QUÉ ACTITUD TOMAR ANTE LAS CORTES?

Pravda intenta partir de la indiscutible verdad de que la propaganda es insuficiente en sí misma. “El Partido Comunista debe decir a las masas lo que deben hacer hoy”. Pero ¿qué propone *Pravda*? Agrupar a los obreros “para desarmar a la reacción, para armar al proletariado, para elegir comités de fábrica, para imponer con la acción directa la jornada de siete horas, etc.”. “Etc.”, esa es la palabra escrita en *Pravda*. Las consignas enumeradas son indiscutibles, aunque no estén relacionadas unas con otras y les falte la ordenación lógica que reclama el desarrollo de las masas. Pero lo que es sorprendente es que el editorial de *Pravda* ni siquiera mencione las *elecciones a las Cortes*, como si no existiera este acontecimiento político en la vida de la nación española, o como si los obreros no tuvieran que ocuparse de él. ¿Qué significa este mutismo?

Aparentemente, la revolución republicana se realizó por medio de las elecciones municipales. En cualquier caso, la revolución tiene su origen en causas mucho más profundas, de las que ya habíamos hablado antes de la caída del gobierno Berenguer. Pero la liquidación de la monarquía mediante procedimientos "parlamentarios" se realizó en beneficio de los republicanos burgueses y de la democracia pequeñoburguesa. Muchos son los obreros españoles que creen todavía que los problemas esenciales de la vida social pueden ser resueltos con la papeleta electoral. Esta ilusión sólo puede borrarla la experiencia. Pero ¿cómo facilitar la realización de esta experiencia? ¿Volviendo la espalda a las Cortes o, por el contrario, participando en las elecciones? Hay que responder a esa cuestión.

Además del editorial citado más arriba, el mismo periódico publica un artículo "teórico" (números del 7 y 10 de mayo) que pretende ofrecer un análisis marxista de las fuerzas internas de la revolución española y una definición bolchevique de su estrategia. En este artículo tampoco se menciona, ni una sola vez, a las Cortes: ¿hay que boicotear las elecciones o participar? En general, *Pravda* no se pronuncia sobre las consignas y tareas de la democracia política, a pesar de caracterizar la revolución como democrática. ¿Qué sentido tiene esta reticencia? Se puede *participar* en las elecciones o se las puede *boicotear*. Pero ¿es posible *permanecer en silencio*?

Con respecto a las Cortes de Berenguer, la táctica de boicot era completamente correcta. Desde antes de las elecciones era evidente que, o bien Alfonso lograba volver al camino de la dictadura militar, o bien el movimiento desbordaría a Berenguer y sus Cortes. En semejantes condiciones, los comunistas debían tomar la iniciativa de luchar por el boicot a las Cortes, y eso es precisamente lo que intentábamos hacer entender, utilizando los escasos medios de que disponíamos.*

Si los comunistas españoles se hubieran pronunciado a tiempo y con firmeza a favor del boicot, propagando ampliamente su posición, su prestigio se habría acrecentado considerablemente con la caída del gobierno Berenguer. Los obreros avanzados se habrían dicho: "Esta

* La Oposición de Izquierda no cuenta con prensa diaria. Nos veíamos reducidos a desarrollar en cartas las ideas que deberían formar el contenido de los artículos cotidianos. (Nota de L. Trotsky.)

gente es capaz de prever". Desafortunadamente, los comunistas españoles, desorientados por la dirección de la Internacional Comunista, no comprendieron la situación y estaban decididos, aun sin convicción, a participar en las elecciones. Han sido desbordados por los acontecimientos, y la primera victoria de la revolución no ha aumentado apenas la influencia de los comunistas.

Actualmente, el gobierno Zamora se encarga de la convocatoria de Cortes Constituyentes. ¿Hay motivos para creer que la convocatoria de estas Cortes será impedida por una segunda revolución? De ningún modo. Son perfectamente posibles potentes movilizaciones de masas, pero sin programa, sin partido, sin dirección, estas movilizaciones no podrán conducir a una segunda revolución. El boicot sería en la actualidad la consigna propia de un partido aislado del movimiento. Es preciso participar activamente en las elecciones.

EL CRETINISMO PARLAMENTARIO DE LOS REFORMISTAS Y EL CRETINISMO ANTIPARLAMENTARIO DE LOS ANARQUISTAS

El cretinismo parlamentario es una enfermedad detestable, pero el cretinismo antiparlamentario no vale mucho más, como nos demuestra claramente la actividad de los anarcosindicalistas españoles. La revolución plantea los problemas políticos en toda su magnitud y, *en su fase actual*, les da la forma parlamentaria. La atención de la clase obrera debe centrarse necesariamente en las Cortes, y es ya previsible que incluso los anarcosindicalistas acabarán votando "a título individual" a favor de los socialistas e incluso de los republicanos. En España, más aún que en cualquier otro lugar, es imposible luchar contra las ilusiones parlamentarias sin combatir la metafísica antiparlamentarista de los anarquistas.

En una serie de artículos y cartas, hemos demostrado la considerable importancia de las consignas democráticas para el desarrollo ulterior de la revolución española. La solidaridad con los parados, la jornada de siete horas, la revolución agraria, la autodeterminación nacional, todas estas cuestiones vitales y profundas enlazan, de un modo u otro, en la conciencia de la aplastante mayoría de los obreros españoles —incluidos los anarcosindicalistas— con las futuras Cortes. Durante el período de Berenguer era necesario boicotear las

Cortes graciosamente otorgadas por Alfonso en nombre de las *Cortes Constituyentes revolucionarias*. La propaganda debía abordar en primer lugar la cuestión del derecho electoral. La democracia soviética es, por supuesto, incomparablemente superior a la democracia burguesa. Pero los sóviets no caen del cielo. Es preciso ir allí a buscarlos.

Entre los que se dicen marxistas se encuentran muchos que profesan un soberbio desprecio hacia, por ejemplo, el sufragio universal, igual, directo y secreto para hombres y mujeres a partir de los dieciocho años. Sin embargo, si los comunistas españoles hubieran planteado a tiempo esa consigna, defendiéndola en discursos, artículos y manifiestos, habrían conquistado una enorme popularidad. Precisamente porque las masas populares tienden a sobreestimar la fuerza creadora de las Cortes, es por lo que todo obrero consciente, todo campesino revolucionario, quiere participar en las elecciones. Ni por un momento compartimos las ilusiones de las masas, pero debemos utilizar a fondo lo que de *progresivo* se oculta bajo esas ilusiones. De otro modo, no seríamos revolucionarios, sino despreciables pedantes. Si se conceden los derechos electorales a los más jóvenes, millares de obreros y campesinos, hombres y mujeres, se interesarán directamente en las elecciones, y son precisamente ellos, los jóvenes, los activos, los llamados a hacer la segunda revolución. Oponer las jóvenes generaciones a los socialistas, que se apoyan en los obreros de más edad, es, sin duda, el deber elemental de la vanguardia comunista.

Pero continuemos. El gobierno Zamora quiere que las Cortes adopten una Constitución que instituya dos Cámaras. Las masas revolucionarias, que acaban de derrocar a la monarquía y que están impregnadas por la apasionada aspiración a la igualdad y la justicia, acogerán con ardor la agitación de los comunistas contra el plan de la burguesía, cuyo objeto es imponer al pueblo el peso de una "Cámara de los señores". Esta cuestión *particular* puede adquirir una enorme importancia en la agitación, puede colocar a los socialistas en una situación difícil, abrir una brecha entre socialistas y republicanos, es decir, dividir por un tiempo al menos a los enemigos del proletariado y, lo que es mil veces más importante, separar a las masas obreras de los socialistas.

La reivindicación de la jornada de siete horas, formulada por *Pravda*, es correcta, muy importante y urgente. Pero ¿se puede plantear esta reivindicación de forma abstracta, sin tener en cuenta la

situación política y las tareas revolucionarias democráticas? *Pravda* habla *únicamente* de la jornada de siete horas, de los comités de fábrica y del armamento de los obreros, pero ignora deliberadamente la "política" y en ninguno de sus artículos encuentra una palabra que decir sobre las elecciones a Cortes: así, *Pravda* va al reencuentro del anarcosindicalismo, lo alimenta, lo encubre. Sin embargo, el joven obrero, a quien republicanos y socialistas niegan el derecho al voto, aunque la legislación burguesa le juzga lo suficientemente maduro para ser explotado por el capital, y a quien se pretende imponer una Cámara alta, se decidirá mañana a combatir esas ignominias, volviendo la espalda a los anarquistas y empuñando el fusil.

Cuando se lanza la consigna de *armamento de los obreros* al margen de las realidades de la vida política de las masas, se corre el riesgo de aislarse de ellas y también de alejarlas de la necesidad de emplear las armas.

La cuestión del *derecho de las nacionalidades a disponer de sí mismas* ha adquirido una importancia excepcional en España. Esta consigna es también propia del pensamiento democrático. Aunque nuestra posición no es impulsar a los catalanes y los vascos a separarse de España, nuestro deber es luchar por que se les reconozca el derecho a la separación siempre que deseen hacer uso del mismo. ¿Cómo saber cuál es su deseo? Muy fácil. Hay que organizar la consulta en las provincias interesadas sobre la base del sufragio universal, igual, directo y secreto. Actualmente no existe otro procedimiento. Más adelante, las cuestiones de las nacionalidades como tantas otras serán determinadas por sóviets que serán órganos de la dictadura del proletariado. Pero no podemos pedir a los obreros que constituyan sóviets en cualquier circunstancia, sino orientarles hacia esa solución. Aún menos podemos llevar a un pueblo entero tras unos sóviets que el proletariado no constituirá hasta más adelante. Sin embargo, es indispensable ofrecer una respuesta clara al problema actual. En el mes de mayo, los municipios de Cataluña fueron llamados a elegir sus diputados para elaborar una constitución provisional catalana, es decir, para determinar cuáles serían las relaciones de Cataluña con el resto de España. ¿Es que los obreros catalanes pueden mostrarse indiferentes ante el hecho de que la democracia pequeñoburguesa, sometida como siempre al gran capital, intente decidir la suerte del pueblo catalán por medio de elecciones antidemocráticas?

La consigna del derecho de las nacionalidades a disponer de sí mismas, separada de otras consignas que la concretan — las propias de la democracia política — se convierte en una fórmula vacía, sin contenido, o lo que es peor, en un modo de engañar a la gente.

Durante cierto tiempo, todas las cuestiones de la revolución española se refractarán, de un modo u otro, en el prisma parlamentario. Los campesinos esperarán con ansiedad la respuesta de las Cortes a la *cuestión agraria*. ¿No es fácil comprender la importancia que podría tener, en las condiciones actuales, un programa agrario comunista defendido desde la tribuna de las Cortes? Pero para eso es preciso tener un programa agrario claro y conquistar el acceso a la tribuna parlamentaria. Ya sabemos que las Cortes no resolverán la cuestión de la tierra. Sabemos que la solución está en la iniciativa audaz de las masas campesinas. Pero para impulsar esta iniciativa, los comunistas necesitan la tribuna de las Cortes como medio de ligarse a las masas. Esto impulsará una actividad que sobrepasará en mucho a la de las propias Cortes; en esto reside la corrección de la utilización revolucionaria del parlamento.

¿Cómo explicarse entonces que la dirección de la Internacional Comunista se calle respecto a esta cuestión? Únicamente porque se ve apresada por su propio pasado. Los estalinistas rechazaron ruidosamente la consigna de la Asamblea Constituyente en China. El VI Congreso calificó oficialmente de “oportunistas” las consignas de la democracia política en los países coloniales. El ejemplo de España, país incomparablemente más avanzado que China o la India, demuestra la inconsistencia de las decisiones del VI Congreso. Pero los estalinistas están atados de pies y manos. No se atreven a llamar al boicot y prefieren simplemente callarse. ¡Muera la revolución, pero viva la reputación de infalibilidad de los líderes!*

* El grupo italiano *Prometeo*, bordiguista, rechaza globalmente, para todos los países y pueblos, las consignas democrático-revolucionarias. Este doctrinarismo de sectarios, que en la práctica coincide con la posición de los estalinistas, no tiene nada en común con la posición de los bolcheviques-leninistas. La Oposición Internacional de Izquierda debe rechazar cualquier aparente responsabilidad en este ultraizquierdismo infantil. La reciente experiencia española muestra que las consignas de la democracia política jugarán, sin duda, un papel de extrema importancia en el derrocamiento del régimen fascista en Italia. Intervenir en la revolución española o italiana con el programa de *Prometeo* es como lanzarse al agua con las manos atadas a la espalda: el nadador corre grave riesgo de ahogarse. (Nota de L. Trotsky.)

¿CUÁL SERÁ EL CARÁCTER DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA?

En el artículo teórico citado más arriba, que parece haber sido escrito para embrollar los cerebros, después de varios intentos de definir el carácter de clase de la revolución española, se escribe textualmente: “Aun admitiendo lo dicho (!), sería sin embargo (!) falso caracterizar la revolución española en su etapa actual, como una revolución socialista” (*Pravda*, 10 de mayo). Es suficiente esta frase para valorar el análisis realizado en el artículo. Veamos, se preguntará el lector, ¿existe gente capaz de imaginar, sin correr el riesgo de ser internada en un manicomio, “que en la etapa actual la revolución española pueda ser considerada como socialista”? ¿De dónde ha sacado *Pravda* la idea de la necesidad de una tal “delimitación” y en unos términos tan suaves y convencionales: “Aun admitiendo lo dicho, sería sin embargo falso...”? Se explica esto por el hecho de que los epígonos han encontrado, para desgracia suya, una frase de Lenin sobre la “hipertrofia” de la revolución democrático-burguesa que se transforma en una revolución socialista. No habiendo comprendido a Lenin y olvidando o disfrazando las lecciones de la revolución rusa, han convertido la concepción de “hipertrofia” en base de los más groseros errores oportunistas. En absoluto se trata de sutilezas académicas, sino de una cuestión de vida o muerte para la revolución proletaria. No hace aún mucho tiempo, los epígonos esperaban que la dictadura del Kuomintang encontrara su “hipertrofia” en una dictadura obrera y campesina que a su vez se transformaría en una dictadura socialista del proletariado. Imaginaban —Stalin desarrollaba este tema con especial profundidad— que de una de las alas de la revolución se irían desprendiendo los “elementos de derechas”, mientras se fortalecía el ala izquierda: en eso debía consistir, según ellos, el proceso orgánico de “hipertrofia”. Desgraciadamente, la espléndida teoría de Stalin-Martinov es totalmente opuesta a la teoría de las clases de Marx. El carácter del régimen social, y en consecuencia el de cada revolución, vienen determinadas por el carácter de la clase que detenta el poder. El poder no pasa de las manos de una clase a las de otra más que mediante un golpe de Estado revolucionario y no por una “hipertrofia” orgánica. Esta verdad fundamental ha sido negada brutalmente por los epígonos; antes, en lo concerniente a China, y en el presente en España. En *Pravda* vemos a los príncipes de la ciencia

peinar sus pelucas y tomarle la temperatura a Zamora preguntándose si puede admitirse que el proceso de “hipertrofia” ha situado ya a la revolución española en la fase socialista. Y esos sabios — hagamos justicia a su sabiduría — concluyen: no, no puede admitirse.

Después de habernos ofrecido una apreciación sociológica tan interesante, *Pravda* entra en el terreno de los pronósticos y las directrices. “En España — dice —, la revolución socialista no puede ser la tarea inmediata. El objetivo inmediato (!) consiste en la revolución obrera y campesina contra los grandes terratenientes y la burguesía” (*Pravda*, 10 de mayo). Es indudable que la revolución socialista no es en España “la tarea inmediata”. Sin embargo, sería mejor y más preciso decir que la insurrección armada, con el objetivo de la toma del poder por el proletariado, no es en España la tarea inmediata. ¿Por qué? Porque la vanguardia del proletariado se encuentra diseminada y no arrastra aún tras de sí a la clase, y ésta no arrastra a su vez a las masas oprimidas del campo. En estas condiciones, la lucha por el poder sería puro aventurerismo. Pero ¿qué significa entonces la frase complementaria: “la tarea inmediata es la revolución obrera y campesina contra los grandes terratenientes y la burguesía”? ¿Quizá que entre el régimen republicano burgués y la dictadura del proletariado habrá una revolución *específica* “obrero y campesina”? ¿Será esta revolución “intermedia” la tarea inmediata? ¿Está, pues, a la orden del día un cambio de régimen? ¿Mediante la insurrección armada o por otro medio? ¿En qué se distinguiría la “revolución obrera y campesina contra los grandes terratenientes y la burguesía” de una revolución proletaria? ¿Qué combinación de fuerzas de clase será su motor? ¿Qué partido dirigirá la primera revolución a diferencia de la segunda? ¿Cuáles pueden ser las diferencias de programas y métodos de acción entre estas dos revoluciones? En vano se buscarán respuestas a todas las preguntas anteriores. Se han difuminado y embrollado las ideas enmascarándolas bajo el vocablo “hipertrofia”. Cualesquiera que sean sus reticencias y contradicciones, esta gente sueña con la evolución de la revolución burguesa hacia la revolución socialista mediante una serie de modificaciones orgánicas que se presentan bajo diferentes seudónimos: Kuomintang, “dictadura democrática”, “revolución obrera y campesina”, “revolución popular”, y en este proceso, el momento decisivo en que una clase le arranca el poder a otra se disuelve sutilmente.

EL PROBLEMA DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

La revolución proletaria es también, por supuesto, una revolución campesina; pero en la actualidad es imposible concebir una revolución campesina independiente de la revolución proletaria. Tenemos perfecto derecho a decir a los campesinos que nuestro objetivo es crear una república obrera y campesina, al igual que llamamos al gobierno de la dictadura proletaria nacido de la revolución de octubre “gobierno obrero y campesino”. Pero, lejos de oponer la revolución obrera y campesina a la revolución proletaria, identificamos una y otra. Esta es la única forma de plantear correctamente la cuestión.

Aquí volvemos a caer de lleno en el problema llamado de la “revolución permanente”. Combatiendo esta teoría, los epígonos han llegado a romper por completo con el punto de vista de clase. Es cierto que después de la experiencia del “bloque de las cuatro clases” en China, se han vuelto más prudentes. Pero su confusionismo no ha hecho sino crecer y hacen lo posible por confundir a los demás.

Felizmente, por el mismo curso de los acontecimientos, esta cuestión ha salido de la esfera de las sabias meditaciones de los profesores de revolución que trabajan sobre los viejos textos. Ya no se trata de recuerdos históricos ni de selecciones de citas; se trata de una nueva experiencia histórica, grandiosa, que se desarrolla ante los ojos de todo el mundo. En torno suyo se confrontan, en el campo de la lucha revolucionaria, dos puntos de vista.

Los acontecimientos dirán la última palabra. Nadie puede escapar a su juicio. El comunista español que no se dé cuenta a tiempo de la esencia de las cuestiones ligadas a la lucha contra el “trotskismo” se encontrará teóricamente desarmado ante los problemas fundamentales de la revolución española.

¿QUÉ ES LA ‘HIPERTROFIA’ DE UNA REVOLUCIÓN?

Es cierto que en 1905 Lenin planteó, como hipótesis, la fórmula de una “dictadura burguesa-democrática del proletariado y el campesinado”. De existir un país donde pudiera esperarse una revolución agraria democrática *espontánea que precediera* a la conquista del poder por el proletariado, ese país era precisamente Rusia, donde el

problema agrario dominaba la vida nacional, los levantamientos campesinos se prolongaban desde hacía decenas de años y existía un partido agrario independiente, con tradición y amplia influencia entre las masas. Y sin embargo, ni siquiera en Rusia hubo espacio para una revolución intermedia entre la revolución burguesa y la revolución proletaria. En abril de 1917, Lenin no dejó de repetir a Stalin, Kámenev y otros que permanecían atados a la vieja fórmula bolchevique de 1905: "Ni existe ni habrá otra 'dictadura democrática' que la de Miliukov-Tseretelli-Chernov: la dictadura democrática es, por su misma esencia, la dictadura de la burguesía sobre el proletariado; sólo la dictadura del proletariado puede ocupar el lugar de la 'dictadura democrática'". Cualquiera que invente fórmulas intermedias es un pobre visionario o un charlatán. Esta es la conclusión que sacaba Lenin de la experiencia viva de las revoluciones de febrero y octubre. Nosotros nos apoyamos en esta experiencia y extraemos las mismas conclusiones.

¿Qué significa entonces para Lenin la "hipertrofia" de la revolución democrática que se convierte en una revolución socialista? En absoluto lo que creen los epígonos y los profesores rojos. Hay que entender que la dictadura del proletariado no coincide mecánicamente con la noción de revolución socialista. La conquista del poder por la clase obrera se produce en un determinado medio nacional, en un determinado período y para la solución de determinadas tareas. En las naciones atrasadas, algunas de estas tareas inmediatas tienen un carácter democrático: liberación de la nación de la servidumbre imperialista y revolución agraria, como en China, o bien revolución agraria y emancipación de las nacionalidades oprimidas, como en Rusia. En España nos enfrentamos actualmente a algo muy semejante. Lenin llegaba a decir que el proletariado ruso que había tomado el poder en octubre de 1917 lo había hecho ante todo como agente de la revolución democrático-burguesa. El proletariado victorioso empezó por resolver los problemas democráticos y poco a poco, por la misma lógica de su poder, tuvo que hacer frente a los problemas del socialismo; sólo doce años después de tomar el poder ha emprendido seriamente la colectivización de la economía agraria. A esto llamó Lenin *transformación de la revolución democrática en revolución socialista*. No es el poder burgués el que se transforma, por "hipertrofia", en poder obrero y campesino y más tarde en proletario; no, el poder de una

clase no se “transforma” en poder de otra clase sino cuando se le arranca con las armas en la mano. Pero cuando la clase obrera ya ha conquistado el poder, las tareas democráticas del régimen proletario se prolongan inevitablemente con las tareas socialistas. El paso orgánico, evolutivo, de la democracia al socialismo no es posible más que bajo la dictadura del proletariado. Esta es la idea central de Lenin. Los epígonos han desnaturalizado todo esto, lo han embrollado, lo han falsificado, y envenenan hoy con sus ideas erróneas la conciencia del proletariado internacional.

DOS VARIANTES: EL OPORTUNISMO Y EL AVENTURERISMO

Se trata, repetimos, no de sutilezas académicas, sino de cuestiones vitales de la estrategia revolucionaria del proletariado. Es falso decir que en España se plantea actualmente “una revolución obrero-campesina”. Es falso decir que en España ha llegado *el momento* de iniciar una nueva revolución, es decir, de luchar inmediatamente por la conquista del poder. No, lo que se plantea hoy es la conquista de las masas con objeto de librarlas de las ilusiones republicanas y de su confianza en los socialistas, agrupándolas para la movilización revolucionaria. Habrá una segunda revolución, pero será la del proletariado encabezando a los campesinos pobres. Entre el régimen burgués y la dictadura del proletariado no habrá espacio para ningún tipo de “revolución obrera y campesina” entendida como algo distinto. Contar con tal revolución y adaptarse políticamente a ella es conducir al proletariado a un régimen de Kuomintang, es decir, arruinar la revolución.

Las fórmulas confusionistas de *Pravda* abren dos caminos que, repetimos, se han experimentado hasta sus últimas consecuencias en China: el oportunismo y la aventura.

Si *Pravda* no se decide todavía a “caracterizar” la revolución española como una revolución obrera y campesina, quién sabe si no lo hará mañana, cuando Zamora-Chiang Kai-Shek sea sustituido por el “fiel” Wang Tin-Wei, es decir, por ese hombre de izquierda que es Lerroux. ¿No dirán entonces los sabios profesores —los Martínov, Kuusinen y Cía— que nos hallamos ante una república obrera y campesina que hay que “sostener con tal que...” (fórmula de Stalin

en marzo de 1917) o “apoyar totalmente” (fórmula del mismo Stalin respecto al Kuomintang en 1925-1927)?

Pero también es posible el aventurerismo, que quizá responda mejor al estado de ánimo centrista de hoy. El editorial de *Pravda* dice que las masas españolas “comienzan a dirigir sus golpes contra el gobierno”. Sin embargo, ¿es que el Partido Comunista español puede plantear la consigna del derrocamiento *inmediato* del actual gobierno? En el sabio estudio de *Pravda* se dice, como hemos visto, que el objetivo inmediato es realizar una revolución obrera y campesina. Si se entiende esta fórmula no como una “hipertrofia” sino como un llamamiento al asalto al poder, aparece una nueva perspectiva, la de la aventura. El débil Partido Comunista puede preguntarse en Madrid, como hicieron los comunistas chinos en 1927 en Cantón: “La situación, por supuesto, no está aún madura para la dictadura del proletariado, pero como se trata de una etapa intermedia, de una dictadura obrera y campesina, ¿por qué no intentar, aun siendo débiles nuestras fuerzas, provocar un levantamiento? ¡Quizá logremos algo!”. Efectivamente, no resulta difícil de prever: cuando se constate que se ha dejado escapar criminalmente el primer año de revolución, los responsables instigarán a sus “ejecutivos” y pueden impulsarlos a una trágica aventura del tipo de la de Cantón.

LA PERSPECTIVA DE UNAS ‘JORNADAS DE JULIO’

¿En qué medida este peligro es real? Lo es completamente. Tiene sus raíces en las condiciones intrínsecas a la misma revolución, que dan un carácter especialmente siniestro a las reticencias y el confucionismo de los jefes. La actual situación española hace posible un nuevo estallido de masas, semejante a los combates de Petrogrado en 1917, combates que pasaron a la historia con el nombre de “jornadas de julio”. Si esas batallas no condujeron a la derrota de la revolución, fue únicamente porque los bolcheviques habían trazado correctamente su perspectiva política. Es indispensable insistir en esta cuestión de candente actualidad para la revolución española.

El prototipo de las “jornadas de julio” lo encontramos en todas las revoluciones pasadas, empezando por la Gran Revolución Francesa; jornadas de este tipo concluyeron a menudo en la catástrofe. Se trata

de una fase previsible en el mecanismo de una revolución burguesa, en la medida en que la clase que más se sacrifica para hacer posible el triunfo de la revolución y la que más espera de ella, es la que menos recibe. La lógica de este proceso es muy clara. La clase poseedora, que accede al poder mediante la revolución, tiende a creer que ha cumplido su misión y ya no se preocupa más que de convencer a los reaccionarios de sus buenas intenciones. La burguesía “revolucionaria” provoca la indignación de las masas populares al tomar medidas que pretenden satisfacer a las clases que han sido desposeídas del poder. Las masas se decepcionan rápidamente, mucho antes de que su vanguardia haya tenido tiempo de calmar su entusiasmo después de la batalla revolucionaria. Los que encabezan el movimiento piensan que es posible concluir o modificar lo que se ha quedado a medias actuando de nuevo y con más decisión. De ahí la tendencia a una nueva revolución, sin preparar, desprovista de programa, sin reflexionar sobre las posibles consecuencias, sin reservas. Por otra parte, la burguesía, que ha conquistado el poder, parece esperar una nueva movilización impetuosa del pueblo para derrotarle. Esa es la base social y psicológica de una *semirrevolución* complementaria que, más de una vez en la historia, se ha convertido en el punto de partida de una contrarrevolución victoriosa.

En 1848, las “jornadas de julio” se desarrollaron en Francia en el mes de junio y adquirieron un carácter incomparablemente más grandioso y más trágico que en 1917 en Petrogrado. Las llamadas “jornadas de junio” del proletariado de París habían nacido con fuerza irresistible de la revolución de febrero. Los obreros de París que habían tomado el fusil en febrero no podían dejar de reaccionar ante el contraste existente entre un programa pomposo y la miserable realidad que les atenazaba diariamente el corazón y el vientre. El proletariado no tenía ni un plan preestablecido ni programa, ni dirección. Las jornadas de junio de 1848 fueron un reflejo poderoso e inevitable, y los obreros insurrectos fueron aplastados sin piedad. De este modo, los demócratas prepararon el camino al bonapartismo.

La gigantesca explosión de la Comuna era, respecto al golpe de Estado de septiembre de 1870, lo que fueron las “jornadas de junio” respecto a la revolución de febrero de 1848. La insurrección de los obreros parisienses en marzo de 1871 no era en absoluto producto de un cálculo estratégico. Había nacido de una trágica combinación de

circunstancias, a las que añadía una de esas provocaciones en las que la burguesía francesa se muestra tan ingeniosa, sobre todo cuando el miedo estimula su maldad. Con la Comuna de París, el reflejo de la protesta del proletariado contra el engaño de la revolución burguesa se elevó por primera vez al nivel de una revolución proletaria, aunque ésta fuera derrotada poco tiempo después.

Actualmente, la revolución incruenta, pacífica, gloriosa (la lista de adjetivos es siempre la misma), prepara en España, ante nuestros ojos, sus "jornadas de junio", si nos atenemos al calendario francés, o sus "jornadas de julio", según el calendario ruso. El gobierno de Madrid, inmerso en una fraseología que con frecuencia parece traducida del ruso, promete medidas amplias contra el paro y contra la miseria de los agricultores, pero no se atreve a tocar ninguna de las viejas lacras sociales. Los socialistas de la coalición gubernamental ayudan a los republicanos a sabotear los objetivos de la revolución. El jefe de Cataluña, de la parte más industrial y más revolucionaria de España, anuncia en los sermones un reinado milenarista sin naciones ni clases oprimidas; sin embargo, no moverá un dedo para ayudar al pueblo a desembarazarse realmente de las viejas cadenas. Macià se oculta tras el gobierno de Madrid, que a su vez se oculta tras la Asamblea Constituyente. ¡Como si la vida se hubiera detenido esperando la reunión de esta Asamblea! ¡Y como si no estuviera claro que las próximas Cortes no serán más que la reproducción ampliada del bloque republicano-socialista, que no tiene otra preocupación que la de que todo quede como antes! ¿Es difícil prever el incremento febril de la indignación de los obreros y de los campesinos? El desajuste entre la marcha de las masas en el proceso de revolución y la política de las nuevas clases dirigentes será el origen del conflicto insoluble que en su desarrollo ulterior arruinará la primera revolución, la de abril, o será el inicio de otra.

Si el Partido Bolchevique se hubiera obstinado en considerar "inoportuna" la movilización que se produjo en Petrogrado en julio, si hubiera vuelto la espalda a las masas, esta *semiinsurrección* habría caído inevitablemente bajo la dirección incoherente de los anarquistas, de los aventureros, de aquellos que no expresan sino de modo casual la indignación de las masas. De este modo, la movilización de Petrogrado se habría convertido en una convulsión estéril que habría acabado, finalmente, bañada en sangre. Pero si, por el contrario, el partido,

poniéndose a la cabeza del movimiento, hubiera renunciado a juzgar la situación de conjunto y se hubiera dejado arrastrar por el camino de las batallas decisivas, la insurrección habría avanzado sin duda audazmente, y en julio, bajo la dirección bolchevique, soldados y campesinos se habrían apoderado del poder en Petrogrado durante un cierto tiempo; ¡pero no habrían hecho otra cosa que preparar el aplastamiento de la revolución! Sólo gracias a su correcta orientación pudo el Partido Bolchevique apartarse de los graves peligros que presentaban ambas posibilidades: las “jornadas de junio” de 1848 o bien las vívidas por la Comuna de París en 1871. El golpe asestado a las masas y al partido en julio fue importante, pero no decisivo. Se contaron víctimas por decenas, pero no por decenas de miles. La clase obrera salió de la prueba sin verse separada de su dirección, sin haber vertido apenas su sangre, conservando unos cuadros que aprendieron de la experiencia y condujeron al proletariado a la victoria en Octubre.

Desde el punto de vista de las “jornadas de julio” se manifiesta el gravísimo peligro de la falsa concepción de una revolución “transitoria” intermedia, que según se pretende se impondría hoy por hoy en España.

LA LUCHA POR CONQUISTAR A LAS MASAS Y POR LAS JUNTAS OBRERAS

La Oposición de Izquierda tiene el deber de criticar, de denunciar sin piedad y de expulsar de la conciencia de la vanguardia obrera la fórmula de una “revolución obrera y campesina” distinta, tanto de la revolución burguesa como de la proletaria. ¡Comunistas españoles, no os dejéis engañar! Se trata de una ilusión, de un subterfugio diabólico mediante el que os pondrán, mañana, la soga al cuello. Reflexionad sobre las lecciones de la revolución rusa y sobre las que ofrecen las derrotas a que os ha conducido la burocracia. La perspectiva abierta ante vosotros es la de la lucha por la *dictadura del proletariado*. Para dar solución a esta gran tarea deberéis agrupar a vuestro alrededor a la clase obrera, y con su ayuda a millones de campesinos pobres: se trata de un trabajo gigantesco. Vosotros, comunistas de España, sois responsables de la revolución. No debéis cerrar los ojos a vuestra debilidad ni tampoco alimentaros de ilusiones. La revolución no vive de frases, lo somete todo a prueba, a la más dura prueba.

Derrocar la dominación burguesa, exige la dictadura del proletariado y no hay, no habrá, no puede haber, revolución “transitoria”, más “simple”, más “económica”, más “posible” que ésta. La Historia no va a imaginar para vosotros una dictadura intermedia, una dictadura de menor calidad, una dictadura de ocasión. Cuando se os habla de semejante dictadura se os engaña. ¡Preparaos para la dictadura del proletariado, preparaos seria, obstinada, infatigablemente!

Sin embargo, la tarea inmediata de los comunistas españoles *no es apoderarse del poder, sino conquistar a las masas*; lucha que en el próximo período se va a desarrollar en el marco de la república burguesa y, en gran medida, bajo consignas democráticas. Por encima de todo, indudablemente, se impone la creación de juntas obreras (sóviets). Sin embargo, sería absurdo oponer las juntas a las consignas democráticas. La lucha contra los privilegios de la Iglesia, contra el abusivo poder de las órdenes religiosas y los conventos —lucha puramente democrática—, provocó en mayo una efervescencia en las masas que se habría podido aprovechar para elegir diputados obreros. Desafortunadamente, se dejó escapar la ocasión.

Actualmente, las juntas se presentan como la forma organizada de un frente único proletario tanto para organizar las huelgas como para expulsar a los jesuitas o para participar en las elecciones a Cortes, tanto para establecer la ligazón con los soldados como para sostener al movimiento campesino. Sólo a través de juntas que engloben a las formaciones esenciales del proletariado pueden los comunistas asegurar su hegemonía sobre la clase obrera y, en consecuencia, dirigir la revolución. Sólo en la medida en que crezca la influencia de los comunistas sobre la clase obrera, las juntas llegarán a transformarse en los órganos de lucha para conquistar el poder. En alguna de las etapas posteriores —no sabemos cuál—, las juntas, convertidas en órganos de poder obrero, se encontrarán en conflicto abierto con las instituciones democráticas de la burguesía. Sólo entonces sonará la última hora de la democracia burguesa.

Cuando las masas son conducidas a la lucha, sienten la acuciante necesidad de contar con una organización autorizada, que se eleve por encima de los partidos, fracciones y sectas y que sea capaz de unir a los obreros en una sola y misma acción. En esta perspectiva deben manifestarse las juntas elegidas por los obreros. Es necesario saber sugerir esta consigna a las masas en el momento oportuno. En el momento

presente, las circunstancias favorables se presentan con la mayor frecuencia. Pero si se opone la consigna de los sóviets, entendida como los órganos de la dictadura del proletariado, a los problemas actuales de la lucha, se da a esta consigna un carácter sagrado, *ahistórico*, que flota sobre la revolución. Los devotos podrán arrodillarse ante la santa imagen, pero las masas revolucionarias no la seguirán jamás.

LOS RITMOS DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

¿Pero queda aún tiempo para aplicar una política correcta? ¿No es ya muy tarde? ¿No se han dejado pasar todos los plazos?

Es muy importante determinar acertadamente los ritmos de desarrollo de la revolución, si no para definir la línea estratégica fundamental, al menos para la definición de la táctica. Ahora bien, sin una táctica correcta, la mejor línea estratégica puede conducir a la catástrofe. Naturalmente, es imposible prever los ritmos para un largo período, porque en el curso de la lucha se producen modificaciones que obligan a verificar constantemente las previsiones. El desarrollo de los acontecimientos puede modificar bruscamente el ritmo del proceso. Pero a pesar de todo hay que definir una determinada perspectiva, con el propósito de efectuar en ella las correcciones que aconseje la experiencia.

La Gran Revolución Francesa necesitó más de tres años para llegar a su punto culminante: la dictadura de los jacobinos. La Revolución Rusa condujo en ocho meses al poder a los bolcheviques. Aquí constatamos una diferencia enorme de los ritmos. Si en Francia se hubieran desarrollado los acontecimientos con más rapidez, los jacobinos no habrían tenido tiempo para formar su partido, dado que no existía en las vísperas de la revolución. Pero aunque éste sea uno de los factores que determinan el ritmo, existen otros más decisivos.

La Revolución Rusa de 1917 fue precedida por la de 1905, a la que Lenin consideró como un ensayo general. Los elementos de la segunda revolución y de la tercera estaban preparados desde hacía tiempo, de modo que los participantes en los acontecimientos pudieron avanzar como si lo hicieran por una pista trazada en la nieve. Por eso, el ascenso de la revolución hacia su punto culminante fue extremadamente rápido.

De todos modos, el factor decisivo que aceleró el ritmo en 1917 fue la *guerra*. La cuestión de la tierra podía verse aplazada aún durante meses e incluso años. Pero la cuestión de la muerte en las trincheras no permitía ningún aplazamiento. Los soldados se preguntaban: “¿Para qué necesito yo la tierra si me matan?”. La presión de doce millones de soldados fue un factor que contribuyó extraordinariamente a acelerar la revolución. Sin la guerra, a pesar del “ensayo general” de 1905 y de la existencia del Partido Bolchevique, el periodo preparatorio, prebolchevique, de la revolución habría podido durar no ocho meses, sino quizá un año, dos o más.

Estas consideraciones generales son importantes para intentar prever el posible ritmo de desarrollo de los acontecimientos en España. La joven generación española no ha conocido la revolución, no ha tenido ocasión de vivir un “ensayo general”. El Partido Comunista era muy débil cuando empezó a participar en los acontecimientos. España no está en guerra y los campesinos no se hacinan por millones en los cuarteles y trincheras, no tienen el temor de ser masacrados. El conjunto de estas circunstancias hacen previsible un proceso más lento y, en consecuencia, nos permite esperar que el partido dispondrá de más tiempo para prepararse para la conquista del poder.

Pero hay factores que obran en sentido contrario y pueden provocar tentativas prematuras de acometer la batalla decisiva, tentativas que significarían la derrota de la revolución: el Partido Comunista es débil y la presión del movimiento popular es mucho más fuerte. Las tradiciones anarcosindicalistas y la errónea orientación de la Internacional Comunista abren las puertas a brutales manifestaciones del espíritu aventurero.

La conclusión a extraer de estas analogías históricas es muy clara: la situación en España (donde no existen tradiciones revolucionarias recientes, donde no hay un partido comunista fuerte y que no está en guerra) determina el que la dictadura del proletariado *no se produzca normalmente* tan pronto como en Rusia. y esas circunstancias agravan especialmente *el riesgo de que la revolución aborte*.

La debilidad del comunismo español, derivada de una política oficial incorrecta, le hace capaz de adoptar las más peligrosas conclusiones sobre la base de directrices erróneas. Al débil no le gusta constatar su debilidad, siempre teme no llegar a hacer lo que debe,

se exaspera y pretende encontrar atajos. En particular, los comunistas españoles pueden temer a las Cortes.

En Rusia, la Asamblea Constituyente, aplazada por la burguesía, se reunió después del desenlace definitivo de la crisis y fue disuelta sin dificultad. En España, las Cortes se reúnen en un estadio menos avanzado de la revolución. Suponiendo que los comunistas lleguen a estar representados en las Cortes, no constituirán más que una minoría insignificante de las mismas. De esta situación no es difícil deducir que es preciso intentar derrocar las Cortes lo antes posible, utilizando cualquier iniciativa de las masas populares. Eso sería lanzarse a la aventura. No se resolverá así el problema del poder y por el contrario es probable que la revolución se frene, e incluso que se rompa la columna vertebral. El proletariado no podrá arrancar el poder a la burguesía más que cuando la mayoría de los obreros se entregue a esa tarea y conquiste la confianza de la mayoría de la población.

En lo que concierne precisamente a las instituciones parlamentarias de la revolución, los camaradas españoles deben tener menos en cuenta la experiencia rusa que la de la Gran Revolución francesa. La dictadura de los jacobinos fue precedida por tres asambleas parlamentarias. Las masas subieron tres escalones hasta llegar a la dictadura de los jacobinos. Es estúpido pensar —como hacen los republicanos y socialistas de Madrid— que las Cortes pondrán el punto final a la revolución. No será así. Las Cortes no pueden sino dar un nuevo impulso al movimiento revolucionario, garantizándole una evolución favorable. Esta perspectiva es de extrema importancia para cualquiera que quiera orientarse en los acontecimientos y evitar la aventura.

Es evidente que no se trata de que los comunistas deban frenar la revolución. Aún más evidente es que no deben mantenerse al margen de los movimientos y manifestaciones de masas en las ciudades y el campo. Semejante política arruinaría al partido, que hoy tiene por tarea esencial el conquistar la confianza de las masas revolucionarias. Sólo encabezando a los obreros y soldados en lucha lograron los bolcheviques, en julio, evitar una catástrofe a las masas.

Si las condiciones objetivas y la perfidia de la burguesía impusieran al proletariado una batalla decisiva en condiciones desfavorables, los comunistas ocuparían su puesto en las primeras filas del combate. Un partido revolucionario siempre preferirá arriesgarse a

una derrota junto a su clase que quedarse al margen, ocupado en dar lecciones de moral y dejando a los obreros sin dirección frente a las bayonetas de la burguesía. Un partido aplastado en el combate podrá encontrar su refugio en el corazón de las masas y pronto o tarde podrá tomar su revancha. Pero un partido que se haya apartado de su clase en las horas peligrosas no resucitará jamás. Sin embargo, los comunistas españoles no se encuentran ante este trágico dilema. Por el contrario, puede pensarse que la vergonzosa política del socialismo en el poder y la lamentable desorientación del anarcosindicalismo impulsarán progresivamente a más obreros hacia el comunismo. Puede estimarse que el partido —siempre que su política sea correcta— tendrá suficiente tiempo para prepararse y conducir a la clase obrera a la victoria.

POR LA UNIDAD DE LAS FILAS COMUNISTAS

Uno de los crímenes más graves de la burocracia estalinista ha sido el provocar sistemáticamente la escisión de las débiles filas de los comunistas españoles, escisión que en absoluto imponía el curso de los acontecimientos en España, sino que respondía a directrices de la burocracia, preocupada por salvar por encima de todo sus intereses. Toda revolución impulsa al proletariado hacia la extrema izquierda. En 1917 todas las tendencias, todos los grupos próximos a los bolcheviques, incluso aquellos que los habían combatido anteriormente, se fusionaron con ellos. El partido creció con rapidez al tiempo que intensificaba su vida interna. De abril a octubre, y después durante los años de guerra civil, la lucha de tendencias y agrupamientos en el partido llegó a alcanzar su cota máxima. Sin embargo, no hubo escisiones, ni siquiera exclusiones individuales. La poderosa presión de las masas dio cohesión al partido. La lucha interna resultó educativa y permitió encontrar las soluciones más adecuadas. A través de esos conflictos, los militantes del partido adquirieron confianza, se convencieron de la corrección de la política aplicada por el partido y su dirección revolucionaria. Esa convicción de los bolcheviques de base, adquirida por la experiencia y la lucha ideológica, permitió a los dirigentes impulsar al conjunto del partido a la batalla decisiva. Sólo cuando el partido está absolutamente seguro de su política puede

inspirar confianza a las masas. Agrupamientos artificialmente configurados por exigencias externas, imposibilidad de desarrollar libre y honestamente la discusión ideológica, tratar a los amigos como enemigos, calumnias que favorecen la escisión, son los obstáculos que paralizan en la actualidad al Partido Comunista español. El partido debe desembarazarse de las trabas impuestas por la burocracia, que le condenan a la impotencia.

Es necesario reunificar las filas comunistas sobre la base de una discusión abierta y honrada. Es preciso preparar un congreso de unificación del Partido Comunista español.

La situación se ha complicado porque la burocracia oficial de Stalin, débil y poco numerosa, y también los agrupamientos de oposición, expulsados de la Internacional Comunista —Federación Catalana y grupo autónomo de Madrid— están desprovistos de un programa de acción claro. Peor aún: están impregnados de los errores difundidos durante ocho años por los estalinistas. Los opositores de Cataluña no tienen posiciones suficientemente claras sobre la cuestión de la revolución “obrera y campesina”, sobre la “dictadura democrática” e incluso sobre el “partido obrero campesino”. El peligro es grave. Rehacer la unidad de las filas comunistas exige combatir la corrupción ideológica y las falsificaciones del estalinismo.

Esta es la tarea de la Oposición de Izquierda. Pero es necesario ser sinceros: la Oposición apenas se ha ocupado de resolver ese problema. Es preciso constatar que los camaradas españoles que se adhieren a la Oposición ni siquiera tienen órgano de prensa, lo que resulta imperdonable. Sabemos las dificultades a que hacen frente nuestros camaradas: perseguidos en tiempos de Primo de Rivera, de Berenguer y después de Zamora. El camarada Lacroix, por ejemplo, sale de la cárcel para volver a entrar inmediatamente en ella. Además, el aparato de la Internacional Comunista, impotente cuando se trata de dirigir la revolución, se las arregla muy bien para perseguir y calumniar. Todo esto dificulta nuestro trabajo, pero es preciso continuar la tarea. Hay que reunir a las fuerzas de Oposición de Izquierda en todo el país, crear una revista y un boletín, agrupar a la juventud obrera, fundar círculos y batallar por la unificación de los comunistas sobre la base de una política marxista correcta.

Primeras lecciones de España

30 de julio de 1936

Europa se ha convertido en una formidable y dura escuela para el proletariado. País por país, se están desarrollando acontecimientos que exigen de los obreros muchos sacrificios y mucha sangre, pero que hasta ahora no han conducido más que a la victoria de los enemigos del proletariado en Italia, Alemania y Austria. La política de los partidos tradicionales de la clase obrera ha demostrado cómo *no se debe* dirigir al proletariado, cómo se puede hacer *imposible* la preparación de la victoria.

En el momento en que escribimos, la guerra civil española no ha terminado aún. Los obreros del mundo entero esperan ansiosos la noticia de la victoria del proletariado español. Si, como esperamos, esta victoria llega a producirse, será preciso decir que esta vez los obreros, han vencido a pesar de que su dirección hiciese todo lo posible para preparar su derrota. Por eso mismo, ¡mayor gloria para los obreros españoles!

EL CUERPO DE OFICIALES

En España, socialistas y comunistas pertenecen al Frente Popular, que ya ha traicionado una vez a la revolución, pero que gracias a los obreros y los campesinos, ha conseguido vencer de nuevo (en las elecciones), formando en febrero un gobierno "republicano". Seis meses después, el ejército "republicano" ataca al pueblo. De esta forma se puede comprobar como el gobierno del Frente Popular ha mantenido a la casta de los oficiales con el dinero del pueblo, le ha dado autoridad, poder, armas y jóvenes obreros y campesinos

a los que ha puesto a sus órdenes, todo esto para preparar el aplastamiento de los obreros y campesinos.

Peor aún, incluso hoy, en plena guerra civil, el gobierno del Frente Popular hace todo lo posible para hacer la victoria más difícil. Como es sabido, una guerra civil se dirige no sólo con medios militares, sino también políticos. En el plano puramente militar, la revolución española es más débil que sus enemigos. Pero su fuerza consiste en que es capaz de arrastrar a amplias masas. Incluso es capaz de privar a los oficiales reaccionarios de su ejército. Sólo hace falta avanzar seria y sagazmente el programa de la revolución socialista.

Es preciso proclamar la necesidad de que la tierra, los talleres, las fábricas, deben pasar desde ahora mismo de las manos de los capitalistas a las del pueblo. En las zonas donde el poder está en manos de los obreros, hay que avanzar hacia la realización práctica de este programa. El ejército fascista no resistiría más de veinticuatro horas a la atracción de un programa semejante. Los soldados atarían de pies y manos a los oficiales para llevarlos al más cercano Estado Mayor de las milicias obreras. Pero los ministros burgueses no podrían aceptar un programa de este tipo. Al frenar la revolución, están obligando a los obreros y campesinos a derramar diez veces más sangre en la guerra civil. Para acabar, estos señores esperan desarmar de nuevo a los obreros al día siguiente de la victoria, exigiéndoles respeto a las sagradas leyes de la propiedad privada. Ésta es la verdadera esencia de la política del Frente Popular. ¡Todo lo demás no son más que frases y mentiras!

Numerosos partidarios del Frente Popular reprochan a los gobiernos de Madrid el no haber previsto todo esto. ¿Por qué no se realizó a tiempo la depuración del ejército? ¿Por qué no se tomaron las medidas necesarias? Estas críticas son numerosas, sobre todo en Francia, donde, sin embargo, la política de los dirigentes del Frente Popular no se distingue en nada de la de sus colegas españoles. A pesar de la dura lección, se puede profetizar que el gobierno León Blum no llevará a cabo una depuración seria del ejército. ¿Por qué? Porque las organizaciones obreras están aliadas con los radicales y por lo tanto se encuentran prisioneros de la burguesía.

EL PAPEL DEL FRENTE POPULAR

Es ingenuo quejarse de que los republicanos españoles, los socialistas o los comunistas no hayan previsto nada, hayan dejado pasar la ocasión. De ninguna forma se trata de la perspicacia de tal ministro o dirigente, sino de la dirección, de la orientación general de su política. El partido obrero que concluye una alianza con la burguesía, renuncia, desde ese mismo momento, a luchar contra el militarismo capitalista. La dominación de la burguesía, es decir, el mantenimiento de la propiedad privada de los medios de producción, es inconcebible sin la ayuda de las fuerzas armadas. El cuerpo de oficiales constituye la guardia del gran capital. Sin él, la burguesía no podría mantenerse ni un solo día. La selección de los individuos, su formación, su educación, hacen de los oficiales en su conjunto, irreductibles enemigos de la clase obrera. Las excepciones aisladas no cambian nada. Esto ocurre en todos los países que están bajo el dominio de la burguesía. El peligro no está en los charlatanes y demagogos militares que se proclaman abiertamente fascistas. Incomparablemente más amenazador es el hecho de que cuando se acerca la revolución proletaria, el cuerpo de oficiales, en bloque, se convierta en el verdugo del proletariado. Eliminar del ejército a 400 o 500 oficiales reaccionarios, en el fondo significa dejar todo como estaba. El cuerpo de oficiales, en cuyo seno se almacenan las seculares tradiciones de servidumbre para el pueblo, debe partirse, disolverse, aplastarse en su conjunto, sin dejar rastro. Es preciso reemplazar el ejército de cuarteles, que manda la casta de oficiales, por la *milicia popular*, es decir, la organización democrática de los obreros y campesinos armados. No hay otra solución. Pero un ejército de este tipo, es incompatible con el dominio de los explotadores, sean grandes o pequeños. ¿Pueden aceptar los republicanos una medida de este tipo? De ninguna forma, el gobierno del Frente Popular, es decir, el gobierno de coalición de los obreros con la burguesía es, en su misma esencia, el gobierno de capitulación ante la burocracia y los oficiales. Ésta es la grandiosa lección de los acontecimientos españoles, pagada hoy por millares de vidas humanas.

DEFENSA DE LA REPÚBLICA O REVOLUCIÓN OBRERA

La alianza política de los dirigentes obreros con la burguesía se cubre con el pretexto de la defensa de la "república". La experiencia española demuestra claramente en qué consiste esta defensa. La palabra *republicano*, igual que la de *democracia*, revela la palabrería consciente, que sirve para disimular las contradicciones de clases. La burguesía es republicana mientras que la república defiende la propiedad privada. Sin embargo los obreros utilizan la república para acabar con la propiedad privada. En otras palabras, la república pierde todo su valor a los ojos de los burgueses, al mismo tiempo que empieza a perder valor a los ojos de los obreros. Los radicales no pueden entrar en un bloque con los partidos obreros sin asegurarse un apoyo en el cuerpo de oficiales. No es casualidad que en Francia, Daladier esté a la cabeza del ministerio de la Guerra; la burguesía francesa le ha confiado este puesto más de una vez y nunca le ha decepcionado. Pensar que Daladier puede depurar el ejército de fascistas y reaccionarios, en otras palabras, disolver el cuerpo de oficiales, no puede ser hecho mas que por gentes como Maurice Paz o Marceau Pivert, pero nadie les toma en serio.

Sin embargo, al llegar aquí se nos interrumpe exclamando:

"¿Cómo se puede disolver el cuerpo de oficiales? Esto significa destruir el ejército, desarmarlo ante el fascismo, ¡Hitler y Mussolini no están esperando otra cosa!" Todos estos argumentos son conocidos desde hace mucho. De esta forma razonaban en 1917 los cadetes, mencheviques y socialrevolucionarios rusos. De esta forma razonan los dirigentes del Frente Popular español. Los obreros españoles no se han creído sino a medias estos razonamientos, hasta que la propia experiencia les ha enseñado que el enemigo fascista mas cercano, se encontraba en el propio ejército. No en vano nuestro viejo amigo Karl Liebknecht decía: "¡El principal enemigo está en nuestro país!".

L'Humanité implora con lágrimas en los ojos que se depure al ejército de elementos fascistas. Pero, ¿a qué precio hay que pagar esta demanda? Votar los créditos para el mantenimiento del cuerpo de oficiales, aliarse con Daladier, y a través de éste con el capital financiero, y simultáneamente reclamar que este ejército profundamente capitalista sirva "al pueblo" y no al capital significa, o bien caer en la más completa estupidez o bien engañar conscientemente a las masas trabajadoras.

“¡Pero no podemos estar sin ejército — repiten los dirigentes socialistas y comunistas — pues debemos defender nuestra democracia, y con ella, a la Unión Soviética contra Hitler!”. Después de la lección de España no es difícil prever las consecuencias de esta política, tanto para la democracia como para la Unión Soviética. Escogiendo el momento favorable, el cuerpo de oficiales, de la mano de las disueltas bandas fascistas, pasará a la ofensiva contra las masas trabajadoras y, si vence, aplastará los miserables restos de la democracia burguesa, tendiendo la mano a Hitler para luchar en común contra la Unión Soviética.

Es imposible leer sin cólera y sin verdadero asco, los artículos de *Le Populaire* y de *L'Humanité* sobre los acontecimientos de España. Este tipo de gente no aprende nada. No quiere aprender nada. Cierren conscientemente los ojos ante los acontecimientos. Para ellos la principal lección es que hay que mantener la “unidad” del Frente Popular al precio que sea, es decir, la unidad con la burguesía, la amistad con Daladier.

Daladier seguramente es un gran “demócrata”. Pero, ¿se puede dudar que aparte de su trabajo oficial, en el ministerio Blum, lleva una importante labor oficiosa en el estado mayor y en el cuerpo de oficiales? Allí se encuentran tipos serios que saben mirar de frente la realidad de los hechos. Sin ningún tipo de duda se ha puesto de acuerdo con los dirigentes militares respecto a las medidas que serían necesarias en el caso de que los obreros manifestaran actividad revolucionaria. Los generales se presentan de buena gana ante Daladier. Se dicen entre ellos: “Soportemos a Daladier hasta que no nos enfrentemos con los obreros y podamos instalar a alguien más fuerte”. Durante este tiempo, los dirigentes socialistas y comunistas repiten continuamente “nuestro amigo Daladier”. El obrero debe responder: ¡Dime con quién andas y te diré quién eres! La gente que confía el ejército a este viejo agente del capitalismo que es Daladier, es indigna de la confianza de los obreros.

Ciertamente, el proletariado español, al igual que el francés, no quiere permanecer desarmado ante Hitler y Mussolini. Pero para defenderse de ellos, primero debe aplastar al enemigo de su propio país. Es imposible acabar con la burguesía sin destruir el cuerpo de oficiales, es imposible destruir el cuerpo de oficiales sin acabar con la burguesía. En todas las contrarrevoluciones victoriosas, los oficiales

han jugado un papel decisivo. Todas las revoluciones victoriosas, cuando tenían un profundo carácter social, acabaron con el antiguo cuerpo de oficiales. Así actuó la Gran Revolución Francesa, a finales del siglo XVIII. Así actuó la Revolución de Octubre en 1917. Pero para decidirse a emprender una medida semejante, hay que dejar de arrodillarse ante la burguesía radical. Hay que forjar la verdadera alianza entre los obreros y los campesinos contra la burguesía, incluida la radical. Es preciso confiar en la fuerza la iniciativa y el coraje del proletariado. Es el proletario quien sabrá ganar al soldado para su causa. Así será la verdadera alianza, no falsificada, de los obreros, campesinos y soldados. Una alianza semejante está a punto de forjarse en el fuego de la guerra civil española. La victoria del pueblo significará el final del Frente Popular y el comienzo de la España soviética. La revolución socialista victoriosa en España se extenderá inevitablemente al resto de Europa. Para los verdugos fascistas de Italia y Alemania será incontestablemente más peligrosa que todos los pactos diplomáticos y todas las alianzas militares.

Los ultraizquierdistas en general y los incurables en particular

Algunas consideraciones teóricas

28 de septiembre de 1937

La ideología marxista es concreta, es decir que comprende todos los factores decisivos importantes de una cuestión determinada, no sólo en sus relaciones recíprocas, sino también en su desarrollo. No diluye la situación del momento presente en la perspectiva general; sino que mediante la perspectiva general, hace posible el análisis de la situación presente con todas sus particularidades. Precisamente, es con este análisis concreto como comienza la política. La manera de pensar oportunista, así como la sectaria, tienen un rasgo en común: que extraen de la complejidad de las circunstancias y de las fuerzas en presencia, uno o dos factores que les parecen los más importantes — y que a veces lo son realmente —, los aíslan de la realidad compleja y les atribuyen una fuerza sin límites ni restricciones.

Durante mucho tiempo antes de la guerra, el reformismo se ha servido de esta manera de factores muy importantes pero temporales: el fuerte desarrollo del capitalismo, la elevación del nivel de vida del proletariado, la estabilidad de la democracia, etc. Es el sectarismo quien se sirve ahora de las tendencias y factores más importantes: el declive del capitalismo, el descenso en el nivel de vida de las masas, la descomposición de la democracia, etc. Pero, lo mismo que el reformismo de la época precedente, el sectarismo transforma las tendencias históricas en factores omnipotentes y absolutos. Los “ultraizquierdistas” detienen su análisis justo donde éste comienza. Oponen a la realidad un esquema prefabricado. Ahora bien, las masas viven en la realidad. Y por esto el esquema sectario no tiene la

menor influencia en la mentalidad de los obreros. Por su misma esencia, el sectarismo está consagrado a la esterilidad.

El capitalismo imperialista no es capaz ya de desarrollar las fuerzas productivas de la humanidad, y por esta razón, no puede dar a los obreros ni concesiones materiales ni reformas sociales efectivas. Todo esto es exacto. Pero todo esto no es exacto más que a escala de toda una época. Existen ramas de la industria que después de la guerra se han desarrollado con una fuerza prodigiosa (la del automóvil, la aviación, electricidad, radio) pese al hecho de que el nivel general de la producción no se eleve o se eleve muy poco, por encima del nivel de antes o de durante la guerra. Esta economía podrida tiene además sus flujos y reflujos. Los obreros no terminan casi nunca con su lucha, que a veces sale victoriosa. Es exacto que el capitalismo quita a los obreros con la mano derecha lo que les da con la izquierda. Por eso el aumento de los precios anuló las grandes conquistas de la época León Blum. Pero este resultado, determinado por la intervención de diferentes factores, empuja a su vez a los obreros a continuar en el camino de la lucha. Es precisamente esta dialéctica poderosa de nuestra época la que abre una perspectiva revolucionaria.

Un líder sindical que se deje guiar exclusivamente por la tendencia general del capitalismo a pudrirse para renunciar a toda lucha económica y parcial, será, en efecto, a pesar de sus concepciones "revolucionarias", un agente de la reacción. Un líder sindicalista marxista debe no sólo considerar las tendencias generales del capitalismo, sino analizar también los factores específicos de la situación, la coyuntura, las condiciones locales y también el elemento psicológico, para proponer una actitud de lucha, de expectativa o de retroceso.

Es sólo sobre la base de esta actividad práctica íntimamente ligada a la experiencia de la gran masa, como el líder sindical puede poner al desnudo las tendencias generales del capitalismo putrefacto y educar a los obreros para la revolución.

Es cierto que nuestra época se caracteriza políticamente por una lucha a muerte entre el socialismo (comunismo) y el fascismo. Pero, desgraciadamente, esto no significa que el proletariado sea ya y en todas partes consciente de esta alternativa, ni que pueda, en un país determinado, en un momento dado, desinteresarse de la lucha parcial para salvaguardar sus libertades democráticas. La alternativa fundamental: comunismo o fascismo, establecida por Lenin, se ha

convertido para muchos en una fórmula hueca de la que se sirven demasiado a menudo los centristas de izquierda para cubrir sus capitulaciones, o los sectarios para justificar su inacción.

Refiriéndonos al gobierno de la Generalidad de Cataluña, el desgraciado Andrés Nin comenzó su declaración radiada con la tesis siguiente: "La lucha que comienza no es la lucha entre la democracia burguesa y el fascismo, como piensan algunos, sino entre el fascismo y el socialismo". Esta fórmula era además la fórmula corriente del POUM. Todos los artículos de *La Batalla* no son otra cosa que interpretaciones y variaciones. Hemos visto a algunos sectarios, en Bélgica por ejemplo, ampararse en esta fórmula para encontrar la justificación, total o parcial, a la política del POUM. No obstante, Nin ha transformado prácticamente la fórmula leninista en su contraria: ha entrado en un gobierno burgués que tenía por objetivo expoliar y asfixiar todas las conquistas, todos los puntos de apoyo de la revolución socialista naciente. El fondo de su pensamiento era aproximadamente éste: puesto que esta revolución es una revolución socialista "por esencia" nuestra entrada en el gobierno no puede hacer otra cosa que ayudarla. Y el sectario pseudorrevolucionario exclama: "La participación de Nin en el gobierno es, quizás, una falta, pero sería un crimen exagerar su importancia. ¿Acaso no ha reconocido Nin que la revolución es socialista 'por esencia'?" Sí, así lo ha proclamado, pero solamente para justificar una política que: mimaba las bases de la revolución.

El carácter socialista de la revolución, determinado por los factores sociales fundamentales de nuestra época, no obstante, no puede servirse todo preparado y todo asegurado desde el principio mismo del desarrollo revolucionario. No; desde abril de 1931 el gran drama español ha tomado el carácter de una revolución "republicana" y "democrática". Durante los años que siguieron la burguesía ha sabido imponer su sello a los sucesos, aunque la alternativa leninista: comunismo o fascismo, haya conservado —en último análisis— todo su valor. Cuanto más los centristas de izquierda y los sectarios transforman esta alternativa en una ley suprahistórica, menos son capaces de arrancar a las masas de la influencia burguesa. Peor todavía, no hacen más que reforzar esta influencia. El POUM ha pagado muy caro esta experiencia, sin, además y esto es lo triste, extraer las enseñanzas necesarias.

Si los centristas de izquierda se cubren con Lenin para encerrar la revolución en su marco primitivo, es decir el de la democracia burguesa, los ultraizquierdistas apoyan en la misma alternativa leninista el derecho a ignorar y a “boicotear” el desenvolvimiento real de la revolución. “La diferencia, contesté a un camarada norteamericano, entre el gobierno Negrín y el de Franco, es la misma que entre la democracia burguesa en putrefacción y el fascismo”. Es con esta constatación elemental como comienza nuestra orientación política. ¡Cómo! — exclaman los ultraizquierdistas —. ¡Se nos quiere acorralar así a la elección entre la democracia burguesa y el fascismo! ¡Pero esto es oportunismo puro! La revolución española es, en el fondo, la lucha entre el socialismo y el fascismo. La democracia burguesa no presenta la menor salida... Y así continúan.

La alternativa: socialismo o fascismo, significa solamente, y es bastante importante, que la revolución española no puede ser victoriosa más que por la dictadura del proletariado. Pero esto no significa de ninguna manera que la victoria esté asegurada por adelantado. Se trata también, y toda la tarea política está ahí, en transformar esta revolución híbrida, confusa, medio ciega y medio sorda, en revolución socialista. Hace falta no sólo decir lo que es, sino también saber partir de lo que es. Los partidos dirigentes, incluyendo hasta los que hablan de socialismo el POUM entre ellos, hacen todo lo que pueden por impedir la transformación de esta semirrevolución, mancillada y desfigurada, en revolución consciente y terminada. La clase obrera, empujada por su instinto consigue, ciertamente, en los momentos de culminación revolucionaria, colocar jalones importantes en el camino del socialismo. Pero no son más que jalones que en el momento del reflujó son barridos por los partidos dirigentes. No es difícil saltar por encima de esta realidad contradictoria apoyándose en alguna generalización sociológica. Pero esto no cambia las cosas un milímetro.

Hace falta sobrepasar las dificultades materiales mediante la acción, es decir mediante una táctica apropiada a la realidad.

La lucha militar en España está dirigida actualmente, de un lado por Franco, del otro por Negrín-Stalin. Si Franco representa el fascismo, Negrín-Stalin de ninguna manera representan al socialismo. Al contrario, representan un freno “democrático” que impide el movimiento hacia el socialismo. La alternativa histórica: comunismo o fascismo, no ha encontrado todavía su expresión política. Lejos de ello.

Después de julio de 1936, la revolución española ha sido empujada hacia atrás del objetivo que formulaba Nin sin comprenderlo. Pero pese a todo, la guerra civil en España sigue siendo un hecho de importancia capital. Hay que tomar este hecho tal como es, es decir como la lucha armada entre dos campos sociales, subyugados, de un lado por la democracia burguesa, y del otro por el fascismo bien comprobado. Se trata de encontrar una actitud justa con respecto a esta lucha híbrida, para transformarla desde dentro en lucha por la dictadura del proletariado.

El gobierno Negrín-Stalin es un freno cuasi-democrático en el camino del socialismo, pero es también un freno, ciertamente ni seguro ni perdurable, pero por lo menos un freno, en el camino del fascismo. Mañana pasado mañana, el proletariado español quizás pueda romper este freno para apoderarse del poder. Pero si ayuda, aunque sea pasivamente, a romperlo hoy, esto no servirá más que para ayudar al fascismo. La tarea no es solamente apreciar teóricamente los dos campos en su justo valor, sino también utilizar prácticamente su lucha para dar un salto hacia adelante.

Los centristas de izquierda como los incurables "ultraizquierdistas" citan a menudo el ejemplo de la política bolchevique en el conflicto Kerensky-Kornílov, sin comprender nada. El POUM dice: "Pero los bolcheviques luchaban junto a Kerensky". Los ultraizquierdistas responden: "Pero los bolcheviques negaron, hasta frente a la amenaza de Kornílov, toda confianza a Kerensky". Los dos tienen razón... a medias, es decir, los dos se equivocan completamente. Los bolcheviques no permanecieron neutrales entre el campo Kerensky y el de Kornílov. Aceptaron el mando oficial, mientras no fueron lo suficientemente fuertes para derribarlo. Es precisamente del mes de agosto, cuando se produce el levantamiento de Kornílov, del que data la ascensión prodigiosa de los bolcheviques. Esta ascensión no fue posible más que gracias al doble aspecto de la política bolchevique. Al participar en primera línea en la lucha contra Kornílov, los bolcheviques no tenían la menor responsabilidad por la política de Kerensky, al contrario, la denunciaban como responsable del asalto reaccionario y como incapaz de dominarlo. Es así como se prepararon las premisas políticas de la Revolución de Octubre, en la que la alternativa: bolchevismo o contrarrevolución (comunismo o fascismo), de ser una tendencia histórica llegó a ser una realidad viva e inmediata.

Debemos enseñar esta lección a la juventud. Debemos inculcarle el método marxista. Pero, en cuanto a las personas que hace decenas de años pasaron la edad de ir a la escuela y que se obstinan en oponernos siempre —a nosotros y a la realidad— las mismas fórmulas, que además han tomado de nosotros, hace falta reconocerlos públicamente como incurables que es necesario tener a varias leguas de distancia de los Estados mayores donde se elabora la política revolucionaria.

29 de septiembre de 1937

Parece que mientras escribimos estas líneas una nueva “depuración” se está efectuando en España a gran escala. Por lo que se puede comprender de los telegramas voluntariamente confusos, el golpe está dirigido esta vez sobre todo contra los anarcosindicalistas. Es muy posible que ésta sea la preparación de una reconciliación entre Negrín-Stalin y Franco. Pero no hay que excluir que la burocracia de Moscú, que cree que todo se puede arreglar con la GPU, prepare de esta manera una “victoria” que se le escapa siempre. En realidad no puede más que preparar o el triunfo de Franco, o alguna dictadura militar de un Miaja “republicano”, que se parece a Franco como dos gotas de agua.

Sólo los completamente imbéciles, pueden hacerse ilusiones sobre los objetivos y los métodos de la pandilla estalinista o de la democracia negrinista. La lucha entre los dos campos puede muy bien terminar de un solo golpe. Esta nueva situación dictaría una nueva táctica, al servicio del mismo fin estratégico. Pero en este momento todavía la lucha militar entre Negrín y Franco continúa y la táctica de hoy está dictada por la situación de hoy.

Lección de España: última advertencia

Coyoacán, 17 de diciembre de 1937

MENCHEVIQUES Y BOLCHEVIQUES EN ESPAÑA

Las operaciones militares de Abisinia y Extremo Oriente son cuidadosamente estudiadas por los estados mayores que preparan la futura guerra mundial. Los combates del proletariado español, chispas de la futura revolución mundial, deben ser estudiados con no menos atención por los estados mayores revolucionarios. Esta es la única condición para que los acontecimientos que se aproximan no nos cojan de improviso.

En el llamado campo republicano se han enfrentado con fuerzas desiguales, tres concepciones: el menchevismo, el bolchevismo y el anarquismo. En lo que se refiere a los partidos republicanos burgueses, no tienen ni ideas ni importancia política. independiente, y no han hecho nada mas que adaptarse a los reformistas y a los anarquistas. Además no sería en absoluto una exageración decir que los dirigentes del anarcosindicalismo español han hecho todo lo posible para traicionar su doctrina, y reducir, en la práctica, su importancia a cero. De hecho en el campo republicano se han enfrentado dos doctrinas: el menchevismo y el bolchevismo.

Según las concepciones de los socialistas y de los estalinistas, es decir, de los mencheviques de la primera y segunda hornada, la revolución española no iba a resolver más que tareas democráticas; ésta era la razón por la que era necesario construir un frente único con la burguesía “democrática”. Desde este punto de vista, toda tentativa del proletariado de salir de los cauces de la democracia burguesa, era, no sólo prematura, sino incluso funesta. Por otra parte, lo que estaba

al orden del día no era la revolución, sino la lucha contra Franco. El fascismo es la reacción, no feudal, sino burguesa, y contra esta reacción no se puede luchar con éxito más que con los métodos de la revolución proletaria, y esta tesis es algo que el menchevismo —ramificación de la ideología burguesa— no quiere ni puede hacer suya.

El punto de vista bolchevique, expresado hoy día únicamente por la joven sección de la IV Internacional, procede de la teoría de la revolución permanente, es decir, que incluso las tareas puramente democráticas, tales como la liquidación de la propiedad semifeudal de la tierra, no pueden ser resueltas sin la conquista del poder por el proletariado; esto, a su vez, pone a la orden del día, la revolución socialista. Por lo demás, los obreros españoles, desde los primeros pasos de la revolución, se asignaron en la práctica, no sólo tareas democráticas, sino incluso puramente socialistas. Exigirles que no se salieran de los límites de la democracia burguesa es, de hecho, no sólo no hacer la revolución democrática, sino incluso renunciar a ella. El profundo cambio de las relaciones sociales en el campo es el único medio de hacer del campesinado, principal masa de la población, una firme muralla contra el fascismo. Pero los terratenientes están indisolublemente ligados a la burguesía financiera, industrial y comercial, y a la *intelligentsia* burguesa que depende de ella. El partido del proletariado se encontraba así en la necesidad de elegir: con las masas campesinas o con la burguesía liberal. Incluir en una misma coalición a los campesinos y a la burguesía liberal no podía tener sino una única meta: ayudar a la burguesía a engañar a los campesinos y a aislar a los obreros. La revolución agraria no podía realizarse más que contra la burguesía, y por consiguiente, únicamente por medio de la dictadura del proletariado. No hay régimen intermedio alguno.

Desde el punto de vista teórico, lo que sorprende sobre todo de la política española de Stalin, es el completo olvido del abecé del leninismo. Con un retraso de algunas decenas de años —¡y qué años!—, la Internacional Comunista ha restablecido completamente la doctrina del menchevismo. Más aún, se ha esforzado en dar a esta doctrina una expresión más “consecuente” y por tanto, más absurda. En la Rusia zarista, a comienzos de 1905, la fórmula de la “revolución puramente democrática” tenía a su favor, en cualquier caso, infinitos argumentos más que en España en 1937. Nada hay de sorprendente, por lo tanto, que en la España contemporánea, la política

“obrero-liberal” del menchevismo se haya convertido en la política antiobrera y reaccionaria de Stalin. El menchevismo – caricatura del marxismo – ha sido caricaturizado a su vez.

LA TEORÍA DEL FRENTE POPULAR

Sin embargo sería ingenuo pensar que en la base de la política de la Komintern en España, se encontraban algunos “errores” teóricos. El estalinismo no se guía por la teoría marxista, ni por ninguna teoría, sino empíricamente por los intereses de la burocracia soviética. Los cínicos de Moscú tienen a bien burlarse entre ellos de la “filosofía” del Frente Popular de Dimitrov. Pero tienen a su disposición, para engañar a las masas, numerosos cuadros de propagandistas de esta fórmula sagrada, sinceros o fingidos, infantiles o charlatanes. Louis Fisher, con su ignorancia y su suficiencia, su espíritu de pensador provinciano sordo de nacimiento para la revolución, es el representante más repugnante de esta poco atractiva cofradía. La “unión de las fuerzas progresistas”, el “triunfo de las ideas del Frente Popular”, el “ataque de los trotskistas a la unidad de las filas antifascistas ...”. ¿Quién iba a pensar que hace ya noventa años que fue escrito el *Manifiesto Comunista*?

Los teóricos del Frente Popular no van más allá de la primera regla de la aritmética: la suma. La suma de comunistas, de socialistas, de anarquistas y de liberales, es mayor que cada uno de sus términos. Sin embargo la aritmética no basta, hace falta cuando menos conocimientos de mecánica. La ley del paralelogramo de fuerzas se verifica incluso en la política. La resultante es, como se sabe, tanto más pequeña cuanto más divergentes sean las fuerzas entre sí. Cuando los aliados políticos tiran en direcciones opuestas, la resultante es cero. El bloque de las diferentes agrupaciones políticas de la clase obrera es absolutamente necesario para resolver las tareas comunes. En ciertas circunstancias históricas, un bloque de este tipo, es capaz de arrastrar a las masas pequeñoburguesas oprimidas, cuyos intereses están próximos a los del proletariado, ya que la fuerza común de este bloque resulta mucho mayor que las resultantes de las fuerzas que lo constituyen. Por el contrario, la alianza del proletariado con la burguesía, cuyos intereses, actualmente, en las cuestiones

fundamentales, forman un ángulo de 180°, no puede, en términos generales, sino paralizar la fuerza reivindicativa del proletariado.

La guerra civil, en la que tiene importancia la fuerza de la violencia, exige un supremo compromiso de los participantes. Los obreros y campesinos no son capaces de asegurar la victoria sino cuando luchan por su propia emancipación. En estas condiciones, someterlos a la dirección de la burguesía, es asegurar de antemano su derrota en la guerra civil.

Estas verdades no son de ninguna manera el producto de un análisis teórico, por el contrario, representan la irrefutable conclusión de toda la experiencia histórica, cuando menos desde 1848. La historia moderna de las sociedades burguesas está llena de Frentes Populares de todo tipo, es decir, de las más diversas combinaciones posibles para engañar a los trabajadores. La experiencia española no es sino un nuevo y trágico eslabón de esta cadena de crímenes y traiciones.

LA ALIANZA CON LA SOMBRA DE LA BURGUESÍA

Políticamente, lo más sorprendente es que el Frente Popular español no tenía paralelogramo de fuerzas: el lugar de la burguesía estaba ocupado por su sombra. Por mediación de los estalinistas, socialistas y anarquistas, la burguesía española ha subordinado al proletariado sin ni siquiera molestarse en participar en el Frente Popular. La aplastante mayoría de los explotadores de todos los matices políticos se había pasado al bando de Franco. Sin teoría alguna de la revolución permanente, la burguesía española comprendió desde el comienzo del movimiento revolucionario de las masas que, cualquiera que fuese su punto de partida, este movimiento estaba dirigido contra la propiedad privada de la tierra y de los medios de producción, y que era absolutamente imposible acabar con este movimiento por medio de la democracia.

Ésta es la razón por la que en el campo republicano no quedaron más que los restos insignificantes de la clase poseedora, los señores Azaña, Companys, y otros parecidos, abogados políticos de la burguesía, pero en ningún modo la burguesía misma. Además de haber apostado todo al movimiento militar, las clases poseedoras siguieron al mismo tiempo utilizando a sus representantes políticos del período

anterior, para paralizar, destruir y posteriormente aplastar al movimiento socialista de las masas en el campo “republicano”.

Al igual que no representaban ya en ningún aspecto a la burguesía española, sus representantes de izquierda representaban aún mucho menos a los obreros y campesinos: no se representaban más que a ellos mismos. Sin embargo, gracias a sus amigos estalinistas, socialistas y anarquistas, estos fantasmas políticos desempeñaron en la revolución un papel decisivo. ¿Cómo? Muy sencillo. Encarnaban el principio de la revolución democrática, es decir de la inviolabilidad de la propiedad privada.

LOS ESTALINISTAS EN EL FRENTE POPULAR

Las causas de la aparición del Frente Popular español y su mecánica interna están perfectamente claras. La tarea de los dirigentes retirados del ala izquierda de la burguesía consistía en detener la revolución de las masas y volver a ganar la confianza de los explotadores. ¿Por qué Franco, si nosotros los republicanos podemos hacer lo mismo? En este plano fundamental, los intereses de Azaña y Companys coincidían plenamente con los de Stalin, para quien era necesario ganar la confianza de la burguesía inglesa y francesa, al demostrar que era capaz de defender el orden contra la anarquía. Azaña y Companys servían necesariamente de cobertura a Stalin frente a los obreros. Stalin, personalmente, está por el socialismo, pero no puede expulsar a la burguesía republicana. Azaña y Companys necesitan a Stalin como verdugo experimentado, que goza de autoridad revolucionaria. Sin él, reducidos a ser un montón de ceros, no hubieran podido ni se hubieran atrevido a atacar a los obreros.

Los reformistas tradicionales de la II Internacional, aterrorizados por el curso de la lucha de clases, encontraron un respiro gracias a la ayuda de Moscú. Ese apoyo fue otorgado, no a todos los reformistas, sino sólo a los más reaccionarios: Caballero representaba a la aristocracia obrera del Partido Socialista, mientras que Negrín y Prieto, miraban siempre hacia la burguesía. Negrín ha vencido a Caballero gracias a la ayuda de Moscú. Es cierto que los socialistas de izquierda y los anarquistas, prisioneros del Frente Popular, se han esforzado por salvar de la democracia todo lo que podía ser salvado. Pero como no

han sabido movilizar a las masas contra los gendarmes del Frente Popular, sus esfuerzos, a fin de cuentas, se han reducido a piadosas lamentaciones. De esta forma, los estalinistas se han aliado con el ala más derechista, más abiertamente burguesa, del Partido Socialista. Han dirigido sus golpes contra la izquierda, contra el POUM, los anarquistas y los socialistas de izquierda, es decir, contra los agrupamientos centristas que, aunque deformadamente, reflejaban la presión de las masas revolucionarias.

Este acto político, significativo en sí mismo, da idea de la degeneración de la Komintern durante los últimos años. Hace tiempo definimos al estalinismo como centrismo burocrático; los acontecimientos han aportado cierto número de pruebas a la justeza de esta afirmación, y sin embargo, actualmente, no corresponde a la realidad. Los intereses de la burocracia bonapartista no encajan con el carácter híbrido del centrismo. En su búsqueda de entendimiento con la burguesía, la pandilla estalinista sólo es capaz de aliarse a los elementos más conservadores de la aristocracia obrera mundial. Debido a esto queda definitivamente establecido el carácter contrarrevolucionario del estalinismo en la arena mundial.

LAS VENTAJAS CONTRARREVOLUCIONARIAS DEL ESTALINISMO

Aquí llegamos a la clave de la solución del problema: ¿como y por que el Partido Comunista español, insignificante tanto por su número como por su dirección, ha sido capaz de concentrar en sus manos todos los resortes del poder, a pesar de la presencia de las organizaciones socialistas, incomparablemente más poderosas? La explicación corriente, según la cual, los estalinistas han conseguido el poder gracias a las armas soviéticas, es superficial. Moscú ha recibido el oro español a cambio de sus armas. Según las leyes del mercado capitalista, esto bastaba. ¿Cómo ha conseguido Stalin el poder en esta operación? Corrientemente se suele responder: al acrecentar su autoridad ante las masas a base de sus abastecimientos, el gobierno soviético ha podido conseguir, como condición de su ayuda, medidas decisivas contra los revolucionarios, apartando de esta forma de su camino a peligrosos adversarios. Esto es indiscutible, pero sin embargo no es más que un aspecto del problema, el menos importante. A

pesar de la “autoridad” adquirida gracias a los abastecimientos militares, el Partido Comunista español ha seguido siendo una pequeña minoría, encontrando de parte de los obreros un odio cada vez mayor. Por otra parte no bastaba con que Moscú pusiese las condiciones, hacia falta que Valencia las aceptase.

Éste es el fondo del problema, ya que no sólo Companys y Negrin, sino Caballero, cuando era presidente del Consejo, se rebajaron, de más o menos buena gana, ante las exigencias de Moscú. ¿Por qué? Porque también estos señores querían mantener la revolución en su marco democrático burgués.

Ni los socialistas, ni siquiera los anarquistas, se han opuesto seriamente al programa estalinista. Ellos mismos temían la ruptura con la burguesía. Se aterrorizaban ante cada nueva ofensiva revolucionaria de los obreros. Stalin ha sido el salvador de todos estos grupos, gracias a sus armas y a su ultimátum contrarrevolucionario. Efectivamente les aseguraba lo que esperaban: la victoria militar sobre Franco, y simultáneamente, les liberaba de toda responsabilidad sobre el curso de la revolución. Sé apresuraron a quitarse las máscaras de socialistas, comunistas y anarquistas, con la esperanza de poder volver a utilizarlas cuando Moscú les hubiera restablecido la democracia burguesa. Para colmo de facilidades, estos señores podían justificar su traición hacia el proletariado por la necesidad de la alianza militar con Stalin. Por su parte, este último justificaba su política contrarrevolucionaria por la necesidad de la alianza con la burguesía republicana.

Únicamente desde este punto de vista más amplio, queda claro para nosotros la angélica paciencia que han demostrado frente a los representantes de la GPU estos campeones del derecho y la libertad que son Azaña, Companys, Negrín, Caballero, García Oliver y los demás. Si no pudieron escoger, como afirman ellos mismos, no es únicamente porque no tenían recursos para pagar aviones y tanques de otra forma que no fuera con “cabezas” de revolucionarios y con los derechos de los obreros, sino porque les era imposible realizar su propio programa “puramente democrático”, es decir, antisocial, y por otros métodos que no fueran los del terror. Cuando los obreros y los campesinos se comprometen en el camino de la revolución, es decir, se apoderan de las fábricas, de las grandes propiedades, y expulsan a los antiguos propietarios, tomando localmente el poder,

entonces, la contrarrevolución, burguesa-democrática, estalinista o fascista — para el caso es lo mismo — no tiene otro método para detener al movimiento revolucionario que la violencia, el engaño y la mentira. La ventaja de la pandilla estalinista en esta vía consiste en que comenzó inmediatamente a aplicar estos métodos, que desbordaban a Azaña, Companys, Negrin y sus aliados de “izquierda”.

STALIN CONFIRMA A SU MANERA LA TEORÍA DE LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

Así es como se han enfrentado dos programas en el territorio español. Por una parte el de la salvaguardia a cualquier precio de la propiedad privada contra el proletariado, y si fuera posible, la salvaguardia de la democracia contra el fascismo. Por otra, el programa de la abolición de la propiedad privada, gracias a la conquista del poder por el proletariado. El primero expresaba el programa del gran capital, por medio de la aristocracia obrera, las franjas mejor situadas de la pequeña burguesía, y sobre todo, por medio de la burocracia soviética. El segundo traducía, en lenguaje marxista, las tendencias del movimiento revolucionario de masas, no plenamente conscientes, pero poderosas. Para desgracia de la revolución, entre el puñado de bolcheviques y el proletariado se levantaba el muro contrarrevolucionario del Frente Popular.

Por su parte, la política del Frente Popular no quedó determinada de ninguna forma por el chantaje de Stalin, en tanto que abastecedor de armas. Sin duda el chantaje va incluido en las condiciones internas de la propia revolución. Durante los seis últimos años, el fondo social de ésta fue la creciente ofensiva de las masas contra la propiedad semifeudal y burguesa. Ha sido precisamente la necesidad de defender esta propiedad la que ha empujado a la burguesía a los brazos de Franco. El gobierno republicano había prometido a la burguesía defender la propiedad a base de medidas “democráticas”, pero sufrió una completa derrota, sobre todo en julio de 1936. Cuando la situación de la propiedad privada se hizo aún más amenazante que la propia situación militar, los demócratas de todo tipo, incluidos los anarquistas, se inclinaron ante Stalin, y este último no encontró en su arsenal otros métodos que los de Franco.

Sin persecución contra los trotskistas, los poumistas, los anarquistas revolucionarios y los socialistas de izquierda, sin bajas calumnias, documentos falsificados, torturas en las prisiones estalinistas, asesinatos por la espalda; sin todo eso, la bandera de la burguesía no hubiera durado ni dos meses junto a la bandera republicana. La GPU se hizo dueña de la situación porque se defendió más consecuentemente que los demás, es decir, con más trampas, los intereses de la burguesía contra el proletariado. Durante su lucha contra la revolución socialista, el demócrata Kerensky buscó en primer lugar un apoyo en la dictadura militar de Kornilov, después intentó entrar en Petrogrado en los vagones del general monárquico Krasnov; por otra parte, los bolcheviques, para llevar la revolución democrática hasta el final, se vieron obligados a derrocar al gobierno de los charlatanes y parlanchines democráticos. Al hacer esto, acabaron de paso con todas las tentativas de dictadura militar o fascista.

La revolución española demuestra que es imposible defender la democracia contra las masas revolucionarias de otra forma que no sea por los métodos de la reacción fascista. Y a la inversa, es imposible llevar una lucha contra el fascismo de otra forma que no sea por los métodos de la revolución proletaria. Stalin ha luchado contra el trotskismo (la revolución proletaria) a base de medidas bonapartistas y de la GPU. Esto refuta de una vez para siempre la vieja teoría menchevique, de la que se ha apropiado la Komintern, teoría que hace de la revolución socialista dos capítulos independientes, separados uno de otro por el tiempo. La actuación de los verdugos de Moscú, confirma a su manera, la teoría de la revolución permanente.

EL PAPEL DE LOS ANARQUISTAS

Los anarquistas no han tenido ninguna posición independiente en la revolución española. No han hecho más que oscilar entre el bolchevismo y el menchevismo. O más exactamente, los obreros anarquistas tendían a buscar una salida en la vía bolchevique (19 de julio, jornadas de mayo), los dirigentes, por el contrario, empujaban con todas sus fuerzas a las masas hacia el campo del Frente Popular, es decir, al régimen burgués.

Los anarquistas han dado pruebas de una fatal incomprensión de las leyes de la revolución y de sus tareas, ya que limitaron la revolución a los sindicatos, es decir, a las organizaciones de tiempo de paz, impregnadas de rutina e ignorantes de lo que pasaba fuera de ellas, en las masas, en los partidos políticos y en el aparato de estado. Si los anarquistas hubiesen sido revolucionarios, hubiesen llamado ante todo a la formación de sóviets que reuniesen a todos los representantes de la ciudad y del campo, incluyendo a los millones de hombres superexplotados que jamás habían entrado en un Sindicato. Naturalmente, los obreros revolucionarios hubieran tomado una posición dominante en los sóviets. Los estalinistas hubieran estado en una proporción insignificante. El proletariado se habría convencido de su fuerza invencible. El aparato de estado no hubiera sido tomado en cuenta para nada. No hubiera hecho falta un golpe demasiado fuerte para que este aparato cayera a tierra. La revolución socialista hubiera recibido un poderoso impulso. El proletariado francés no hubiera seguido permitiendo a Léon Blum. bloquear la revolución por más tiempo al otro lado de los Pirineos.

La burocracia de Moscú no hubiera podido permitirse tal lujo. Las más difíciles cuestiones se hubieran resuelto solas.

En lugar de esto, los anarquistas, que intentaron refugiarse en la política de los sindicatos, se convirtieron, con gran asombro de todo el mundo, y empezando por ellos mismos, en la quinta rueda del carro de la democracia burguesa. No por mucho tiempo, pues la quinta rueda no le sirve a nadie. Después que García Oliver y Cia. ayudaron a Stalin y a sus adictos a robar el poder a los obreros, los propios anarquistas fueron expulsados del gobierno del Frente Popular. Disimularon su terror de pequeño burgués ante el grande, de pequeño burócrata ante el gran burócrata, a base de llorosos discursos sobre la santidad del frente único (de las víctimas con los verdugos) y sobre la imposibilidad de admitir toda dictadura, incluida la suya propia. "Hubiéramos podido tomar el poder en julio de 1936 Hubiéramos podido tomar el poder en mayo de 1937 ... " De esta forma es como imploraban los anarquistas a Negrin y Stalin para que reconociesen su traición a la revolución. Un cuadro repugnante.

Una sola autojustificación: "No tomamos el poder, no porque no pudiéramos, sino porque no quisimos, porque estamos en contra de toda dictadura", etc., que encierra una condena del anarquismo en

tanto que doctrina contrarrevolucionaria. Renunciar a la conquista del poder, es dejárselo voluntariamente a los que lo tienen, a los explotadores. El fondo de toda revolución ha consistido y consiste en llevar a una nueva clase al poder, dándole así toda las posibilidades de realizar su programa. Es imposible hacer la guerra sin desear la victoria. Nadie hubiera podido impedir a los anarquistas que establecieran, después de la toma del poder, el régimen que les hubiera parecido, admitiendo, evidentemente, que fuese realizado. Pero los dirigentes anarquistas habían perdido la fe en ellos mismos. Se alejaron del poder no porque estuviesen contra toda dictadura —de hecho, de buena o mala gana...— sino porque habían abandonado totalmente sus principios, habían perdido su coraje, si es que alguna vez tuvieron algo de esto. Tenían miedo de todo, al aislamiento, a la intervención, al fascismo, tenían miedo de Stalin, tenían miedo de Negrín. Pero a quién más temían estos charlatanes era a las masas revolucionarias.

El que se niega a conquistar el poder, abandona inevitablemente toda la organización obrera en los brazos del reformismo, haciendo de ella el juguete de la burguesía; teniendo en cuenta la estructura de clase de la sociedad, no puede ser de otra forma.

Luchando contra el fin, la toma del poder, los anarquistas no podían, a fin de cuentas, dejar de luchar contra el miedo, la revolución. Los dirigentes de la CNT, de la FAI, han ayudado a la burguesía no sólo a mantenerse en la sombra del poder en julio de 1936, sino incluso a recuperar, pedazo a pedazo, todo lo que habían perdido de golpe. En mayo de 1937 sabotearon la insurrección de los obreros salvando así la dictadura de la burguesía. Así pues el anarquista que no quería ser más que antipolítico, de hecho se ha convertido en antirrevolucionario, y en los momentos más críticos, en contrarrevolucionario.

Los teóricos anarquistas que, desde el gran examen de 1931-1937, no hacen más que repetir los viejos cuentos reaccionarios sobre Kronstadt, afirmando que el estalinismo es el producto inevitable del marxismo, no hacen más que demostrar que han muerto para la revolución.

¿Decís que el marxismo es violencia en si, mismo y que el estalinismo es su descendencia legítima? ¿Entonces por qué nosotros, los marxistas revolucionarios, luchamos a muerte contra el estalinismo?

¿Por qué la pandilla estalinista ve en el trotskismo a su enemigo principal? ¿Por qué toda proximidad con nosotros o con nuestra forma de actuar (Durruti, Nin, Landau y los demás) obliga a los gánsteres de Stalin a recurrir a una sangrienta represión? ¿Por que por otra parte, los dirigentes anarquistas españoles, en la época de los crímenes de la GPU, eran ministros de Caballero-Negrín, es decir, de los servidores de la burguesía y de Stalin? ¿Por qué incluso ahora, bajo el pretexto de la lucha contra el fascismo, los anarquistas siguen siendo prisioneros voluntarios de Stalin-Negrín, es decir, de los verdugos de la revolución? ¿Por su incapacidad para luchar contra el fascismo?

Los abogados del anarquismo que predicán contra Kronstadt y por Makhno no engañan a nadie. Tanto en el episodio de Kronstad como en la lucha contra Makhno, nosotros defendimos la revolución proletaria frente a la contrarrevolución campesina. Los anarquistas españoles han defendido y defienden aún la contrarrevolución burguesa frente a la revolución proletaria. Ningún sofisma hará desaparecer de la historia el hecho de que el anarquismo y el estalinismo están al mismo lado de la barricada, las masas revolucionarias y los marxistas en el otro. Ésta es la verdad que penetrará para siempre en la conciencia del proletariado.

EL PAPEL DEL POUM

No es mejor la parte que le toca al POUM Ciertamente intentó apoyarse en la: fórmula de la revolución proletaria (por esto los estalinistas han acusado a los poumistas de trotskistas), pero la revolución no se contenta con simples reconocimientos teóricos. En lugar de movilizar a las masas contra los dirigentes reformistas, incluidos los anarquistas, el POUM. intentaba convencer a estos señores de las ventajas del socialismo sobre el capitalismo. A partir de este diapasón se concentraban todos los artículos y discursos de los líderes del POUM Con tal de no alejarse de los dirigentes anarquistas, no organizaron sus propias células en la CNT.; y en general, no hicieron ningún trabajo en ella. Eludiendo los conflictos agudos, no hicieron ningún trabajo en el ejército republicano. En lugar de esto, construyeron sus "propios sindicatos", sus "propias milicias" que defendían sus propios edificios y se ocupaban de sus propios sectores del frente:

Aislando la vanguardia revolucionaria de la clase, el POUM debilitó a la vanguardia dejando a las masas sin dirección. Políticamente, el POUM ha estado incomparablemente más cerca del Frente Popular, en el que cubría el ala izquierda, que del bolchevismo. Si el POUM ha sido víctima de una represión sangrienta y falaz, es porque el Frente Popular no podía cumplir su cometido de aplastar a la revolución socialista, más que acabando pedazo a pedazo con su propio flanco izquierdo.

A fin de cuentas, a pesar de sus intenciones, el POUM ha resultado ser el principal obstáculo en la vía de la construcción de un partido revolucionario. Los partidarios platónicos o diplomáticos de la IV Internacional que, como el dirigente del Partido Socialista revolucionario de Holanda Sneevliet, han sostenido ostensiblemente al POUM, con su carácter híbrido, su indecisión, su tendencia a evitar las cuestiones candentes, en una palabra, su centrismo, se han echado sobre el hombro una gran responsabilidad. La revolución no se acomoda al centrismo. Lo desenmascara, lo aniquila. De pasada compromete a los abogados y a los amigos del centrismo. Ésta es una de las lecciones más importantes de la revolución española.

EL PROBLEMA DEL ARMAMENTO

Los socialistas y los anarquistas, que, intentan justificar su capitulación ante Stalin por la necesidad de pagar las armas a Moscú, a base del abandono de toda conciencia y de todo principio, sencillamente mienten, y además mienten tan estúpidamente. Seguramente muchos de ellos hubieran preferido pasar sin asesinatos y sin falsificaciones, pero cada fin impone sus propios medios. Desde abril de 1931, es decir, desde mucho antes de la intervención militar de Moscú, los anarquistas y los socialistas han hecho todo lo que han podido para frenar la revolución proletaria. Stalin les ha enseñado como llevar esta tarea hasta el final. Se han convertido en los cómplices de Stalin porque tenían los mismos objetivos políticos.

Si los dirigentes anarquistas hubieran sido tan sólo un poco revolucionarios, desde el primer chantaje de Moscú, hubieran podido responder no sólo con la continuación de la ofensiva socialista, sino además por medio de la difusión ante la clase obrera de las condiciones

contrarrevolucionarias impuestas por Stalin. Al hacer esto, hubieran colocado la dictadura de Moscú entre la revolución socialista y la dictadura de Franco. La burocracia termidoriana teme y odia a la democracia. Pero también teme verse ahogada por el anillo fascista. Por otra parte depende de los obreros. Todo esto permite suponer que Moscú se hubiera visto obligado a proporcionar armas, y posiblemente a un precio más moderado.

Pero el mundo no se reduce al Moscú de Stalin. En año y medio de guerra civil se podría haber hecho avanzar la industria de guerra española, adaptando una serie de fábricas civiles a las necesidades de la guerra. Si este trabajo no ha sido llevado a cabo se debe únicamente a que las iniciativas de las organizaciones obreras han sido atacadas tanto por Stalin como por sus aliados españoles. Una potente industria de guerra sería una poderosa arma en manos de los obreros. Los jefes del Frente Popular prefieren depender de Moscú.

Precisamente en esta cuestión es donde aparece de una forma particularmente clara el nefasto papel del Frente Popular, que imponía a las organizaciones obreras la responsabilidad de las transacciones de la burguesía con Stalin. En la medida en que los anarquistas se encontraban en minoría, evidentemente, no podían impedir al bloque dirigente que tomase los acuerdos que le pareciesen convenientes con los amos de Moscú, París y Londres, pero lo que sí podían y debían hacer es ser los mejores combatientes en el frente, distinguir netamente las traiciones y los traidores, y explicar la verdadera situación a las masas, movilizándolas contra el gobierno burgués para acrecentar cada día sus fuerzas para, a fin de cuentas, apoderarse del poder, y con él, de las armas de Moscú.

¿Pero qué hubiera pasado si Moscú, debido a la falta del Frente Popular se hubiera negado a entregar las armas?, ¿y qué hubiera pasado —contestamos nosotros— si la Unión Soviética no hubiera existido? Hasta ahora las revoluciones no habían vencido gracias a protectores extranjeros que les proporcionaran armas. Generalmente los protectores extranjeros estaban del lado de la contrarrevolución. ¿Es necesario mencionar la intervención francesa, inglesa y norteamericana contra la Unión Soviética? El proletariado de Rusia venció a la contrarrevolución interior e internacional sin necesidad de apoyo material del exterior. Las revoluciones han vencido ante todo gracias a un programa socialista que da a las masas la posibilidad de

apoderarse de las armas que se encuentran en su territorio y de dispersar al ejército enemigo. El ejército rojo se apoderó de las reservas militares francesas, inglesas y norteamericanas, arrojando al mar los cuerpos de expedicionarios extranjeros. ¿Y se ha olvidado esto?

Si al frente de los obreros y campesinos armados, es decir, al frente de la España republicana, hubiesen estado revolucionarios, en vez de cobardes agentes de la burguesía, el problema del armamento no hubiera jugado un papel tan grande. El ejército de Franco, incluyendo los rifeños coloniales y los soldados de Mussolini, no estaba en ningún modo asegurado contra el contagio revolucionario. Rodeado por todas partes por las llamadas de la revolución socialista, los soldados fascistas hubieran quedado reducidos a una cantidad insignificante. No eran las armas ni los "genios" militares lo que faltaba en Madrid y Barcelona; lo que faltaba era un partido revolucionario.

LAS CONDICIONES DE LA VICTORIA

En el fondo, las condiciones de la victoria de las masas en la guerra civil contra los opresores eran muy sencillas:

1. Los combatientes del ejército revolucionario deben tener plena conciencia de que están luchando por su completa emancipación, y no por el restablecimiento de la antigua forma (democrática) de explotación.

2. Lo mismo debe hacerse comprender a los obreros y campesinos, tanto en la retaguardia del ejército revolucionario como en la retaguardia del ejército enemigo.

3. La propaganda sobre su propio frente, sobre el frente enemigo y sobre las dos retaguardias debe estar impregnada del espíritu de la revolución social. La consigna "Primero la victoria, después las reformas" es la consigna de todos los opresores y explotadores, empezando por los reyes bíblicos y acabando por Stalin.

4. La victoria viene determinada por las clases y las capas que intervienen en la lucha. Las masas deben poseer un aparato de estado que exprese directa e indirectamente su voluntad. Semejante aparato no puede ser construido más que por los sóviets de obreros, soldados y campesinos.

5. El ejército revolucionario debe, no sólo proclamar, sino realizar inmediatamente, en las provincias conquistadas, las más urgentes medidas de la revolución social: expropiación y entrega a los más necesitados de las reservas alimenticias existentes, redistribución de los alojamientos en beneficio de los trabajadores, y sobre todo de las familias de los combatientes, expropiación de la tierra y de los instrumentos agrícolas en beneficio de los campesinos, establecimiento del control obrero sobre la producción, y del poder soviético en lugar de la antigua burocracia.

6. Deben ser expulsados sin piedad del ejército revolucionario los enemigos de la revolución socialista, es decir, los explotadores y sus agentes, incluso si se cubren con la máscara de "demócrata", "republicano" "socialista" o "anarquista".

7. A la cabeza de cada división debe encontrarse un comisario de irreprochable autoridad, como revolucionario y como soldado.

8. En cada división militar debe haber un núcleo homogéneo de los combatientes más abnegados, recomendados por las organizaciones obreras. Este núcleo sólo tiene un privilegio: ir el primero a la lucha.

9. En los primeros tiempos, el cuadro de mando incluye necesariamente muchos elementos extraños y poco seguros. Su comprobación y selección debe hacerse en base a la experiencia militar, por medio de testimonios de los comisarios y de notas de los combatientes de línea. Al mismo tiempo deben emprenderse grandes esfuerzos en vista a la preparación de mandos provenientes de las filas de los obreros revolucionarios.

10. La estrategia de la guerra civil debe combinar las reglas del arte militar con las tareas de la revolución social. No sólo en la propaganda, sino incluso en las operaciones militares, es necesario contar con la composición social de las diferentes partes del ejército adversario (voluntarios burgueses, campesinos movilizados, o como en el caso de Franco, esclavos coloniales) y, al escoger la línea de operación, tener escrupulosamente en cuenta la cultura social de las correspondientes regiones del país (regiones industriales, campesinas, revolucionarias o reaccionarias, regiones de nacionalidades oprimidas, etc.). En otras palabras: la política revolucionaria domina a la estrategia.

11. El gobierno revolucionario, en tanto que comité ejecutivo de los obreros y campesinos, debe saber conquistar la confianza del ejército y de toda la población trabajadora.

12. La política exterior debe tener como principal objetivo despertar la conciencia revolucionaria de los obreros, de los campesinos y de las nacionalidades oprimidas del mundo entero.

STALIN HA ASEGURADO LAS CONDICIONES DE LA DERROTA

Como se puede apreciar, las condiciones de la victoria son bien sencillas. Su conjunto se llama revolución socialista. Ninguna de estas condiciones se ha dado en España. La razón principal es la falta de un partido revolucionario. Stalin ha intentado trasladar a España los procedimientos externos del bolchevismo, buró político, comisarios, células, GPU, etc. Pero ha vaciado todas estas formas de su contenido socialista. Rechazó el programa bolchevique, y con él, los sóviets, en tanto que forma necesaria de la iniciativa de las masas. Ha colocado la técnica del bolchevismo al servicio de la propiedad burguesa. Con su estrechez burocrática se imaginaba que los simples comisarios eran capaces de asegurar la victoria. Pero los comisarios de la propiedad privada no son capaces de asegurar mas que la derrota.

El proletariado ha manifestado cualidades combativas de primera categoría. Por su peso específico en la economía del país, por su nivel cultural y político, se encontraba, desde el principio de la revolución, muy por encima del proletariado ruso a comienzos de 1917. Los principales obstáculos para la victoria fueron sus propias organizaciones. La pandilla dirigente, cómplices de la contrarrevolución, estaba formada por agentes pagados, carreristas, elementos desclasados y desechos sociales de todo tipo. Los representantes de las restantes organizaciones obreras, reformistas inveterados, charlatanes anarquistas, incurables centristas del POUM., gruñían dudaban, suspiraban, maniobraban, pero a fin de cuentas, se adaptaban al estalinismo. El resultado de todo su trabajo fue que el campo de la revolución socialista (obreros y campesinos) se encontró sometido a la burguesía, o, mas exactamente, a su sombra; perdió su carácter, perdió su sangre. No faltó ni el heroísmo de las masas ni el coraje de revolucionarios aislados. Pero las masas fueron abandonadas a si mismas y los revolucionarios fueron apartados de ellas, sin programa, sin plan de acción. La dirección militar se ocupó más de aplastar a la revolución socialista que de las victorias militares. Los soldados perdieron la

confianza en sus mandos, las masas en su gobierno, los campesinos se situaron al margen, los obreros se hastiaron, las derrotas se sucedían, la desmoralización crecía. No era difícil prever todo desde el comienzo de la guerra civil. El Frente Popular estaba abocado a la derrota militar, ya que tenía como meta la salvaguardia del régimen capitalista. Colocando el bolchevismo patas arriba, Stalin cumplió con éxito el papel principal de sepulturero de la revolución.

La experiencia española —dicho sea de paso— demuestra que Stalin no comprendió nunca nada de la Revolución de Octubre ni de la guerra civil. Su lento carácter provinciano quedó desfasado en relación a la impetuosa marcha de los acontecimientos de 1917 a 1921. Todos los artículos de 1917 en los que expresaba ideas propias, contienen ya toda su posterior doctrina terrorista. En este sentido, el estalinismo de la España de 1937, es la continuación del estalinismo de la conferencia de marzo de 1917. Pero, mientras que en 1917 sólo estaba aterrado por los obreros revolucionarios, en 1937 los ha estrangulado; el oportunista se ha hecho verdugo.

LA GUERRA CIVIL EN LA RETAGUARDIA

“¡Pero para conseguir la victoria sobre los gobiernos Caballero-Negrin, hubiera sido necesaria una guerra civil en la retaguardia del ejército republicano!” chilla aterrado el filósofo demócrata. Como si no existiera ya, sin necesidad de esto, en la España republicana, la guerra más perversa y deshonestas, la guerra de los propietarios y explotadores contra los obreros y campesinos. guerra incesante se traducirá en arrestos, asesinatos de revolucionarios, desarme de los obreros, armamento de la policía burguesa, abandono en el frente, sin armas ni recursos, de destacamentos obreros, y finalmente, en el pretendido interés por desarrollar la industria de guerra.

Cada uno de estos actos constituirá un fuerte golpe para el frente, una evidente traición militar dictada por los intereses de la burguesía. Sin embargo, el filisteo demócrata, ya sea estalinista, socialdemócrata o anarquista, juzga la guerra civil de la burguesía contra el proletariado, incluso en la retaguardia cercana al frente, como una guerra natural e inevitable, que tiene como fin “asegurar la unidad del Frente Popular”. Por el contrario, la guerra civil del proletariado

frente a la contrarrevolución republicana es, desde el punto de vista del mismo filisteo, una guerra criminal, "fascista", "trotskista", que rompe la unidad de las fuerzas antifascistas. Decenas de Norman Thomas, de mayor Attle, de Otto Bauer, de Zyromsky, de Malraux, y de pequeños traficantes de mentiras tipo Duranty y Louis Fischer, difunden esta sabiduría por todo el mundo. Mientras tanto, el gobierno del Frente Popular se traslada de Madrid a Valencia y de Valencia a Barcelona.

Si, como lo confirman los hechos, la revolución socialista es la única capaz de acabar con el fascismo, no es menos cierto que la insurrección del proletariado no se puede concebir más que cuando la clase dominante está aterrorizada por grandes dificultades. Sin embargo, los filisteos demócratas invocan precisamente estas dificultades para demostrar que la insurrección proletaria es inadmisibile. Si el proletariado está esperando a que sean los filisteos demócratas los que vayan a anunciarle la hora de su emancipación, seguirá siendo esclavo eternamente. La primera tarea, y la principal, de la revolución, es enseñar a los obreros a reconocer a los filisteos reaccionarios bajo todas sus máscaras, y a despreciarlos, sea cual sea esta máscara.

EL DESENLACE

La dictadura del estalinismo en el campo republicano, por su propia naturaleza, no podrá prolongarse por mucho tiempo. Si las derrotas provocadas por la política del Frente Popular empujan una vez más al proletariado a una ofensiva revolucionaria, esta vez victoriosa, la pandilla estalinista quedará marcada al rojo vivo. Pero si, como es probable, Stalin consigue acabar su trabajo de sepulturero de la revolución, incluso en este caso, nadie le estará agradecido. La burguesía española le ha necesitado como verdugo, pero no le es útil como protector y preceptor. Desde su punto de vista, Londres y París por una parte, Roma y Berlín por otra, son mucho más serios que Moscú. Es posible que Stalin prefiera retirarse de apaña antes de la catástrofe definitiva. Intentará hacer caer la responsabilidad de la derrota sobre sus propios aliados. Después de lo cual, Litvinov solicitaría a Franco el restablecimiento de las relaciones diplomáticas. Esto es algo que ya hemos visto muchas veces.

Sin embargo, la completa victoria del ejército republicano sobre Franco, no significa en modo alguno el triunfo de la democracia. Los obreros y campesinos han conducido dos veces a los republicanos y a sus agentes al poder: en abril de 1931, y en febrero de 1936. Las dos veces, los héroes del Frente Popular han cedido la victoria del pueblo a los representantes más reaccionarios de la burguesía. La tercera victoria conseguida por los generales del Frente Popular significaría su inevitable acuerdo con la burguesía fascista, a espaldas de los obreros y campesinos. Un régimen de este tipo, no sería más que otra forma de dictadura militar, incluso sin monarquía, ni dominio abierto de la Iglesia Católica.

En fin, es posible que las victorias parciales de los republicanos sean utilizadas por los intermediarios anglofranceses "desinteresados" con el fin de reconciliar a los beligerantes. No es difícil de comprender que, en una variante de este tipo, los últimos restos de democracia serían ahogados por los fraternales abrazos de los generales Miaja (comunista) y Franco (fascista). Una vez más, sólo puede vencer o bien la revolución socialista o bien el fascismo.

Por otro lado, no está excluido que la tragedia dé lugar, en el último momento, a una farsa. Cuando los héroes del Frente Popular tengan que abandonar su última capital, antes de subir al barco o al avión, proclamarán una serie de reformas socialistas, para dejar al pueblo buen recuerdo de ellos. Sin embargo esto no servirá para nada. Los obreros del mundo entero se acordarán con rabia y con desprecio de los partidos que han llevado a la derrota a una heroica población.

La trágica experiencia de España es una amenazadora advertencia, puede que la última ante acontecimientos más grandiosos, dirigidos a todos los obreros del mundo. Según las palabras de Marx, las revoluciones son las locomotoras de la historia, avanzan más rápidas que el pensamiento de los partidos revolucionarios a medias o a cuartas. El que se para, cae bajo las ruedas de la locomotora. Además, y éste es el peligro principal, la propia locomotora descarrila a menudo. El problema de la revolución debe ser meditado hasta el fondo, hasta sus últimas consecuencias concretas. Hay que conformar la política a las leyes fundamentales de la revolución, es decir, al movimiento de las clases en lucha, y no a los temores y a los prejuicios superficiales de los grupos pequeñoburgueses, que se autotitulan Fren-

te Popular, y otro montón de cosas. En la revolución, la línea de menor resistencia resulta ser la de peor bancarrota. El miedo a aislarse de la burguesía conduce a aislarse de las masas. La adaptación a los prejuicios conservadores de la aristocracia obrera, significa la traición a los obreros y a la revolución. El exceso de prudencia es la más funesta de las imprudencias. Ésta es la principal lección del derrumbe de la organización política más honesta de España: el POUM, partido centrista. Los grupos del Buró de Londres, o no quieren o no saben sacar las conclusiones necesarias de la última advertencia de la Historia. Por eso mismo, van derechos hacia su propia derrota. Por el contrario ahora existe una nueva generación de revolucionarios que se educan con las lecciones de las derrotas. Ha podido confirmar en la práctica la reputación ignominiosa de la II Internacional. Ha podido medir la profunda caída de la III. Ha aprendido a juzgar a los anarquistas, no por sus palabras, sino por sus actos. Hermosa e inapreciable escuela, pagada con la sangre de innumerables combatientes. Los cuadros revolucionarios actualmente se agrupan bajo la bandera de la IV Internacional. Ha nacido bajo el estruendo de la derrota, para conducir a los trabajadores a la victoria.

Clase, partido y dirección*

¿Por qué ha sido vencido el proletariado español? (cuestiones de teoría marxista)

Se puede juzgar hasta qué punto ha retrocedido el movimiento obrero no sólo a través del estado de las organizaciones de masas, sino también estudiando los reagrupamientos ideológicos en curso y las investigaciones teóricas que han emprendido tantos grupos. En París aparece el periódico *Que faire?* que, por una u otra razón, se considera marxista pero que en realidad se sitúa enteramente dentro del marco del imperialismo de los intelectuales burgueses de izquierda y de esos trabajadores aislados que han cogido todos los vicios de los intelectuales.

Como todos los grupos que no tienen ni base teórica, ni programa, ni tradición, este pequeño periódico ha intentado agarrarse a los falzones del POUM que parecía ofrecer a las masas un atajo para la victoria. Sin embargo, el resultado de la revolución española es, a primera vista, inesperado: este periódico no ha progresado, sino que ha retrocedido. En realidad esto está en la esencia de las cosas. Las contradicciones entre la pequeña burguesía y el conservadurismo por una parte y la necesidad de la revolución proletaria por otra se han tensado al máximo. Nada más natural que los defensores e intérpretes de la política del POUM hayan sido relegados muy lejos tanto en el plano político como teórico.

Que faire? no tiene en sí mismo y por sí mismo ninguna importancia. Pero tiene interés en cuanto síntoma. Es por lo que nos parece útil

* Este artículo está inacabado y ha sido reconstruido según las notas y los fragmentos encontrados tras el asesinato de Trotsky en agosto de 1940. Fue publicado en *New Internacional* en diciembre de 1940.

detenernos en sus apreciaciones sobre las causas de la derrota de la revolución española, en la medida en que clarifica las características actuales del ala izquierda del pseudomarxismo.

‘QUE FAIRE?’ EXPLICA

Empezamos reproduciendo literalmente esta cita extraída de un resumen del folleto *L'Espagne livrée* de nuestro camarada Casanova:

“¿Por qué ha sido aplastada la revolución? Porque el PC, responde el autor, llevaba una política errónea que era, por desgracia, seguida por las masas revolucionarias”. ¿Pero por qué diablos las masas revolucionarias que han roto con sus antiguos dirigentes, se han alineado bajo la bandera del PC? “Porque el auténtico partido revolucionario no estaba maduro”. Es una pura tautología. Se trata de una política falsa seguida por las masas de un partido no maduro, o más bien se trata de la manifestación de una determinada disposición de las fuerzas sociales (falta de madurez de la clase obrera, falta de independencia del campesinado) que hay que explicar a partir de los hechos relatados, entre otros, por el propio Casanova, o se trata más bien del efecto de las acciones de ciertos individuos o grupos maléficos no contrarrestadas por los esfuerzos equivalentes de “individuos sinceros” únicos cualificados para salvar las revoluciones. Después de haber tratado superficialmente la primera vía, la no marxista, Casanova emprende resueltamente la segunda. Estamos en una pura demonología. El responsable de la derrota es el diablo-jefe, Stalin, secundado por los diablillos anarquistas y otros: la desgracia ha querido que el dios de los revolucionarios no haya enviado a España un Lenin o un Trotsky como hizo en Rusia en 1917. La conclusión que se deriva es: “Esto sucede cuando se quiere imponer, cueste lo que cueste, a los hechos, la ortodoxia petrificada de una pandilla”. Esta retahíla teórica es tanto más espléndida en cuanto que es difícil concebir cómo se pueden concentrar en tan pocas líneas tantas observaciones banales, triviales o falsas.

El autor del párrafo antes citado se cuida muy bien de dar la más mínima explicación de la derrota de la revolución española: se contenta con indicar que hay que recurrir a explicaciones más profundas como “el estado de las fuerzas sociales”. No es casual que evite

así cualquier explicación. Todas estas críticas al bolchevismo están hechas por teóricos timoratos por la sencilla razón de que no tienen nada sólido sobre lo que basarse. Para evitar tener que revelar su propio fracaso deben hacer juegos de manos con los hechos y vagar en torno a las opiniones de los demás. Se limitan a alusiones y semiopiniones como si no tuviesen tiempo de dar definiciones sacadas de su propio juicio. En realidad es que no tienen ningún juicio. Su altivez es inseparable de su charlatanería intelectual.

Analicemos una a una las alusiones y semiopiniones de nuestro autor. Una política errónea de masas no puede explicarse, según él, más que como la “manifestación de un determinado estado de las fuerzas sociales”, es decir, “la falta de madurez de la clase obrera” y la “falta de independencia del campesinado”. Si le gustan las tautologías, sería difícil encontrarlas más vulgares. ¿Una “política errónea de masas” se explica por su “falta de madurez”? ¿Pero qué es la “falta de madurez” de las masas? Evidentemente es su predisposición a seguir una política errónea. ¿En qué consistía esta política errónea? ¿Quiénes eran los iniciadores? ¿Las masas o los dirigentes? Nuestro autor no dice nada al respecto. Y por esta tautología, traspassa la responsabilidad a las masas. Este clásico truco, utilizado por todos los traidores, los desertores y sus abogados, es especialmente irritante cuando se trata del proletariado español.

LA SOFÍSTICA DE LOS TRAIADORES

En 1936 —por no remontarnos más lejos— los obreros españoles han rechazado el ataque de los oficiales, que habían puesto a punto su conspiración bajo el ala protectora del Frente Popular. Las masas han improvisado milicias y han levantado comités obreros, ciudadelas de su propia dictadura. Por su parte, las organizaciones dirigentes del proletariado han ayudado a la burguesía a disolver esos comités, a poner fin a los atentados de los obreros contra la propiedad privada y a subordinar las milicias obreras a la dirección de la burguesía y, para colmo, con el POUM participando en el gobierno, tomando así directamente su responsabilidad en el trabajo de la contrarrevolución. ¿Qué significa, en tal caso, la falta de madurez del proletariado? Es evidente que significa simplemente que, aunque las masas hayan adoptado una línea correcta, no han sido

capaces de romper la coalición de socialistas, comunistas, anarquistas, y del POUM con la burguesía. Este modelo de sofisma proviene del concepto de una especie de madurez absoluta, es decir, de una condición de perfección de las masas en la cual no tienen ninguna necesidad de una dirección, o mejor aún, son capaces de vencer contra su propia dirección. Pero una madurez tal ni existe ni puede existir”.

¿Pero por qué los obreros que han mostrado un instinto revolucionario tan seguro, y aptitudes tan superiores en la lucha, irían a someterse a una dirección traidora?”, alegan nuestros sabios. Responderemos que no ha habido la más mínima señal de tal sumisión. El camino de lucha seguido por los obreros cortaba en todo momento bajo un determinado ángulo el de las direcciones y, en los momentos más críticos, este ángulo era de 180°. La dirección entonces, directa o indirectamente, ayudaba a someter a los obreros por la fuerza de las armas.

En mayo de 1937, los obreros de Cataluña se sublevaron, no sólo a pesar de sus propias direcciones sino en contra suya. Los dirigentes anarquistas —burgueses patéticos y despreciables, disfrazados malamente de revolucionarios— han repetido cientos de veces en la prensa que si la CNT hubiese querido tomar el poder en mayo, lo hubiese hecho sin dificultad. Y esta vez, lo que dicen los anarquistas es la pura verdad. La dirección del POUM se colgó literalmente de los faldones de la CNT, y se contentó con cubrir su política de una fraseología diferente. Debido solamente a esto, la burguesía consiguió aplastar la sublevación de mayo de este proletariado “falto de madurez”. Es necesario no haber comprendido nada de lo que se refiere a las relaciones entre clase y partido, entre las masas y sus dirigentes para repetir la frase hueca según la cual las masas españolas no han hecho nada más que seguir su dirección. Todo lo que se puede decir sobre esto es que las masas, que han intentado sin cesar abrirse un camino hacia la vía correcta han descubierto que la construcción, en el fragor mismo del combate, de una nueva dirección que respondiera a las necesidades de la revolución, era una empresa que sobrepasaba sus propias fuerzas. Estamos en presencia de un proceso dinámico en el cual las diferentes etapas de la revolución se suceden rápidamente, en el curso del cual la dirección, es decir distintos sectores de la dirección, desertan y se pasan de un solo golpe

al lado del enemigo de clase, y la dirección en que se empeñan nuestros sabios se mantiene puramente estática: ¿por qué la clase obrera en su conjunto ha seguido una mala dirección?

LA MANERA DIALÉCTICA DE ABORDAR ESTE PROBLEMA

Existe un viejo dicho que refleja la concepción evolucionista y liberal de la historia: un pueblo tiene el gobierno que se merece. La historia nos demuestra, no obstante, que un solo y mismo pueblo puede tener durante un período relativamente breve, gobiernos muy diferentes (Rusia, Italia, Alemania, España, etc.) y además que el orden en que éstos se suceden no tiene siempre el mismo sentido, del despotismo hacia la libertad, como creen los liberales evolucionistas. El secreto de este estado de cosas reside en que un pueblo está compuesto de clases hostiles y que estas mismas clases están formadas por capas diferentes, parcialmente opuestas unas a otras y que tienen diferentes orientaciones. Y además, todos los pueblos sufren la influencia de otros pueblos, compuestos a su vez de clases. Los gobiernos no son la expresión de la “madurez” siempre creciente de un “pueblo”, sino el producto de la lucha entre las diferentes clases y las diferentes capas en el interior de una sola y misma clase y, además, de la acción de fuerzas exteriores —alianzas, conflictos, guerras, etc.— . Hay que añadir que un gobierno, desde el momento en que se establece, puede durar mucho más tiempo que la relación de fuerzas del cual ha sido producto. Es a partir de estas contradicciones históricas que se producen las revoluciones, los golpes de estado, las contrarrevoluciones.

El mismo método dialéctico debe emplearse para tratar la cuestión de la dirección de una clase. Al igual que los liberales, nuestros sabios admiten tácitamente el axioma según el cual cada clase tiene la dirección que merece. En realidad, la dirección no es, en absoluto, el “simple reflejo” de una clase o el producto de su propia potencia creadora. Una dirección se constituye en el curso de los choques entre las diferentes clases o de las fricciones entre las diversas capas en el seno de una clase determinada. Pero tan pronto como aparece, la dirección se eleva inevitablemente por encima de la clase y por este hecho se arriesga a sufrir la presión y la influencia de las demás

clases. El proletariado puede “tolerar” durante bastante tiempo a una dirección que ya ha sufrido una total degeneración interna, pero que no ha tenido la ocasión de manifestarlo en el curso de los grandes acontecimientos. Es necesario un gran choque histórico para revelar de forma aguda, la contradicción que existe entre la dirección y la clase. Los choques históricos más potentes son las guerras y las revoluciones. Por esta razón la clase obrera se encuentra a menudo cogida de sorpresa por la guerra y la revolución. Pero incluso cuando la antigua dirección ha revelado su propia corrupción interna, la clase no puede improvisar inmediatamente una nueva dirección, sobre todo si no ha heredado del período precedente los cuadros revolucionarios sólidos, capaces de aprovechar el derrumbamiento del viejo partido dirigente. La interpretación marxista, es decir dialéctica, y no escolástica, de las relaciones entre una clase y su dirección no deja piedra sobre piedra de los sofismas legalistas de nuestro autor.

CÓMO SE PRODUJO LA MADURACIÓN DE LOS OBREROS RUSOS

Éste concibe la madurez del proletariado como un fenómeno puramente estático. Sin embargo, en el curso de una revolución la conciencia de clase es el proceso más dinámico que puede darse, el que determina directamente el curso de la revolución. ¿Era posible en enero de 1917 o incluso en marzo después del derrocamiento del zarismo, decir si el proletariado ruso había “madurado” lo suficientemente como para conquistar el poder en el plazo de ocho a nueve meses? La clase obrera era, en ese momento, totalmente heterogénea social y políticamente. Durante los años de guerra, se había renovado en un 30 o 40% a partir de las filas de la pequeña burguesía, a menudo reaccionaria, a expensas de los campesinos atrasados, a expensas de las mujeres y los jóvenes. En marzo de 1917, sólo una insignificante minoría de la clase obrera seguía al partido bolchevique y además, en su seno reinaba la discordia. Una aplastante mayoría de obreros sostenía a los mencheviques y a los “socialistas revolucionarios” es decir a los socialpatriotas conservadores. La situación del ejército y del campesinado era todavía más desfavorable. Hay que añadir además, el bajo nivel cultural del país, la falta de experiencia

política de las capas más amplias del proletariado, particularmente en provincias, por no hablar de los campesinos y de los soldados.

¿Cuál era el activo del bolchevismo? Al comienzo de la revolución sólo Lenin tenía una concepción revolucionaria clara, elaborada hasta en los más mínimos detalles. Los cuadros rusos del partido estaban desperdigados y bastante desorientados. Pero éste tenía autoridad sobre los obreros avanzados y Lenin tenía una gran autoridad sobre los cuadros del partido. Su concepción política correspondía al desarrollo real de la revolución y la ajustaba a cada nuevo acontecimiento. Estos elementos del activo hicieron maravillas en una situación revolucionaria, es decir en condiciones de una encarnizada lucha de clases. El partido alineó rápidamente su política hasta hacerla responder a la concepción de Lenin, es decir, al auténtico curso de la revolución. Gracias a esto encontró un firme apoyo por parte de decenas de millares de trabajadores avanzados. En pocos meses, basándose en el desarrollo de la revolución, el partido fue capaz de convencer a la mayoría de los trabajadores del acierto de sus consignas. Esta mayoría, organizada en los sóviets fue a su vez capaz de atraerse a los obreros y a los campesinos. ¿Cómo podría resumirse este desarrollo dinámico, dialéctico, mediante una fórmula sobre la "madurez" o "inmadurez" del proletariado? Un factor colosal de la madurez del proletariado ruso, en febrero de 1917, era Lenin. No había caído del cielo. Encarnaba la tradición revolucionaria de la clase obrera. Ya que, para que las consignas de Lenin encontrasen el camino de las masas, era necesario que existiesen cuadros, por muy débiles que éstos fueran en principio, era necesario que estos cuadros tuviesen confianza en su dirección, una confianza fundada en la experiencia del pasado. Rechazar estos elementos de sus cálculos, es simplemente ignorar la revolución viva, sustituirla por una abstracción, "la relación de fuerzas", ya que el desarrollo de las fuerzas no cesa de modificarse rápidamente bajo el impacto de los cambios de la conciencia del proletariado, de tal manera que las capas avanzadas atraen a las más atrasadas, y la clase adquiere confianza en sus propias fuerzas. El principal elemento, vital, de este proceso es el partido, de la misma forma que el elemento principal y vital del partido es su dirección. El papel y la responsabilidad de la dirección en una época revolucionaria son de una importancia colosal.

LA RELATIVIDAD DE LA 'MADUREZ'

La victoria de Octubre constituye un serio testimonio de la "madurez" del proletariado. Pero es relativa. Algunos años más tarde, es este mismo proletariado el que ha permitido que la revolución fuese estrangulada por una burocratización surgida de sus propias filas. La victoria no es el fruto maduro de la "madurez" del proletariado. La victoria es una tarea estratégica. Es necesario utilizar las condiciones favorables de una crisis revolucionaria a fin de movilizar a las masas; tomando como punto de partida el nivel determinado de su "madurez", es necesario empujarle a ir hacia adelante, enseñarle a darse cuenta que el enemigo no es omnipotente, que está desgarrado por sus contradicciones, que reina el pánico detrás de su imponente fachada. Si el partido bolchevique no hubiese conseguido llevar a buen término ese trabajo, no se podría hablar ni de revolución proletaria. Los sóviets hubiesen sido aplastados por la contrarrevolución y los pequeños sabios de todos los países habrían escrito artículos o libros cuyo motivo hubiese sido que sólo visionarios impenitentes podían soñar en Rusia con la dictadura de un proletariado tan débil numéricamente y tan poco maduro.

EL PAPEL AUXILIAR DEL CAMPESINADO

Igual de abstracta, pedante y falsa es la referencia a la "falta de independencia" del campesinado. ¿Dónde y cuándo ha visto nuestro sabio en una sociedad capitalista, un campesinado con un programa revolucionario, independiente o una capacidad independiente de acción revolucionaria? El campesinado puede desempeñar en la revolución un papel importantísimo, pero sólo un papel auxiliar.

En muchos casos, los campesinos españoles han actuado con audacia y luchado con valentía. Pero para que toda la masa campesina se sublevara, habría sido necesario que el proletariado diese el ejemplo de un levantamiento decisivo contra la burguesía e inspirase a los campesinos confianza en la posibilidad de la victoria. En cambio la iniciativa del propio proletariado era paralizada a cada momento por sus propias organizaciones.

La “inmadurez” del proletariado, la “falta de independencia” del campesinado no son factores decisivos ni fundamentales en los acontecimientos históricos. Lo que sostiene la conciencia de las clases son las propias clases, su fuerza numérica, su papel en la vida económica. Lo que sostiene a las clases es un sistema de producción específico que está determinado a su vez por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. ¿Entonces por qué no explicar que la derrota del proletariado ha estado determinada por el bajo nivel de su tecnología?

EL PAPEL DE LAS PERSONALIDADES

Nuestro autor sustituye el condicionamiento dialéctico del proceso histórico por un determinismo mecánico. De ahí esas burlas fáciles sobre el papel de los individuos buenos o malos. La historia es un proceso de lucha de clases. Pero las clases no miden su peso, ni automática ni simultáneamente. En el proceso de la lucha las clases crean órganos diferentes que juegan un papel importante e independiente y están sujetas a deformaciones. Es esto lo que nos permite, igualmente, comprender el papel de las personalidades en la historia. Por supuesto, existen grandes causas objetivas que han engendrado el régimen autocrático hitleriano, pero sólo pedantes y obtusos profesores del “determinismo” podrían hoy negar el papel histórico que ha desempeñado el propio Hitler. La llegada de Lenin a Petrogrado, el 3 de abril de 1917, ha hecho girar a tiempo al partido bolchevique y le ha permitido llevar la revolución a la victoria. Nuestros sabios podrían decir, que si Lenin hubiese muerto en el extranjero a principios de 1917, la revolución de Octubre hubiese ocurrido “de la misma forma”. Pero no es cierto. Lenin constituía uno de los elementos vivos del proceso histórico. Encarnaba la experiencia y la perspicacia de la parte más activa del proletariado. Su aparición en el momento preciso en el terreno de la revolución era necesario a fin de movilizar a la vanguardia y de ofrecerle la posibilidad de conquistar a la clase obrera y a las masas campesinas. En los momentos cruciales de los giros históricos, la dirección política puede convertirse en un factor tan decisivo como el de un comandante en jefe en los momentos críticos de la guerra. La historia no es un

proceso automático. Si no ¿para qué los dirigentes? ¿Para qué los partidos? ¿Para qué los programas? ¿Para qué las luchas teóricas?

EL ESTALINISMO EN ESPAÑA

“¿Pero por qué diablos”, hemos oído preguntar a nuestro autor, “las masas revolucionarias que han roto con sus antiguos dirigentes, se han agrupado bajo la bandera del PC?” La cuestión está mal planteada. Es falso decir que las masas habían roto con sus antiguos dirigentes. Los obreros que habían estado antes ligados a unas determinadas organizaciones han seguido agarrados a ellas, siempre observando y controlando. En general, los obreros no rompen fácilmente con los partidos que les han despertado a la vida consciente. Y mucho menos cuando han sido engañados con el sistema de protección mutua que existía en el interior del Frente Popular: si todo el mundo estaba de acuerdo, es que todo iba bien. Las nuevas masas, recientemente despertadas, se volvían naturalmente hacia la Komintern, el partido que había hecho la única revolución proletaria victoriosa y que, se suponía era capaz de suministrar armas a España. Y además, la Komintern era el más celoso defensor del Frente Popular, y esto inspiraba confianza a las capas de obreros sin experiencia. En el seno del Frente Popular, la Komintern era el más celoso defensor del carácter burgués de la revolución: esto inspiraba confianza a la pequeña burguesía y a una parte de la media. Por eso las masas “se alinearon bajo la bandera del PC”.

Nuestro autor trata esta cuestión como si el proletariado se encontrase en una tienda bien surtida para escoger un par de botas nuevas. Pero ya se sabe que incluso una operación tan sencilla como ésta no se liquida siempre con éxito. Cuando se trata de una nueva dirección, la elección es muy limitada. Sólo poco a poco y sólo sobre la base de su propia experiencia a través de las distintas etapas, las capas más amplias de las masas acaban por convencerse de que la nueva dirección es más firme, más segura, más leal que la antigua. Es cierto que en el curso de una revolución, es decir, cuando los acontecimientos se suceden a un ritmo acelerado, un partido débil puede convertirse en un partido poderoso, con la única condición de que comprenda con lucidez el curso de la revolución y de que posea cuadros probados que

no se dejen exaltar por las palabras o aterrorizar por la represión. Pero es necesario que un partido de estas condiciones exista desde mucho antes de la revolución en la medida en que el proceso de formación de cuadros exige plazos considerables y que la revolución no deja tiempo para ello.

LA TRAICIÓN DEL POUM

El POUM estaba en España a la izquierda de los demás partidos y contaba, incontestablemente, en sus filas, con sólidos elementos proletarios revolucionarios, con fuertes ataduras con el anarquismo. Ahora bien, este partido desempeñó, precisamente, un papel funesto en el desarrollo de la revolución española. No ha conseguido convertirse en un partido de masas, porque para conseguirlo hubiese tenido que destruir antes a los otros partidos, y esto sólo era posible mediante una lucha sin compromisos, una denuncia implacable de su carácter burgués. Ahora bien, el POUM, aunque criticaba a los antiguos partidos, se subordinaba a ellos en todas las cuestiones fundamentales. Participó en el bloque electoral "popular"; entró en el gobierno que acabó con los comités obreros; luchó por reconstruir esta coalición gubernamental; capituló en todo momento ante la dirección anarquista; en función de todo lo precedente llevó en los sindicatos una política errónea; tomó una actitud dubitativa y no revolucionaria con respecto a la insurrección de mayo de 1937. Bajo el ángulo de un determinismo general se puede admitir, por supuesto, que su política no era casual. En este mundo, todo tiene una causa. A pesar de todo, la serie de causas que han conferido al POUM su carácter centrista no constituye en absoluto un simple reflejo del estado del proletariado catalán o español. Dos series de causas han avanzado juntas bajo un cierto ángulo, y, en un determinado momento, han entrado en conflicto. Teniendo en cuenta su experiencia internacional anterior, la influencia de Moscú, la de un cierto número de derrotas, etc., es posible explicar, política y psicológicamente, por qué el POUM ha sido un partido centrista.

Pero esto no modifica en nada su carácter centrista. Ni el hecho de que un partido centrista desempeñe, inevitablemente, el papel de freno de la revolución, que debe, en todo momento, romperse el cráneo,

y que puede conducir la revolución a su derrota. Esto no cambia en nada el hecho de que las masas catalanas eran mucho más revolucionarias que el POUM, que a su vez era mucho más revolucionario que su dirección. En estas condiciones hacer recaer el peso de la responsabilidad de la política errónea seguida sobre la "irresponsabilidad" de las masas, es meterse en la más pura charlatanería: un camino al que frecuentemente recurren los fracasados de la política.

LA RESPONSABILIDAD DE LA DIRECCIÓN

La falsificación histórica consiste en hacer recaer la responsabilidad de la derrota española sobre las masas obreras y no sobre los partidos que han paralizado, o pura y simplemente aplastado, el movimiento revolucionario de las masas. Los abogados del POUM responden sencillamente que los dirigentes siempre tienen alguna responsabilidad, con el fin de evitar así tener que asumir sus propias responsabilidades. Esta filosofía de la impotencia, que intenta que las derrotas sean aceptables como los necesarios eslabones de la cadena en los desarrollos cósmicos, es incapaz de plantearse, y se niega a plantearse, la cuestión del papel desempeñado por factores tan concretos como son los programas, los partidos, las personalidades que fueron los responsables de la derrota. Esta filosofía del fatalismo y de la postulación es diametralmente opuesta al marxismo, teoría de la acción revolucionaria.

La guerra civil es un proceso en el que las tareas políticas se cumplen con medios militares. Si el resultado de una guerra semejante, viniese determinado por el "estado de las fuerzas de clase", la propia guerra sería innecesaria. La guerra tiene su propia organización, sus propios métodos, su propia dirección, que determinan directamente su resultado. Naturalmente el "estado de las fuerzas de clase" sirve de fundamento a todos los demás factores políticos, pero, de la misma forma que los cimientos de un inmueble no disminuyen la importancia que puedan tener los muros, las ventanas, las puertas, los tejados, el "estado de las fuerzas de clase" no disminuye en nada la importancia de los partidos, de su estrategia y de su dirección. Disolviendo lo concreto en lo abstracto, nuestros sabios en realidad se han parado a medio camino. La respuesta más "profunda" al

problema planteado hubiese sido el declarar que la derrota del proletariado español se había debido al insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas. Pero una explicación semejante está al alcance de cualquier imbécil.

Al reducir a cero el significado del partido y de la dirección, estos sabios niegan la posibilidad de una victoria revolucionaria en general. Ya que no hay ninguna razón para pensar que se puedan dar condiciones más favorables. El capitalismo ha dejado de progresar, el proletariado no aumenta en número, al contrario, lo que aumenta es el número de parados, lo que no estimula sino reduce la potencia combativa del proletariado, y produce, igualmente, en su conciencia, un efecto negativo. De la misma forma, no existe ninguna razón para creer que el campesinado sea capaz, en un régimen capitalista, de alcanzar una conciencia revolucionaria más elevada. La conclusión del análisis de nuestro autor es pues el más total pesimismo, el abandono progresivo de las perspectivas revolucionarias. Pero, para hacer justicia, hay que añadir que nuestros sabios no comprenden ni ellos mismos lo que dicen.

De hecho, lo que reclaman de la conciencia de las masas es absolutamente fantástico. Los obreros españoles, al igual que los campesinos españoles, han dado el máximo de lo que las clases son capaces de dar en una situación revolucionaria: y lo que tenemos en mente es justamente una clase compuesta de millones y decenas de millones de individuos como esos.

Pero *Que faire?* no representa más que una de esas pequeñas escuelas, iglesias o capillas que se asustan del curso de la lucha de clases y del asalto de la reacción, y publican sus periodiquillos y sus revistas teóricas en su rincón, en caminos apartados, lejos del desarrollo del pensamiento revolucionario, por no hablar del movimiento de masas.

LA REPRESIÓN DE LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

El proletariado español ha sido víctima de una coalición formada por imperialistas, republicanos españoles, socialistas, anarquistas, estalinistas y en el ala izquierda por el POUM. Todos juntos han paralizado la revolución socialista que el proletariado español había

efectivamente comenzado a realizar. No es fácil acabar con la revolución socialista. Todavía nadie ha encontrado otros métodos para ello que no sea la represión feroz, la matanza de la vanguardia, la ejecución de los dirigentes, etc. El POUM, por supuesto, no quería esto. Quería, por una parte, participar en el gobierno republicano e integrarse como oposición pacífica y leal en el bloque general de los partidos dirigentes, y, por otra parte, mantener con ellos apacibles relaciones de camaradería en una época de encarnizada guerra civil. Justamente por ello, ha sido víctima de las contradicciones de su propia política. En el interior del bloque republicano han sido los estalinistas los que han llevado la política más coherente. Han sido la vanguardia combatiente de la contrarrevolución burguesa-republicana. Querían eliminar la necesidad del fascismo, demostrando a la burguesía española y mundial que ellos mismos eran capaces de estrangular la revolución española bajo la bandera de la "democracia". Ésta era la esencia de su política. Los liquidadores del Frente Popular intentan hoy hacer recaer las injurias sobre la GPU. No creo que se nos pueda acusar de indulgentes con los crímenes de la GPU. Pero vemos claramente, y se lo decimos a los trabajadores, que la GPU, en este caso, solo ha actuado como el destacamento más resuelto al servicio del Frente Popular. Ahí residía la fuerza de la GPU. En eso consistía el papel histórico de Stalin. Sólo un filisteo ignorante puede apartar esta realidad con bromitas estúpidas sobre el "jefe de los demonios".

Estos señores ni tan siquiera se plantean la cuestión del carácter social de la revolución. Los lacayos de Moscú, al servicio de Inglaterra y de Francia, han proclamado que la revolución española era una revolución burguesa. Sólo este fraude ha levantado la pérfida política del Frente Popular, política que además hubiese sido completamente falsa, aunque la revolución española hubiese sido realmente una revolución burguesa. Pero desde el principio, la revolución ha manifestado, con mucha mayor nitidez que en la revolución de 1917 en Rusia, su carácter proletario. En la dirección del POUM hay gente hoy que considera que la política de Andrés Nin fue demasiado "izquierdista", que la línea realmente correcta hubiese sido mantenerse como ala izquierda del Frente Popular. Víctor Serge, que se ha apresurado a comprometerse, dada su actitud frívola en todas las cuestiones serias, escribió que Nin no quería someterse a las órdenes proce-

dentés de Oslo o de Coyoacán. ¿Puede verdaderamente un hombre serio reducir la cuestión del contenido de clase de la revolución a comedios tan mezquinos? Los sabios de *Que faire?* no tienen ningún tipo de respuesta a esta cuestión. No comprenden ni tan siquiera el significado de la cuestión en sí misma. ¿Cuál puede ser en verdad, el significado del hecho de que el proletariado al que le “faltaba madurez” haya creado sus propios órganos de poder, haya intentado regular la producción tras la toma de las empresas, mientras que el POUM empleaba todas sus fuerzas en no romper con los anarquistas burgueses que, aliados con los republicanos burgueses y con los no menos burgueses socialistas y estalinistas, atacaban y estrangulaban la revolución proletaria? Evidentemente, semejantes bagatelas sólo tienen interés para los representantes de una “ortodoxia petrificada”. Los sabios de *Que faire?* poseen, en su lugar, un instrumento especial que les permite medir la madurez del proletariado y la relación de fuerzas, independientemente de todas las cuestiones de estrategia revolucionaria de clase...